

Ruth Ibáñez Ámez

Antes
de que
todo se
rompiera



Antes de que todo se rompiera

Ruth Ibáñez Ámez

© Ruth Ibáñez Ámez

1ª edición.

Diseño de cubierta: Libertad Delgado.

Corrección: Esther Aizpuru.

Maquetación: Abril Camino.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[UN ÚLTIMO FAVOR](#)

Todas las mañanas el mismo desconcierto.

Álex siempre tarda unos segundos, que a él le parecen horas, en saber dónde está. Extraña la cama, ve la ventana en el lado equivocado, y donde debía haber una mesilla con una lámpara, hay una pared con la que se golpea cuando intenta dar la luz. Poco a poco se da cuenta: esa no es su habitación. No la que fue suya durante quince años, no la de su casa en Madrid. La luz tenue crea sombras y lo recuerda de golpe. Está en Vitoria, en el cuarto de la casa nueva, con su nuevo hermano, con su nueva madre.

Y con el padre de siempre. El que lo trajo aquí hace ya más de un año.

El día apenas ha amanecido y una fina niebla cubre los tejados que puede ver desde la cama. El ruido del agua en el baño le dice que alguien se le ha adelantado. Será Ander, porque ni su padre ni Sara madrugan tanto, y ninguno de los dos se pasa veinte minutos bajo la ducha. Mea en el baño pequeño, y antes de llegar a la cocina se da cuenta de que se ha olvidado el móvil. Mejor. A veces, el ruido de los mensajes no le deja oír su propia voz, aunque lo tenga en silencio. Esa obligación de estar siempre conectado, siempre disponible, siempre ahí para quienquiera que tenga una chorrada que compartir, un chiste malo, la última foto manipulada de quien toque esa semana, le genera un estrés que le ha costado identificar. Prepara el café bien cargado mientras piensa en cómo sería su vida si no existieran los móviles. «Igual, sería igual», se dice mientras sonríe al poner el bote de Colacao en la mesa, porque le sigue haciendo gracia que Ander tome Colacao. «Con menos ruido, quizás, pero idéntica en todo lo demás».

Se prepara un par de tostadas y se sirve el café solo y sin azúcar. Está tan fuerte que le hace guiñar los ojos. Perfecto. A su padre le va a encantar. Sara va a hacer un chiste sobre drogas duras, va a rellenar el vaso de leche y a endulzarlo tanto que deje de saber a café. Años atrás, su padre y él se habrían reído de ella al unísono, como se reían siempre de los que piden caramelo en el café del Starbucks. Años atrás, cuando su padre y él compartían bromas y gustos, como el café solo y sin azúcar, como los malotes de las películas, como las actrices pechugonas y de labios grandes.

Antes de que todo se rompiera.

Se sienta a la mesa y unta con mantequilla una tostada, la mirada adormilada y perdida. Repasa el día que tiene por delante, los libros que debe meter en la mochila. Está repitiendo curso y se ha prometido a sí mismo que ya no más, que no piensa quedarse en la ESO para siempre; si no consigue pasar a Bachiller con Ander, dejará de estudiar, o se meterá en un ciclo de Formación Profesional o algo, pero no va a volver a pasar por el trago de ser el repetidor, el tonto del instituto. Consiguió pasar de curso en septiembre, todo un logro teniendo en cuenta que da las clases en euskera y él lleva poco más de un año aprendiendo el idioma, pero tiene que andarse con ojo. Lengua la tiene aprobada, Euskera la va a suspender sí o sí, porque milagros, los justos. Toca darle fuerte a las Matemáticas, incluso si eso supone arriesgarse a pensar otra.

Debería haberse puesto a estudiar mucho antes. Debería haber pasado las tardes con los libros, en lugar de haciendo el tonto en la calle.

Oye a alguien en el pasillo. Se pone tenso. Cuando su padre asoma por la puerta, aparta la vista.

—Buenos días —dice Martín. Su voz es tímida, precavida—. Has hecho café. Menos mal, el

de Sara no sabe a nada.

Álex se mantiene en silencio. Mastica esforzándose en no hacerlo rápido, pero tampoco despacio. Se está aprendiendo de memoria el dibujo del baldosín. Esta cocina necesita una reforma. Es digna de una abuela.

Martín se sirve una taza y se sienta a la mesa frente a él.

—¿Tienes el horario muy cargado hoy? ¿Muchas asignaturas difíciles?

Mirar a su padre es como mirarse en un espejo que adelanta, en el que puede ver cómo será él cuando tenga su edad. Lo único que los diferencia es el pelo, de un rubio más oscuro en su padre; los ojos, la nariz y la boca son idénticos. Álex da un trago de café y vuelve a su tostada. Martín no se rinde.

—¿Os han dado ya las fechas de los exámenes?

—Sabes que sí —contesta Álex sin mirarlo—. Ander le enseñó el papel a Sara la semana pasada.

Su padre asiente. Nunca admite cuándo miente, ni cuando lo pillan. Por eso es tan buen abogado.

—Empezáis más tarde que en Madrid. Mejor, más tiempo para estudiar. —Silencio—. ¿Qué te cuentan los de tu antiguo instituto? ¿Sigues en contacto?

Álex levanta la cabeza y lo mira con ojos entrecerrados.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres quitarme el móvil? ¿Bloquearlos? ¿Hacerme cambiar de número?

—Claro que no, ¿a qué viene eso? No quiero que pierdas tus amistades de Madrid.

—Ah, ¿no? Pensaba que me habías sacado de allí precisamente por eso. Para que no anduviera con gente rara.

Martín abre la boca, se lo piensa, vuelve a cerrarla. Su voz, cuando por fin habla, suena tranquila, demasiado. Está haciendo un esfuerzo por no perder el control. Álex sabe que no es por él. Lo que no quiere es que su novia lo oiga gritar o perder la paciencia con su hijo adolescente. Sara no lo hace nunca. Pero claro, Ander no es como él.

—Sabes perfectamente por qué te saqué de allí. Estabas al borde de hacer una estupidez.

—De tal palo, tal astilla.

Golpe bajo. Su padre parpadea, pero es el único gesto que se permite. No mostrar debilidad es una de las premisas de su trabajo.

—Te he pedido perdón un montón de veces, no puedo hacer más. Lo que yo hiciera no es excusa para que pongas tu vida en peligro, Álex. Esa gente con la que andabas...

—No soy imbécil. Sé dónde parar.

—No lo parecía. Joder, Álex, desapareciste de casa tres días, casi me da algo. Te di por muerto, hijo.

—Mira, igual que yo durante quince años. Ya sabes lo que se siente.

Martín se calla y mete los labios hacia dentro. Algún día va a dejar de disimular y le va a pegar el grito que Álex sabe que lleva dentro, algún día en el que Sara no esté cerca y no pueda aparecer en cualquier momento.

Como ahora, que se asoma por la puerta.

—Buenos días. —Sus ojos bailan entre uno y otro. No se atreve a entrar en la cocina de su propia casa—. Eh... ¿Os dejo solos un rato?

—Mejor os dejo solos yo. —Álex se levanta y deja el plato vacío y la taza en el fregadero. Alguien tendrá que vaciar el lavavajillas en algún momento, porque empiezan a tener más platos sucios fuera que limpios dentro. Esquiva a su padre y se detiene para dar un beso en la mejilla a

Sara, que se lo devuelve con ganas—. ¿Ha salido Ander de la ducha ya?

—Creo que sí. Otra cosa es que haya salido del baño, ya sabes que le cuesta media hora peinarse.

—Ay, Dulcinea del Toboso, qué guerra da.

Sara ríe y le acaricia la cara. Ahora hablarán de la conversación, Martín dirá aquello de «Ya no sé qué hacer con él», y Sara contestará con lo de «Dale tiempo, ya se le pasará, es la edad». Álex resopla. Llega al baño, donde el secador sustituye al ruido del agua. Golpea con el puño cerrado.

—Venga, Ander, cojones, que sí, que estás muy guapo, que el mechón está perfecto. Sal ya, coño, que me vas a hacer llegar tarde.

—La puerta está abierta, gilipollas, no hace falta que la tires abajo.

Ander se está secando el pelo delante del espejo, una toalla atada a la cintura, el torso desnudo. Es un poco más bajo que él, aunque más alto que la media, y su espalda es más ancha, su cuerpo más de hombre que el suyo, a pesar de tener un año menos. Le está cambiando la cara y empieza a atisbarse el adulto que se oculta bajo esos rasgos que ya no son de niño: mandíbula cuadrada, pómulos fuertes, cejas espesas, una cara que en otra persona sería agresiva, pero la curva de sus labios siempre sonrío, y esos ojos marrones, que a veces son verdes, encierran toda la inocencia que Álex perdió hace tiempo. Su rostro oculta algo delicado, casi femenino. «No— piensa Álex al entrar y darle un cachete—, no es nada femenino, Ander es bueno. Y se le nota hasta en la punta de las orejas». Pero es su obligación tomarle el pelo:

—Joder, lo que te cuesta ducharte. Ni que fueras una tía, colega.

—Soy de esos especímenes de macho a los que les gusta estar limpios, qué le vamos a hacer. —Álex empieza a desvestirse y Ander aparta la vista de su reflejo en el espejo. Álex sonrío. No es la primera vez que lo pillá haciendo eso—. ¿Ya has desayunado?

—Con lo que has tardado, me ha dado tiempo a desayunar y a tener la primera bronca del día con mi padre. Ya tengo dos cosas de la lista hechas.

Ander se gira hacia él, el pelo olvidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada, en realidad. —Álex abre el agua y comprueba la temperatura con la mano—. Pero me toca los cojones que vaya de padre guay después de lo que me hizo. Que si sigo en contacto con la gente de Madrid, me pregunta. ¿Y qué más te da, si no vas a dejar que los vuelva a ver?

Álex entra en la ducha y ve la imagen de Ander desde el otro lado de la mampara empañada. Se está mordiendo el labio, como hace siempre cuando piensa.

—No puedes pasarte la vida enfadado con él. Algún día vas a tener que perdonarlo.

—Algún día. Pero no hoy.

Álex mete la cabeza debajo del agua y deja que le empape el pelo, los hombros, la espalda. Nada como una charla con su padre a primera hora de la mañana para tensar todos los músculos del cuerpo. Apoya las manos contra la pared y cierra los ojos. Se está bien ahí dentro.

Ander golpea el cristal de la mampara y él se vuelve. Está serio, el mechón de pelo sobre su frente perfecto, la toalla aún en la cintura. Lo mira con sus enormes ojos de cachorro de pastor alemán.

—Piénsalo —le dice, y Álex le oye a pesar del agua—. Si no llega a ser por lo que te hizo, tú y yo seguiríamos siendo hijos únicos.

—Con lo bien que vivía yo entonces... —Sonríe Álex.

Ander le enseña el dedo corazón y sale del baño hacia su cuarto.

Álex se frota los ojos un buen rato antes de coger el champú.

Vitoria es un ser esquizofrénico hecho ciudad. En el mes de abril puedes estar un día a dos grados, con los puertos de montaña de alrededor cerrados o con cadenas, y a la semana siguiente te planteas ponerte zapatillas de verano sin calcetines, con veinte grados a la sombra y picos de calor que ni en pleno agosto. La hierba acaba de brotar en el parque que está al lado del instituto y entona cantos de sirena cuando estás en clase mirando por la ventana: lo único que te apetece es tirarte al sol e ignorar la voz de la conciencia que te dice que deberías estar en clase, mira que si hoy explican lo que va a caer en el examen, ay como te pille tu madre. La voz siempre gana en el caso de Pedro, porque su madre es profesora de ese mismo instituto y, con su suerte, seguro que se la cruza de camino al parque. Nada de tirarse a la bartola para él. *Porsiacca*.

Friolero por naturaleza, Pedro se ha abrigado tanto como si estuvieran en pleno febrero porque no se fía de los cambios de temperatura. Nada más salir a la calle empieza a sudar. «Es mi cruz», piensa mientras recorre los doscientos metros que lo separan de la bocacalle donde suele quedar con sus amigos para ir a clase; ser friolero en Vitoria es su penitencia por los males que debió de causar en una vida anterior. Friolero en Vitoria. Como vivir frente a la playa y tener alergia a la arena. Como ser hijo de pastelero y diabético. Como tener un padre torero y ser animalista.

Un coñazo, vaya.

Llega temprano, como siempre. La puntualidad se hereda, y él se parece a su madre también en eso, aunque por suerte ha sacado la altura de su padre. Estos cinco minutos de paz antes de que empiece la vorágine del día le saben a gloria. Deja la mente vagar tranquila; se fija en las pocas personas que se han puesto en marcha ya a esta hora, en el olor a humedad que hay en el ambiente («Va a llover, fijo, y no he traído paraguas»), en las sensaciones que recorren su cuerpo. «La gente no pasa suficiente tiempo a solas —piensa mientras ve llegar a un grupo de adolescentes cuyas caras le suenan y algunos lo saludan con un gesto—. No disfruta del presente, demasiado inmersa en el ruido del día a día, en los grupos de WhatsApp, en los gritos, en las carcajadas». Su padre dice que es lo que toca, por la edad, que luego estará en tu mano parar esa vorágine. Pedro no lo tiene tan claro. Los adultos de su entorno no parecen pasar demasiado tiempo consigo mismos. Menos sus padres. Pero sus padres siempre han sido un poco raros en ese sentido.

Sacude la cabeza. Como le diría Ander: «No te pongas denso, macho. Relaja, que no son horas».

Ha sido pensar en él y verlo aparecer. Por un instante, Pedro cree que su deseo lo ha convocado. Viene con Álex, como siempre, dándole empujones y recibéndolos en ese lenguaje adolescente de los chicos que sustituye abrazos por golpes y «me importas» por «capullos». «Hay gente con suerte y luego están estos dos», piensa Pedro. No habrá muchas personas en el mundo que se hayan encontrado con un hermano de su edad hecho y derecho, sin tener que pasar por los celos de crecer juntos o esos enfados que, según dicen, son normales entre quienes comparten la infancia. Como en un cuento de hadas, un día se levantaron y se encontraron con un colega de su edad en su propia casa, un amigo con el que compartirlo todo, incluso a sus padres. Pedro los envidia más de lo que reconocerá nunca. Ya le gustaría a él haber vivido algo así.

Aunque, con su suerte, seguro que su hermano sería gilipollas. O estaría tan bueno que se enamoraría locamente de él, y ay, se liaba gorda en casa.

O era una hermana. Puaj.

Cambia de postura para recibirlos. Quiere que su lenguaje corporal diga: «Aquí estoy, esperando muy a gusto, sin ninguna ansiedad por verte, Ander, amor de mi vida, cosa bonita, quién te pillara en un sitio oscuro para darte el morreo que quiero darte desde hace años». Pero en lugar de eso parece que se está meando, así que adopta de nuevo la pose algo encorvada que es natural en él. Los dos hermanos lo alcanzan y él se une a su paso sin molestarse en saludar. Se ven demasiado para formalidades como esas.

—¿Llegamos tarde? —dice Álex al tiempo que mira el reloj.

—No, qué va, soy yo el que ha llegado pronto. No he calculado bien.

—Yo cuando no calculo bien llego diez minutos tarde, no antes. Qué raro eres, Pedrito.

—Ya ves, Alejandro, cada uno tiene sus manías.

—Que no me llames Alejandro, capullo.

—Pues tú no me llames Pedrito, mamón.

—Cuánto amor a estas horas de la mañana, qué armonía, qué maravilla —se une Ander.

Álex le golpea el hombro.

—Calla, *ander the table*, que para ti también tenemos.

—Me podía haber callado.

—No aprendes, *broda*. —Álex se dirige a Pedro, que va a su lado—: ¿Qué, ya te han hecho ponerte a estudiar? Menos de cuatro semanas para el primer examen, tu madre ya te habrá metido prisa.

—Cómo no. —Pedro resopla—. En cuanto pusieron las fechas empezó a apretarme las tuercas.

—Tiene que ser horrible lo de tener una madre profesora. —Se ríe Álex—. No puedes hacer pira, ni liarla en clase ni dejarte los deberes.

—Ni contestar mal a un profesor, ni sacar menos de un siete en un examen, ni pedir ir al baño demasiadas veces...

—¿En serio? ¿Hasta eso?

—Te lo juro.

—Venga ya, Pedro, que tu madre no es así —le corta Ander. Pedro siente un cosquilleo travieso en la nuca al oír su nombre de sus labios—. No me la imagino yo preguntando a nadie qué tal vas o pidiendo que se chiven de ti.

—Lo primero: tú solo has visto a mi madre de buenas, así que ni puta idea del monstruo en el que se convierte cuando se enfada. Y segundo: no sé si pregunta o se lo cuentan sin que ella quiera, pero que se entera de todo todo todo lo que hago, ya te digo yo que sí.

—Pero seguro que alguno también te sube la nota porque le cae bien tu madre, o para no tener bronca con ella luego. Alguna ventaja seguro que tiene.

—Alguna ventaja, a ver, veamos... —Pedro finge un gesto de concentración, la mirada perdida a lo lejos—. Nunca me equivoco con las fechas de los exámenes. —Una pausa de tres segundos—. Ya.

—También te enteras antes que nadie de cuándo son. Y sabes tu nota antes de que la digan en clase. —Pedro levanta las cejas, dispuesto a negarlo, pero Ander es más rápido—: No mientas, tío, que canta un huevo. Siempre sabes tu nota antes de que repartan los exámenes.

—No siempre —murmura.

Álex le da una palmada en la espalda.

—¿Te habla alguna vez de la gente de clase? Seguro que de Gorka te ha contado alguna cosa.

—No, nunca. —Álex lo mira escéptico—. Te lo juro, nunca. A mi padre sí, alguna vez, cuando cree que no la oigo, pero a mí nunca. Sí que se le cambia la cara cuando hablo de según qué gente, pero nunca dice nada.

—¿Según qué gente? ¿Como quién?

—Vosotros, por ejemplo. No hace más que decirme que no ande con malas compañías.

—Qué profesional lo de no contarte nada de lo que pasa en clase. —Álex tuerce la cara en un gesto de burla—. Yo no podría callarme nada.

—¿En serio? —Ander esquiva la colleja de Álex, que hace amago de revolverle el pelo—. El pelo ni tocar, capullo.

—Uy, sí, perdona, a ver si te vas a tener que pasar otros veinte minutos acicalándote cuando lleguemos.

—No he tardado veinte minutos.

—Media hora.

—Mentira. Ni un cuarto.

—Ahí está Gorka. Señal de que ahora sí que vamos tarde.

—Qué desastre es el tío. Ni un solo día va con la ropa bien puesta.

Pedro quiere defender a su amigo, pero Álex tiene razón. Gorka lleva la camiseta a medio meter bajo el abrigo desabrochado y mal colocado sobre los hombros, la mitad de la capucha escondida entre su espalda y el abrigo. Su cabeza no parece haber visto un peine recientemente y, aun a distancia, se le distinguen las comisuras de los labios sucias, con pegotes del Colacao del desayuno. Pedro baja la cara para ocultar una sonrisa.

—Pues ha mejorado una barbaridad. Tenías que haberlo visto en primaria —dice Ander. Mira a Pedro, que asiente con la cabeza—. ¿Te acuerdas aquel día que vino con el pijama por debajo de la ropa porque se le había olvidado quitárselo al vestirse?

—Sí. —Pedro se echa a reír—. O cuando se trajo la agenda y el cuaderno de su padre pensando que eran los suyos, y vino el hombre todo desesperado a buscarlos al colegio. Era el teniente de alcalde en aquel momento y debía de haber información muy comprometida en aquellos cuadernos.

—Una vez acumuló cinco mudas sucias en la mochila de gimnasia porque su madre decidió que ya era hora de que aprendiera a hacerse cargo de sus cosas y dejó de vaciársela ella. ¡En sexto! —Los tres sueltan una carcajada—. Llamó la consultora del centro a su casa, diciéndoles que aquello ya era un caso de negligencia grave. Cómo olía aquello cuando la abrió, qué peste.

—Y su madre volvió a vaciarle la mochila, ¿no? —pregunta Álex entre hipidos.

Gorka está ya a pocos pasos.

—Sí. Hasta hoy, creo.

—¿Qué pasa? ¿De qué os reís?

—Del capítulo de la piscina de Mr. Bean. Un clásico.

El recién llegado alza las cejas y asiente, confuso, antes de cambiar de tema:

—Oye, que venía pensando.

—No te esfuerces tanto, a ver si te vas a hacer daño.

Gorka ignora a Pedro.

—Estamos casi a fin de curso. Nos queda nada y menos para los exámenes. A partir de ahora, nuestra vida va a ser un putito infierno hasta que terminemos bachillerato, y luego igual peor, porque en la universidad nos vamos a cagar.

—Joder, macho, qué positivo te levantas tú por las mañanas, ¿no? —le corta Álex, que aún no ha podido dejar de reírse.

Gorka hace un aspaviento con las manos para hacerle callar.

—Necesitamos hacer algo antes de que empiecen los exámenes. Una buena juerga, pero más que eso, un desmadre, un... No sé, algo.

—Podemos echar un *kinito* este fin de semana —apunta Ander—. La plaza esa donde quedamos el otro día no estaba mal.

—¿Eso es para ti un desmadre? —Álex acaricia la mejilla de Ander. Pedro se derrite por dentro—. Hermanito, cuánto tengo que enseñarte.

—¿Y qué quieres hacer tú? ¿*Puenting*?

—Mejor que beber *kalimotxo* en una plaza llena de meados.

—¿Y dónde hacen *puenting* por aquí cerca? —pregunta Pedro—. Además, ¿no se mató una chica hace poco?

—Porque saltó antes de que la ataran, que hay que ser torda.

—A mí no me apetece mucho lo de tirarme por un puente.

—Es lo que siempre nos dicen en casa. Si los demás se tiran por un puente, ¿tú vas detrás?

—En mi casa dicen «ventana». Si los demás se tiran por la...

—¡Fin de semana en Santa Cruz de Campezo! —grita Gorka. Se callan de golpe—. Podemos pasar un fin de semana en la casa de mis padres en Campezo.

—¿Dónde está eso? —pregunta Álex.

—Donde Cristo perdió el mechero. ¿Hasta allí quieres ir? —se extraña Ander.

—Es media hora en coche, un poco más en autobús, no está tan lejos. La zona es muy chula, y mis padres tienen una casa muy guay, con jardín y todo.

—Pero si eso es un pueblo de mala muerte —insiste Ander, mientras Pedro recuerda un río, un camping y cuatro casas—. Solo hay gente en verano, la mitad del pueblo está vacío el resto del año.

—¿Y qué más da? La cosa es estar juntos, nosotros solos, sin padres.

—Gorka, si me quieres llevar a lo oscuro, no te hace falta una casa perdida por ahí. —Álex le guiña un ojo—. El baño del instituto es suficiente.

—Más quisieras tú que catar este cuerpo, chaval. Está reservado exclusivamente para las chatis.

—Pues no sé qué vas a pillar en Campezo, aparte de catarro, si solo vamos los cuatro —le dice Ander muerto de risa—. ¿O piensas pillarte alguna campezana?

—¿Campezana? —Pedro lo mira con extrañeza.

Ander imita su gesto.

—¿Campezotarra? ¿Santacrucense?

—¿Campurriana? ¿Campechana? No, eso no puede ser.

—No iríamos los cuatro solos. —Gorka levanta la voz y los mira con el ceño fruncido—. Podemos invitar a más gente. La casa tiene tres habitaciones y el salón es enorme, caben como seis o siete colchones.

—O sea, que los que duerman en el salón no pillan, o lo hacen delante de todo el mundo.

—Las habitaciones quedan reservadas para el que tenga suerte.

—O para el que ronque.

—El que ronque se va al *txoko*.

—¿También hay *txoko*?

—Tiene de todo. Menos piscina, porque como está el río tan cerca, no hace falta.

—Todavía no me habéis dicho dónde está. ¿Es Álava?

—Sí, casi llegando ya a La Rioja Alavesa. Al pie de la montaña.

—Qué idílico.

—Es bonito.

—Mierda, las dos petardas —dice Ander, y baja la cabeza.

El resto del grupo mira al frente.

Pedro ve aparecer a Nerea y Leire, ambas altas y arregladas como si fueran de fiesta en lugar de a clase, una morena y la otra castaña, las dos más tontas que un cepillo. Le da la sensación de que estaban esperándolos, porque han aparecido de la nada a mitad de su camino y, aunque fingen no verlos, se nota a la legua que lo han hecho.

—Álex, si quieres hablar con Nerea, llévate a la otra también, por favor —murmura Ander entre dientes—. No me hago responsable de lo que le pueda contestar si me dirige la palabra.

—Ya me la llevo yo si quieres —dice Gorka, los ojos fijos en Leire.

—Toda tuya.

Pedro no las conoce apenas, pero no las soporta. Son el tipo de chicas que solo hablan con quien les interesa, ya sea porque les gusta o porque pueden sacar tajada. Nerea le preguntó por Álex la semana pasada y ya, esa es la única interacción que ha tenido nunca con ella. Leire hizo lo mismo dos meses antes, pero por Ander. Le dio la impresión de que quería ser simpática con él, pero no lo hacía muy bien. «Falta de práctica. —piensa Pedro—. Si eres borde siempre, luego no te sale lo de ser maja». Le duró poco la simpatía; Ander no quería compartir ni pasillo con ella, así que Pedro dejó de serle útil.

(En su interior repican las campanas porque Ander ha esquivado a una tía. Solo quedan ya miles de millones menos una antes de que le toque el turno a él).

Nerea va directa hacia Álex. No saluda, no mira al resto y, con un par de trucos que Pedro no consigue captar, lo saca del grupo. Álex no hace amago de protesta. Se quedan a un lado, hablando en voz baja, muy pegados. Leire camina cerca pero algo apartada, sin saber a quién acercarse. Gorka mira a Ander.

—¿En serio no te importa que...?

Ander le hace un gesto con la mano.

—Toda tuya, de verdad.

—O sea, que entre vosotros ya..., ¿nada?

—Nada de nada.

—Gracias, tío.

Gorka trota hacia Leire con la alegría de un niño pequeño. Ella le lanza una mirada de arriba abajo y le dedica una sonrisa falsa que no le llega a los ojos. A Pedro le importa poco. Las palabras de Gorka retumban en su cabeza. Palabras no, sobra el plural, es una sola palabra la que le da guerra: «Ya». «Entre vosotros ya..., ¿nada?».

Ya.

Ander resopla junto a él. Pedro lo mira de soslayo.

—¿Has hecho alguna vez algo de lo que te arrepientas tanto tanto tanto que si tuvieras que elegir, preferirías no haber nacido? —le oye decir, su voz solo un poco por encima de un susurro.

—No —contesta Pedro igual de bajo.

—Qué suerte tienes, tío. Cómo te envidio.

Ander siempre ha destacado en Física. Le gusta desde pequeño, desde que entendió que los misterios del universo solo pueden explicarse a través de sus leyes, que es un lenguaje universal que podría ayudarnos incluso a entablar una conversación con alienígenas, porque cualquiera le explica a un bicho verde con antenas qué es una manzana, pero seguro que sabe lo que es la velocidad de la luz o cuál es la fórmula para calcular la energía. Tiene, además, la gran suerte de que se le da bien, y este curso le ha tocado una profesora excepcional. Pero hoy no importa lo bien que Garbiñe dé clase y lo mucho que a él le guste el tema. Hoy, solo hoy, no puede concentrarse.

Baja la cabeza y fija la vista en su cuaderno fingiendo tomar apuntes. Garbiñe ha lanzado un par de preguntas que normalmente él hubiera podido contestar sin problema, pero para poder responder tienes que oír la pregunta, y no es el caso. Él no se ha dado cuenta, pero la clase entera se ha vuelto a mirarlo, incluida la profesora. Después de ese amago de recuperar su atención, lo ha dejado en paz. Ganarte buena fama en una asignatura significa que te puedes permitir tener un día malo sin que te caiga una bronca por no prestar atención. Álex, a su lado, lo mira de vez en cuando, pero no le dice nada. Bastante tiene con seguir la explicación, el pobre. Luego le echará una mano.

Y es todo por culpa de Leire. Leire y su presencia, Leire y su puta cara, Leire y el asco que le da. Leire y los recuerdos que se le agolpan en la cabeza, o las fracciones de recuerdos, porque aquella noche está envuelta en una niebla que no termina de levantar. Recuerda las jarras de *kalimotxo* en la plaza, los chupitos de una botella que alguien había mezclado en casa, un par de porros que todos probaron. Y a partir de ahí las imágenes son confusas, porque entraron a la discoteca y el ruido y las luces terminaron de marearlo, Leire se le colgó del cuello, sintió su lengua en su boca, se fueron juntos al baño, cerraron la puerta y...

No quiere recordar esa parte. Lo poco que retiene le revuelve el estómago como se lo revolvió entonces.

Esas no son formas de perder la virginidad, joder.

Ander se pregunta si los líos de una noche hacen sentir a todo el mundo tan culpable como se siente él. Imagina que no, porque si no la gente habría dejado de hacerlo. O sí, quién sabe, igual que la gente sigue bebiendo a pesar de las resacas. Lo de Leire no sería tan trágico («¿Trágico? En fin, Ander, cómo flipas», dice la voz de su hermano en su cabeza) si se hubiera quedado en aquello y solo se la cruzara por los pasillos del instituto como se cruza con cientos de personas más. El problema es que su mejor amiga, Nerea, está por Álex, y allí donde está Nerea, está Leire. Y como allí donde está Álex, está Ander... Mal. Muy mal.

La clase entera murmura. Se mueven sillas, la mayoría se levanta, el volumen de las voces sube, aunque no demasiado. Ander levanta la cabeza sorprendido. No puede haberse acabado la clase, no puede llevar una hora garabateando en su cuaderno. No es eso. Garbiñe les ha mandado un trabajo por parejas y la gente está buscando con quién hacerlo. Nadie se le acerca. Saben que él siempre trabaja con Álex.

Su hermano le da un golpe en el brazo.

—Tierra llamando a Ander —le dice—. ¿Estás bien? Creo que es la primera vez que te veo desconectar en Física.

Ander niega con la cabeza y se acerca el libro que ha abierto al principio de la clase.

—Tengo sueño, sin más. ¿Qué hay que hacer?

—Leire, ¿no? —Solo con oír su nombre, Ander siente náuseas—. Sigues pensando en lo de la discoteca.

—Qué va, tío, eso ya es historia, lo tengo olvidado.

—Ya, y una mierda. Se te ha cambiado la cara nada más verla esta mañana. Todo el mundo se ha tirado a la persona equivocada alguna vez, Ander, no le des más vueltas. Metiste la pata y listo.

Ander siente una bola en la boca del estómago, una presión que lleva ahí meses y no termina de salir. Álex es la persona adecuada para hablar de ello, nadie mejor que su hermano para aconsejarlo o decirle al menos que no se está volviendo loco. Él o su madre, pero mejor él, que no lo va a juzgar, no se va a preocupar como lo haría Sara. ¿Por qué no se lo cuenta? Hablar con él siempre es fácil.

Abre la boca, pero Garbiñe se ha acercado a su mesa. Los dos se vuelven a mirarla con cara de susto. No es una mujer especialmente severa, pero tampoco es alguien que tolere bien las bromas ni las tomaduras de pelo. No tienen claro qué ha venido a decirles.

—¿Estás bien, Ander? Se me hace raro verte tan callado en clase, creo que es la primera vez en todo el año que no participas.

—Sí, sí, todo bien. Es que... Sin más. —Ander sabe que se ha puesto rojo. Se encoge de hombros en un gesto casi infantil y cruza los dedos mentalmente para que eso baste.

Funciona. Garbiñe sonríe comprensiva.

—Ya. —Lo mira con algo parecido a malicia en los ojos. Ander hace un mohín—. Si alguien se puede permitir un día tonto, eres tú. —Mira a Álex sin perder la sonrisa—. ¿Le puedes explicar tú qué hay que hacer en el trabajo? Si no, os pasáis por el despacho después de clase y os lo explico en un momento.

—Yo me encargo, no hay problema —contesta Álex.

Garbiñe asiente con un golpe de cabeza y se dirige a todos:

—Ya es la hora, podéis ir recogiendo.

—Te adora —susurra Álex en su oreja mientras recogen y salen de clase—. Cualquiera otro se hubiera llevado una buena bronca por no haber hecho ni puto caso.

—Si alguien se lo puede permitir, soy yo —contesta Ander con un guiño.

Decide dejar la bola presa un rato más. No es el momento ni el lugar.

Su instituto es enorme, con cinco y hasta seis líneas en cada curso, y los cambios de aula son un caos controlado en el que hay que andarse con cuidado para llegar a tiempo a la siguiente clase. La madre de Pedro, Izaskun, se cruza con ellos por el pasillo, los brazos tan llenos de libros como siempre. Morena, más baja que la mayoría de sus alumnos y con un andar nervioso que la hace parecer ir con prisa a todos lados, no se parece mucho a su hijo físicamente, aunque Álex y Ander saben que son idénticos de carácter. Los saluda con un gesto guasón clavado al de Pedro, sin pararse a hablar con ellos. Ander echa de menos tenerla de profesora. Ha sido la primera persona que ha conseguido interesarle por la Lengua y la Literatura. El que les ha tocado este año es un petardo.

—¿Qué te parece la idea de Gorka? —oye decir a Álex a su lado—. Lo del pueblo ese. ¿Crees que nos dejarán ir?

—Seguramente. Es un pueblo muy pequeño y hay menos que hacer que en Vitoria, por qué no. No es la primera vez que pasamos un fin de semana sin adultos. Acuérdate cuando se fueron de viaje.

—Pero si les decimos que van chicas, igual no, ¿no? Una cosa es que vayan de modernos y otra cosa... No lo veo.

—Ah, ¿pero ya sabemos si van a ir chicas? ¿Qué chicas?

—Pues a juzgar por la cara con que la miraba, yo diría que Gorka va a invitar a Leire. Y ya sabes que donde va Leire, va Nerea, así que ahí ya tienes dos.

Ander quiere gruñir de rabia, pero no le apetece volver a hablar de Leire. No quiere darle el poder de joderle el día.

—A ti con Nerea ya te basta. Como si va sola —dice en tono de broma.

—Pues no te creas. —Álex arruga la nariz—. Es de esas personas que cuanto más conoces peor te caen. Cada vez que hablo con ella... Además, ahora mismo creo que me apetece otro rollo.

Están llegando al aula y les sobra tiempo. Aminoran la marcha para no alcanzar todavía al tumulto que se concentra ya en la puerta.

—Otro rollo, ¿cómo? —Ander baja la voz—. ¿Un tío?

Álex asiente y se encoge de hombros al mismo tiempo.

—Sí, creo que sí. No sé, no me apetece aguantar las chorradas de las tías, no te digo ya las de Nerea. Aunque no sé a quién podría invitar que no me mandara a la mierda.

—Siempre puedes intentarlo con Pedro —comenta Ander y le golpea el brazo con el codo. No entiende por qué Álex lo mira así de repente.

—Estás de coña, ¿no? —le dice.

—¿Por qué? Ya sé que sois amigos, pero podéis, no sé, llegar a un acuerdo, no volver a mencionarlo una vez volváis, esas cosas. Follamigos, como en las películas. —Álex sigue mirándolo con una expresión extraña en la cara—. ¿Qué pasa, no te gusta Pedro? Todo el mundo dice que es muy guapo y está muy bueno.

—Por supuesto que está bueno. Está como un tren.

—¿Entonces?

—¿Lo dices en serio? Joder, Ander, ¡lo dices en serio!

—¿Y por qué no lo iba a decir en serio? ¿Qué pasa?

Su hermano abre la boca para responder, pero la vuelve a cerrar y niega con la cabeza. Le da un par de palmadas en la cara que hacen más daño que una caricia, sin llegar a ser bofetadas, y echa a andar de nuevo. Ander quiere seguir la conversación; algo se le ha escapado y odia sentirse idiota, pero el de Lengua se acerca ya por el pasillo. No le queda más remedio que seguir a Álex.

Para la hora del recreo, Ander se ha olvidado de Leire, de Nerea y hasta de la escapada a Campezo. Siente un sudor frío en las manos, tiene el cuello agarrotado y una sensación de vértigo que le hace difícil hasta andar. Parece que hoy es el día que todos los profesores han elegido para compincharse y recordarles que tienen los exámenes en el cogote, que deben ponerse a estudiar ya y no dejar todo para el último momento, que su futuro está en juego, que no se entretengan. Uno ha hecho un repaso del temario de su asignatura, y Ander se pregunta dónde ha estado él en todo el curso porque no le suena nada de lo que ha dicho; otra les ha recordado lo importante que es la nota final para tener una buena media que te deje entrar en la universidad de tu elección, lo que le ha puesto más en tensión si cabe porque él todavía no sabe lo que quiere estudiar; y la mayor hija de puta del instituto se ha pasado un cuarto de hora recalcando lo mucho que las decisiones de esas últimas semanas de la ESO los van a marcar para el resto de su vida.

—No entrar en la carrera que queréis puede significar que no podréis trabajar en lo que os gusta —les ha dicho en medio del silencio sepulcral de la clase—, y eso os hará desgraciados para el resto de vuestra vida. Un sueldo más bajo del que creéis merecer, condiciones peores de las que deberíais tener, hacer algo que no os gusta durante ocho horas al día. No estar contento en el trabajo es una de las mayores causas de depresión, y la tasa de suicidios se dispara entre la

gente deprimida. Tenedlo en cuenta cuando tengáis que elegir entre ver el partido en la tele o ponerlos a estudiar. Son decisiones que pagaréis caras a la larga.

Los alumnos se han quedado en silencio total durante media hora después de ese sermón.

De camino al patio, Alex le da un golpe en el brazo tan fuerte que le hace volver al mundo de los vivos. Ander se da cuenta entonces de que casi han llegado fuera.

—Le estás dando vueltas a lo que ha dicho Yolanda, ¿verdad? Ni se te ocurra, tío, no hagas eso.

—¿Cómo que no? —Ander percibe el gallo de su voz. Lleva años sin dejar escapar uno, este es por puro terror—. Tiene razón. Si no entramos en una buena universidad, si no conseguimos la nota que necesitamos para hacer la carrera que queremos...

—Pero ¿tú sabes ya qué quieres estudiar? Porque hace dos días no tenías ni puta idea.

—¡Exacto! ¡Fíjate si llevo retraso que ni siquiera sé lo que quiero estudiar!

—A ver, merluzo. —Álex le da un golpe en la coronilla que le arranca un gemido de dolor—. ¿A cuántos conoces con carrera, máster y hasta doctorado que están de dependientes en El Corte Inglés? ¿Cuántos estudiaron una cosa y terminaron trabajando de algo que no tenía nada que ver? Mira a tu madre, estudió Filología Inglesa y ahora tiene una tienda de ropa. ¿Quién sabe lo que puede pasar en el futuro? Lo que pasa es que la puta Yolanda debe de llevar una semana sin follarse y ha venido a desahogarse en clase. No creas ni una palabra de lo que ha dicho porque no tiene razón en nada.

—Hombre, razón sí que tiene —insiste Ander, aunque ya está más tranquilo. Se masajea la coronilla, la colleja ha sido de las buenas—. Las notas que saquemos ahora importan, hacen media con la EvAU, y luego en el bachillerato...

—No cuentan más que las del año pasado, y no había tanto histerismo. Lo que pasa es que este año terminamos la educación obligatoria y quieren asegurarse de que sigamos estudiando. Pero lo hacen para asegurar sus puestos de trabajo, porque si no seguimos les quitan clases y pierden la plaza. Nuestro trabajo no nos lo asegura nadie, ni estudiando ni sin estudiar.

—No negarás que tener estudios te hace la vida un poco más fácil.

—Lo niego, claro que lo niego. —Ander va a decir algo, pero Álex no le deja—. Pon la tele un día. El noventa por ciento de los que salen ahí no tienen ni la ESO, y están forrados. Por no hablar de los futbolistas, que mira lo que ganan y no saben casi ni leer.

—¿En serio? —Ander se echa a reír—. ¿Quieres ser un *choni* como los del *Sálvame*? ¿O es que juegas como Ronaldo y a mí no me has dicho nada?

—Sabes lo que quiero decir.

—Lo que sé es que eso no te lo crees ni tú. —Ander le pasa un brazo por los hombros—. Que te he visto estudiar, capullo, que a ti también te importa. Pero gracias por la charla, la verdad es que ha ayudado.

—Imbécil.

—Guapetón.

Se sientan en su rincón habitual del patio, un pequeño repecho algo apartado donde hay una zona de sombra para los días cálidos y es un buen parapeto para el viento cortante del invierno. Hoy luce el sol y la temperatura es agradable; eligen un recoveco en el que tienen la suave luz de abril de cara y pueden sentarse en el pequeño escalón que forman los cimientos del edificio que, como siempre, fue otra cosa antes de convertirse en su instituto. Gran parte de los chicos juega al fútbol y la mayoría de las chicas están sentadas en la pared baja de piedra en la que se sostiene la verja de acero. Enseguida ven aparecer a Gorka acompañado por un montón de gente; les hace un gesto con la mano y enfila hacia ellos con los demás detrás. Ander gime por lo bajo. En el grupo

está Leire. Leire Leire Leire. No se la va a quitar de encima en todo el día.

—¡Buenas! —grita Gorka al acercarse. Señala al grupo que lo acompaña con las dos manos hacia arriba—. El fin de semana en Campezo va tomando forma. ¿Qué os parece?

—Me parece que estás corriendo un poco demasiado. —Álex, desde el suelo, coloca la mano a modo de visera para mirarlo a la cara—. ¿Les has pedido permiso a tus padres ya?

Gorka le quita importancia con un gesto de la mano.

—No hay problema, seguro que me dejan. Mi hermano lo hace tres o cuatro veces al año y no le ponen ninguna pega.

—Hombre, sí, pero... —Recibe un codazo mal disimulado de Ander antes de que acabe la frase. Sabe qué quiere decirle: que su hermano no es un desastre como él y que sabe cambiarse de ropa solo. Recula en el último instante—: Mejor si te aseguras antes de empezar a invitar a todo el instituto.

—Todo todo, tampoco. —Sonríe Gorka señalando a sus acompañantes—. Solo lo mejorcito de cada casa.

Ander ignora a Leire y a Nerea y se fija en los otros dos. Ibon estuvo en su clase hace un par de años, pero, igual que Pedro, ha ido por un itinerario artístico y ya no comparten asignaturas. Sabe que es un tío majo con el que se puede hablar de cualquier cosa y lo saluda con un golpe de cabeza que Ibon imita. A su lado está Susana, a la que apenas conoce, pero Pedro dice que es muy maja y buena gente, y Pedro tiene muy buen ojo juzgando a la peña. Ander le dedica una sonrisa amable y ella se la devuelve.

—No queremos cortaros el rollo ni nada, ¿eh? —dice Ibon, sus ojos saltando entre Álex y Ander—. Si habéis hecho planes para ir vosotros solos o lo que sea, nos decís y no pasa nada.

Ander ve con el rabillo del ojo cómo Nerea se separa de Leire para sentarse al lado de Álex, muy pegada a él. Resopla y trata de ignorarla, pero es como un accidente en la carretera: no puede evitar mirar hacia donde está.

—La casa es de Gorka, si él os invita qué vamos a decir nosotros —contesta Álex—. Además, cuantos más vayamos mejor, más risas. Tampoco es que haya mucho que hacer por allí.

—Algo se nos ocurrirá —dice Nerea. Mira embelesada a Álex, que tiene una sonrisa satisfecha en los labios, aunque actúa con normalidad.

Puede decir misa, pero está claro que la personalidad de Nerea le importa más bien poco, va a caer con ella fijo. Gorka cruza una mirada con él y sonrío con malicia. Ander fuerza una sonrisa.

—Vosotros también podéis invitar a quien queráis, ¿eh? En casa hay sitio de sobra, cabemos una docena sin problema —les dice a los hermanos, pero solo mira a Ander.

Él se inclina hacia atrás y apoya la espalda en la pared que no ha sido lavada en años.

—Pues empieza a contar, macho, porque creo que ya estás llegando al tope. De todas formas, yo no tengo muy claro que vaya a ir, así que como para invitar a nadie.

Álex gira la cabeza hacia él tan rápido que tiene que haberse hecho daño.

—¿Cómo que no vas a venir? ¿Qué dices, tonto?

Sin pretenderlo, a Ander se le escapa la mirada hacia donde está Leire, justo delante de Nerea, con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos amigos porque su amiga no le hace ni puñetero caso. Álex alza las cejas en ese gesto tan suyo: «Anda ya», le dice sin hablar. Ander abre la boca, la cierra y tarda un segundo en cambiar de tercio:

—Yolanda tiene razón, tío, hay que ponerse ya —termina diciendo, aunque lo último que tiene en mente en este momento es estudiar—. Un fin de semana desperdiciado así, tan cerca de los exámenes...

—Mira, tío, cállate ya porque de la hostia que te meto llegas al Campezo ese sin autobús —le

corta Álex—. Vuelve a mencionar los exámenes o estudiar y te juro que te baño en pasta de dientes esta noche.

—Sois todo amor, tíos —se ríe Ibon.

—Es que vamos, hombre, lo que me faltaba por oír. —Álex se sienta mejor en el peldaño, y con el gesto se aleja un poco de Nerea. Si es a propósito o sin querer, Ander no lo tiene claro—. Tú vienes aunque te tenga que llevar arrastrando de los pelos.

—¿Ir a dónde? ¿A quién vas a arrastrar?

Pedro se une al grupo, acompañado por Lucía, su amiga inseparable desde que empezaron el instituto. Es casi imposible ver a uno sin la otra, van juntos hasta al baño (Ander sabe que no, pero dan esa impresión). Lucía es menuda, con una melena castaña por debajo de las orejas y un aire angelical e infantil que Ander sospecha que es pura fachada. Es el tipo de persona que cae bien a todo el mundo porque no se mete con nadie, pero tampoco permite que le tomen el pelo. Sus respuestas cortantes son famosas en el instituto, y más de un tío de metro ochenta se ha alejado de ella con ojos llorosos tras una conversación a voz en grito. Susana sonríe con todo el cuerpo al verla llegar; Leire intercambia una mirada con Nerea y pone los ojos en blanco. Solo por eso, Ander decide que Lucía mola mucho.

—Aquí, mi amigo, que dice que no quiere ir a Campezo porque tiene que estudiar. —Álex pronuncia las últimas tres palabras con el mayor retintín del que es capaz.

Ander aparta la cara y niega con la cabeza al hueco vacío a su lado. Lucía se sienta justo ahí.

—Yolanda, ¿no? —le dice sonriente—. Mi hermano me contó que a ellos les hizo lo mismo. El pobre estuvo tres días sin levantar la cabeza de los libros. Luego llegó el buen tiempo y se le pasó, pero le metió un buen susto durante un rato, que ya es más de lo que ha hecho nadie.

—¿Y a que no ha pasado nada? ¿A que tu hermano ha seguido estudiando y es feliz y está en la universidad que quería? —dice Álex.

—Suspendió casi todo en cuarto. —Ander mira a Álex y suelta un «¡JA!»—. Pero aprobó en julio, se sacó el título y se metió en un módulo de electricidad. Ahora trabaja de electricista y la verdad es que gana bastante bien, o sea que lo de ser feliz, sí.

—¿Ves? Siempre puedes ser electricista. Bien sabes que en casa hace falta alguien que sepa arreglar enchufes, porque ni tu madre ni mi padre son capaces de cambiar una puta bombilla.

Ander no se molesta en replicar. No puede explicar, ahí, delante de toda esa gente, que lo que necesita es un fin de semana tranquilo para aclarar ideas, para entender qué es esa bola que no termina de deshacerse, lejos de gente gritando, bebiendo y con ganas de fiesta, lejos de Leire. Leire Leire Leire. Joder, Leire.

—Solo son dos días, Ander —le dice Pedro—. Lo que tengas que hacer lo puedes hacer a partir del lunes.

—Y luego viene la semana de San Prudencio, vas a tener tiempo de sobra para estudiar —se une Ibon.

Para qué molestarse. Nadie va a aceptar un no por respuesta.

—Que sí, vale, bien, lo que sea —termina diciendo.

—¡Genial! —Gorka da una palmada—. Tú también vienes, ¿no, Lucía? —Ella se encoge de hombros y asiente con una sonrisa. Gorka no lo ve, pero Nerea y Leire se retuercen—. Pues como ya tenemos la lista de invitados, vamos a lo importante. Fechas. ¿Os viene bien este fin de semana?

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —Se ríe Álex.

—Para qué esperar. *Carpe diem*, como dice Izaskun.

—Tío, por favor, no cites a mi madre cuando estamos planeando algo divertido.

—Este fin de semana, ¿sí o no?

Todos asienten. Gorka vuelve a dar una palmada.

—Fenómeno. Segundo punto, el más importante de la lista. ¿Quién lleva el alcohol?

—Yo mismo. Si no os importa que me acople.

Ander tiene el sol en los ojos y le cuesta identificar quién habla, en parte también porque está detrás de los que aún siguen de pie frente a él. Gorka, Pedro y los demás se apartan para mostrar a Mikel, un chico de tercero que estuvo en su curso hasta el año anterior. Tiene dieciocho años, solo dos más que él y uno más que Álex, pero a Ander siempre le ha parecido mucho mayor que todos ellos, más por su actitud que por su aspecto. No tiene cuadrilla ni amigos inseparables, pero nunca está solo. Como Lucía, tiene el don de caer bien a todo el mundo. A juzgar por las miradas que intercambian las chicas (Susana con Lucía, Nerea con Leire, y hasta a Pedro le ha aparecido una sonrisa bobalicona en los labios), no es solo por su personalidad. Gorka lo incluye en el grupo poniéndole una mano en el hombro.

—Si te encargas del alcohol, te ponemos la alfombra roja hasta la puerta —le dice. Hace amago de abrazarlo de costado, pero se contiene. No tienen tanta confianza.

—Algo de comida también habrá que llevar —bromea Álex—. Digo, para empapar todo eso que queréis beber.

—Sí, habría que repartir quién lleva qué y eso.

—A mí llámame loco, pero yo empezaría por pedir permiso a tus padres para usar la casa —dice Pedro con el semblante serio que todos saben que usa para bromear—. Y luego ya, si eso, pedir permiso nosotros en casa, también. Ya sabes, lo de ser menores, no poder fugarse y tal.

—Yo voy a decir que me quedo en tu casa, Leire —dice Nerea—. Y tú di que te quedas en la mía.

—¿Y vuestras madres no se van a llamar? —Susana la mira con el ceño fruncido—. Si paso el fin de semana en casa de una amiga, lo primero que hace mi madre es llamar a la suya.

Leire pone la misma cara de asco que ha usado antes con Lucía, pero la que contesta es Nerea:

—A mi madre ni se le ocurre. Vamos, le monto un pollo que se entera como me controle así.

—O sea, te lo juro, cómo te atreves —susurra Lucía junto a Ander, que aguanta la risa de mala manera.

—Nosotros diremos la verdad, ¿no? —le dice Álex—. Más nos vale, porque van a llamar a los padres de Gorka.

—Pero no digáis que van chicas —ruega Gorka—. Si digo que vienen chicas, no me van a dejar la casa.

—Ah, guay, pues así sí me dejan a mí también. —Ibon mira a Susana—. ¿Tú qué vas a decir?

A Susana se le nubla el gesto. Lo disimula con una sonrisa que no engaña a nadie.

—Me toca fin de semana con mi padre. Le diré que no puedo ir, que tengo que estudiar, y a mi madre no le diré nada.

—¿Y no se van a dar cuenta? —pregunta Pedro con cautela—. Si tu padre llama a casa por cualquier cosa...

—No se hablan desde el divorcio, no hay peligro. —Su tono es tan seco que no deja lugar a réplica—. Además, mi padre está demasiado ocupado con su nueva novia, agradecerá que no vaya a molestar.

Se hace un silencio incómodo. Ander se fija en que Ibon alarga los dedos lo justo para rozar la mano de Susana y ella entrelaza el índice con el suyo. Piensa en su propio padre, en Barcelona. Incluso teniéndolo tan lejos, él no podría hacer nunca algo así.

Por algún motivo, eso le hace sentir bien.

—Vale, pues genial. —Gorka rompe el silencio—. Hago un grupo de WhatsApp y esta tarde os confirmo si me dejan, que sí que me dejan, seguro. Ahora, organización: ¿quién lleva qué? ¡Y nada de ensaladas, que os conozco!

Gorka:

Confirmado. Tenemos casa. ¡Yujuuuu!

Álex:

De puta madre

Nerea:

¡Chupis!

Ibon:

(Pulgar hacia arriba)

Pedro:

No problem

Lucía:

¡No fastidies!

Álex:

Jejejeje, a alguna le ha dado un infarto

Gorka:

¿Ya habéis pedido permiso?

Gorka:

Pues hay casa, así que ya estáis tardando

Gorka:

No, nada. Saco de dormir, igual

Nerea:

Ander:

¡Guay!

Lucía:

¿No te han puesto ninguna pega?

Susana:

¿Hay que llevar algo? Aparte de comida y eso

Gorka:

Ninguna pega.

Me han preguntado quién iba y van a llamar a todos vuestros padres, eso sí

Leire:

¿¿A todos??

Gorka:

A todos no, solo a los chicos. No he dicho que vayan chicas, tranquilas

Lucía:

A mí dos (Cara morada con gota de sudor cayendo por la mejilla)

Álex:

No sabíamos si había casa, Gorka. Te estábamos esperando.

Susana:

¿Hay que llevar algo?

Leire:

Yo no tengo

Yo no tengo

Mikel:
(Pulgar hacia arriba)

Gorka:
En casa hay alguno, no hay problema

Lucía mira el reflejo de Luis en el espejo desde la taza del váter y espera a que su hermano se pase la cuchilla con cuidado por el labio superior para poder hablar de nuevo. Madruga tanto que por las mañanas no tiene tiempo ni para afeitarse, y eso le da un aire desaliñado durante todo el día que ya forma parte de su personalidad. Se parece mucho a ella, igual que Alberto, el mayor, pero el pelo de Luis tiene un tono cobrizo que, dependiendo de la luz, le hace parecer pelirrojo. Sus ojos, sin embargo, son la copia exacta de los de su hermana, a la que mira con fijeza en este momento.

—Explicame eso otra vez —le dice, el labio despejado—. ¿Qué tipo de fin de semana es? ¿Qué vais a hacer exactamente?

Lucía suspira. Otra vez.

—Solo vamos a ir a casa de Gorka a pasar un par de días. Saldremos el viernes y volveremos el domingo, vamos a ir en autobús. —Se han pasado la tarde afinando el plan en el grupo de Whatsapp que ha abierto Gorka—. No vamos a hacer nada que no hagamos en Vitoria, sabes que Campezo está muerto. Es solo... —Lucía se encoge de hombros—. Una excusa para estar todos juntos.

—Pero no va a haber adultos —insiste su hermano, la cuchilla en la mejilla izquierda y los ojos fijos en los de ella en el espejo—. Y va a haber chicos.

Lucía no puede evitar sonreír.

—Muy bien, has acertado en todo. Es la casa de Gorka, ha invitado a sus amigos.

—Y de chicas, ¿quiénes van?

—Joder, Luis, eres peor que papá.

Luis baja la cuchilla y se da la vuelta.

—Si me pides que te eche una mano, tengo que saber dónde te estás metiendo, Lulu. No conozco al tal Gorka y no sé qué otros chicos van, no sé cómo son ni lo que tienen planeado para el fin de semana, pero sé qué planeaba yo para este tipo de escapadas. Y créeme, no me haría ninguna gracia que estuvieras en una casa llena de tíos como yo.

—Gracias por tu preocupación, pero no soy una niña pequeña, sé defenderme. —Lucía sonríe, su tono no es agresivo—. También va Susana, a ella la conoces. Y Pedro. ¿Te acuerdas de él? Ha venido alguna vez a casa.

—Ah, ¿él también va? —La cara de Luis se relaja un poco—. Me cae bien. Es gracioso.

—Es majísimo.

—¿El resto de los chicos también es gay?

Nuevo suspiro.

—No, solo Pedro. Pero te repito que sé defenderme. Nadie va a meterse en mi cama sin mi permiso.

Luis guiña los ojos como si hubiera intentado darle una bofetada.

—¿Ves? Eso, ahí mismo, esa frase. Te han sobrado las últimas tres palabras, tenías que haberla terminado antes.

—Luis, hermanito, ¿con quién estás hablando? —Lucía baja la voz. El baño está alejado de la sala y la cocina, pero aun así no se fía de que sus padres no puedan oírla—. Sabes que no voy a hacer nada en esa casa que no haya hecho ya. Si es que hago algo, que lo dudo.

Luis se tapa los oídos con las manos y da un respingo.

—No no no, no quiero oírlo, no, lalalalalala. Tú eres Lulu, mi hermana pequeña, el bebé de la casa, una bendita, lalalalala.

Lucía le tira una zapatilla.

—¡Pero si fuiste tú el que me dio la coartada para irme con Víctor este verano! —susurra muerta de risa—. ¡A qué viene eso ahora!

—Os fuisteis a dar un paseo por la playa cogidos de la mano, y no me digas lo contrario porque no lo pienso aceptar.

—Sí, a la luz de la luna y con olor a sal. Qué tonto eres.

Alguien llama a la puerta. Alberto no espera respuesta para entrar; la pequeña estancia se hace aún más diminuta.

—¿Qué tramáis vosotros dos? Lleváis aquí media hora, nadie tarda tanto en afeitarse.

—Lulu quiere irse de fin de semana con sus amigos y nos necesita para darle una coartada —le explica Luis.

Alberto se vuelve hacia ella con los ojos muy abiertos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué ganamos nosotros con esto?

—La satisfacción de haber ayudado a tu hermana pequeña a ser una persona socialmente habilidosa —contesta Lucía sonriente. Sabe que Alberto está haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—¿Dónde es ese fin de semana? ¿Quién va?

Lucía deja escapar un gruñido.

—No me hagas repetirlo, por favor.

—Van a la casa que tienen los padres de un tal Gorka en Campezo —le explica Luis, que vuelve a ocuparse de su afeitado—. Gorka, que por si te quedaban dudas es un chico. Que ha invitado a otros chicos.

Alberto frunce el ceño.

—Pero van chicas también, ¿no? No eres tú la única chica, ¿no?

—¿Y qué, si yo fuera la única chica? ¿Qué piensas que vamos a hacer, una orgía?

Su hermano guiña los ojos de forma casi idéntica a como los ha guiñado antes Luis y prefiere ignorar el comentario. Luis sigue hablando:

—Va Susana. Y Pedro, su amigo gay.

—Ah, bueno, entonces bien. ¿Los otros también son gais?

—Jesús, vaya par. ¿Estáis seguros de que no sois gemelos?

—Idénticos, pero nacidos con tres años de diferencia. Y el más guapo soy yo. —Luis le hace una peineta a Alberto, que le saca la lengua, antes de dirigirse de nuevo a Lucía—: ¿De verdad quieres ir? Quiero decir, no vas porque crees que tienes que ir. Por ser aceptada o algo. ¿Te sientes a gusto con esa gente?

—Quiero ir por mí. De verdad, son gente muy maja, me habéis oído hablar de ellos un montón de veces. Álex, Pedro, Ander, Susana... —Lucía titubea un momento y decide no mencionar al resto—. No vamos a hacer nada raro, solo vamos a... estar.

—Ya. Estar. —Alberto la mira con ojos entrecerrados—. ¿Quién te gusta?

—¿Perdón?

—De los chicos que van, ¿quién te gusta? Tú no das puntada sin hilo, Lulu, algo tramas.

—No me gusta nadie —dice Lucía, pero se ha puesto roja. Sus dos hermanos levantan las cejas—. Bueno, Álex, un poco, pero a él le gusta otra que también va. Y Mikel está muy bueno, pero no creo ni que sepa que existo. Y Ander no está nada mal, la verdad, pero...

—¡Joder, vale, vale, no sigas! —Luis alza las manos en señal de rendición, la cuchilla todavía

en su mano derecha—. Nos hemos hecho una idea, te gustan todos.

—¿Llevas condones? —le pregunta Alberto serio.

—¡Beto, coño, qué cosas le dices!

Pero Lucía habla con toda la naturalidad del mundo.

—Sí, llevo, tranquilo.

Luis gime. Alberto asiente y le dice a su hermano:

—¿Cómo tienes tú este fin de semana? Si no trabajas, podemos irnos a Donosti con Amaia y Eva y nos quedamos allí hasta el domingo. Les decimos a papá y a mamá que nos llevamos a la enana y listo.

—Ayudaría si les dijerais que vamos de camping —apunta Lucía—. Tengo que llevar el saco de dormir y algo de comida, y si les digo que vamos a un hostel se va a notar mucho.

—Vale. Versión oficial, nos vamos de camping a Zarauz. Extraoficialmente, nosotros dos nos vamos al hostel más barato que pillemos en la costa, y tú... —Alberto despeina a su hermana, que no protesta—. Ten cuidado. Y si alguien te dice que hagas algo que no quieres, llámame. Llego en un abrir y cerrar de ojos y lo mato a palos.

Lucía se levanta de un salto y se tira a su cuello.

—Gracias gracias gracias gracias —le dice al oído—. Os debo una, una muy gorda.

Alberto le devuelve el abrazo y le acaricia la cabeza como si fuera una niña pequeña. Luis, cruzado de brazos, se apoya en el lavabo con el ceño fruncido.

—Que sepas que las estamos apuntando, enana. Y la lista empieza a ser larga de cojones.

Lucía se separa de Alberto y rodea la cintura de Luis con sus brazos. Él intenta resistirse, pero es imposible. La besa en la cabeza, que le llega por debajo de los hombros.

—Vaya pingo estás hecha, hermanita.

—Qué esperabas, soy hermana vuestra.

Álex:
¿Alguien ha mirado los autobuses?

Gorka:
Un poco tarde, ¿no?

Álex:
¿Y cuánto tarda?

Álex:
OK

Gorka:
No será caro

Ander:
Por mí, OK

Pedro:
Sí. Hay uno a las siete menos veinte el viernes

Pedro:
El anterior es a las cinco. Vamos a ir justos

Pedro:
Menos de una hora. 40 minutos o así

Lucía:
¿Sabéis el precio?

Álex:
¿El de las 6:40, entonces?

Gorka:
CÓMO NOS LO VAMOS A PASAR, PEÑA!!!!!!

Mikel abre la puerta del piso que comparte con su madre y el olor a tabaco y a espacio mal ventilado le golpea la cara casi físicamente. Se llena los pulmones con el aire del descansillo y corre por toda la casa para abrir la ventana de la sala, la de la cocina y la de su cuarto; se para delante de la habitación de su madre y duda. Fuma en la cama y está seguro de que huele igual de mal que el resto de la casa, pero no quiere ver el interior, y tampoco cree que a ella le haga gracia que entre. Su mano roza el picaporte pero la deja caer y va a cambiarse de ropa y dejar la mochila sobre su cama. Mira por la ventana al patio de luces. Paredes grises dentro y fuera, ropa colgada que huele al refrito que se escapa de las cocinas, interiores ajenos tan tristes como el de su propia casa. Mikel aparta la vista y mira la hora en su teléfono. Ya es tarde. Su madre no tardará en llegar y todavía tiene que poner la comida.

Se mueve por la cocina con mano experta. Sabe dónde está cada cosa porque es él quien hace la compra y llena el frigorífico. Es él quien limpia, quien se ocupa de que nunca falte aceite, sal o azúcar, el encargado de que su madre tenga delante al menos una comida decente al día. Fríe un par de filetes y prepara una ensalada simple, de lechuga, tomate y las aceitunas rellenas que ha encontrado de oferta. La sartén es vieja y está desgastada, llena de arañazos del tenedor con el que siempre da la vuelta a los filetes, todo se pega en el centro. Las salpicaduras de aceite se suman a las manchas antiguas de la pared, las que Mikel se promete todos los días que limpiará en cuanto tenga un hueco. La cocina entera tiene un aire grasiento, de superficies mal limpiadas y olores pegados a las paredes que solo pueden quitarse tirándola entera abajo y construyéndola de cero. Mikel reparte los dos filetes en platos no del todo limpios y pone un tercer plato sobre el filete de su madre, para evitar que se enfríe. Se sirve un poco de ensalada junto al suyo, coge un trozo de pan del día anterior que todavía se deja comer y se lleva el plato al salón. La mesa del comedor está llena de folletos de propaganda, facturas viejas, ceniceros rebosantes de colillas y envoltorios que nadie sabe muy bien qué han contenido o cuánto tiempo llevan aquí. Mikel pone el plato sobre la mesita frente al sofá, aparta un cenicero con cuidado de que la ceniza no se esparza y enciende el televisor. Varias personas se gritan en la pantalla. Empieza a comer. Casi al mismo tiempo, se abre la puerta de la calle y ve a su madre por el hueco de la puerta. Siente los músculos de su espalda tensarse.

Ella no dice nada. Deja el bolso en la mesa grande, se quita el abrigo que lleva puesto a pesar del calor del día y lo tira sobre una silla. Saca el paquete de tabaco y un mechero del bolso y se sienta en el sofá junto a él, sin romper su silencio. Mikel desvía la atención de la tele a ella. Está despeinada, igual que siempre, pero no con el aspecto de alguien a quien el viento le ha revuelto el pelo, sino como alguien que no se ha peinado en varios días. Lleva un jersey marrón viejo y gastado que cualquiera hubiera tirado hace tiempo, y los pantalones vaqueros están salpicados de manchas. Pero lo peor es su rostro, el de una mujer veinte años mayor que ella. Su madre perdió la expresión al poco de empezar a tomar las pastillas que el médico de cabecera le recetó. Empezó con una dosis un poco alta para calmar la ansiedad y los ataques de ira que sufría desde que su padre se fue, pero luego, en lugar de bajar la cantidad, fue pidiendo más con la excusa de que su día a día era insufrible, que estaba mal en el trabajo y que no podía con la carga que suponía tener un hijo adolescente tal y como se encontraba. El médico se planteó bajarle la dosis, quizás se había pasado con la inicial, pero ella le dijo que tenía pensamientos suicidas y que las

pastillas eran lo único que le impedían cortarse las venas en la bañera. El de cabecera accedió al fin, con la condición de que fuera a ver al psiquiatra. Ella le dijo que iría, hasta cogió cita. Nunca apareció por la consulta. Aún no lo ha hecho.

Mikel traga saliva antes de hablar. Su voz suena mucho más baja de lo normal.

—Hay filete y ensalada en la cocina. El pan es de ayer, pero todavía está bueno.

Su madre enciende el cigarro sin mirarlo. Da una calada profunda y aguanta el humo en los pulmones unos segundos antes de soltar una bocanada que inunda la sala. El aire que entra por la ventana abierta disipa la nube al instante. Ella fija la vista en la ventana y frunce el ceño, pero no dice nada. Mikel corta un trozo de filete y se llena la boca. Mastica despacio. Todo sabe a tabaco en esta casa.

—Este fin de semana me voy a ir con unos amigos —dice, la vista fija en la tele, donde una mujer con ropa muy ajustada y un generoso escote se sienta en el regazo de un tío con los brazos llenos de tatuajes y las cejas depiladas—. De viernes a domingo. A Campezo.

Su madre no da señal alguna de escucharlo. Parece ensimismada con la imagen del televisor, aunque sus ojos no están enfocados y miran a través de él.

—Haré la compra antes de irme —sigue diciendo Mikel—. Te puedo dejar algunas croquetas fritas y un par de pechugas hechas, si quieres.

Ella gira la cabeza hacia él, despacio. Mikel la percibe por el rabillo del ojo. Se queda muy quieto, aguantando la respiración.

—¿Has estado con tu padre?

Su voz suena como si hiciera mucho tiempo que no la usara, o como si los músculos encargados de crearla no funcionaran correctamente, que es más exacto. Mikel traga saliva.

—La semana pasada. Ya te lo dije.

—No, no me lo dijiste.

—Sí, te lo dije. Me llamó y quedé con él después de clase.

Su madre lo mira sin pestañear.

—¿Iba con la puta?

—No. Vino solo.

—¿Conoces a la puta?

Mikel respira por la nariz.

—La vi una vez. Hace un año. Te lo dije.

Su madre gira la cabeza otra vez hacia el televisor.

—No me lo dijiste —murmura en voz muy baja.

Y esta vez tiene razón.

Mikel recoge su plato vacío y lo lleva a la cocina. Coge el que ha preparado para su madre, comprueba que todavía está caliente y lo pone delante de ella, que no aparta la vista del televisor y no mueve ni un músculo incluso cuando la cabeza de su hijo entra en su campo de visión. Mikel se sienta de nuevo a su lado. Saca un cigarro de la cajetilla que su madre ha dejado en el sofá y se lo enciende. No hay café.

—Ten cuidado con las mujeres, Mikel —le oye decir a su madre con una voz tan profunda que suena masculina—. Son todas malas. Todas. Todas unas putas. No te fies nunca.

Mikel da una calada que consume la mitad de su cigarro. En el televisor, el tío de los tatuajes palpa el culo de otra chica, distinta a la que se le ha sentado antes, con una venda en los ojos. Está intentando distinguirlas al tacto.

—Explícamelo otra vez.

Pedro deja escapar un suspiro cansado y alza la mirada al techo.

—*Aita*, de verdad, no es tan difícil. Te lo he contado ya tres veces.

—Y las tres veces has contado lo mismo, señal de que no mientes, pero quiero oírlo una cuarta.

—¿Eso estás haciendo? ¿Comprobar si las versiones coinciden?

—Entre otras cosas. Venga, explícamelo otra vez.

—Ves demasiadas series de policías.

—No es eso, es que tengo un hijo adolescente. Estoy aprendiendo técnicas de interrogatorio del FBI para asegurarme de que no me mientes.

Pedro prepara la bolsa que va a llevar a Campezo. Ha dejado todo listo ya la noche anterior para no tener que ir con prisas al salir del instituto, solo le queda meter cuatro cosas. Se toma su tiempo doblando con mimo el jersey más gordo que tiene para darse tiempo a recordar lo que ya le ha contado a su padre y evitar que lo pille en un renuncio. Es la primera vez que le miente. Bueno, técnicamente no es una mentira, sino una ocultación de la verdad, pero sigue siendo la primera vez.

—Vamos a ir a casa de Gorka a pasar un par de noches —repite. Hace un esfuerzo por recordar palabra por palabra lo que ha dicho antes—. El plan es ver alguna peli de miedo, jugar a juegos de mesa, dormir hasta tarde y hacer el cabra por el monte. Ya. Nada más.

—Y eso no lo podéis hacer en Vitoria.

Pedro suspira y mira hacia arriba.

—¿Y a qué monte subimos, al de la Tortilla?

—El Zaldiaran está a un paso, podéis ir a almorzar y estar de vuelta antes de que oscurezca. Y lo de dormir hasta tarde lo haces todos los fines de semana.

—No es lo mismo —protesta Pedro.

—No, ya sé que no. Y es justo lo que me preocupa.

—¿Preocuparte por qué? No vamos a hacer nada.

Algo en su mirada, seguramente cómo la concentra en cualquier punto que no sean sus ojos, hace que su padre arrugue todo el gesto. Se oye la puerta de la calle y su madre grita desde la entrada:

—¿Dónde estáis?

—En la habitación de tu hijo.

—¿Ahora es mi hijo? ¿Qué ha hecho?

—Todavía nada, pero sospecho que algo planea.

Pedro niega con la cabeza y guarda las botas de monte en la bolsa. Se oye un crujir de bolsas de plástico desde la cocina y al poco aparece Izaskun. Se sienta en la cama al lado de su marido y le habla mirando a Pedro:

—Hombre, se va de fin de semana con los amigos, a jugar al Tabú no van. —Revisa la pila de ropa que Pedro estaba guardando y esboza una sonrisa—. Cielo, solo vais para dos días, no hace

falta que te lleves el armario entero.

—En Campezo hace más frío que aquí.

—Sí, pero no pensarás ponerte tres jerséis uno encima de otro, ¿no? Con uno te vale. Que vais a un pueblo, incluso si se te mancha no pasa nada.

Pedro la ignora y guarda los tres. Su madre se ríe.

—¿Quién nos has dicho que iba, al final? Ander sí. Si no, tú no irías tan contento.

Se siente enrojecer, pero no va a levantar la cabeza. El problema es que ya no tiene nada más que meter en la bolsa, ni más espacio en ella; se acerca a su armario y finge comprobar que no se olvida nada. No, claro que no. Él nunca se olvida nada.

—Ander, Álex, Ibon, Mikel y Gorka. Y yo, claro.

—Claro claro. ¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

—Tres, creo. Cabemos de sobra.

—¿Y con quién vas a compartir cuarto?

—¿Quién te ha dicho a ti que tengo que compartir cuarto?

—Sois seis, cielo. Tres habitaciones. Que una cosa es que seas de Letras y otra que no sepas dividir.

Pedro se encoge de hombros. Cierra la cremallera de la bolsa y mira la hora en su móvil. Han quedado para ir juntos a la estación de autobuses; aún tiene tiempo de sobra, pero no piensa quedarse en casa aguantando este tercer grado.

—Yo qué sé, supongo que con Gorka. O igual dormimos todos juntos en el salón, que dice que es enorme.

—Y os montáis una orgía comunal como es debido, así me gusta.

—¡Ama!

—¡Qué! Algo no nos estás contando, así que debe de ser eso.

Baja la bolsa al suelo y mira a su madre a los ojos, la única manera de conseguir que crea algo de lo que le está diciendo. Izaskun sonríe como una niña traviesa y Pedro tiene que hacer un esfuerzo para no reírse con ella. «Qué cabrona es, qué calado me tiene».

—Solo vamos a pasar un fin de semana entre amigos, no vamos a hacer nada más ni va a pasar nada raro.

Su madre amplía la sonrisa y levanta una ceja, incrédula. Pedro termina soltando una risa tonta.

—¡Pero por qué no me crees!

—¡Porque no tiene sentido! —Se ríe ella también. A su lado, su padre mira a uno y a otra como si asistiera a un partido de tenis—. Dices que no vas a hacer nada que no vayáis a hacer en Vitoria. Entonces, ¿para qué vas?

—Para estar con mis amigos. Para hacer algo distinto antes de que empiecen los exámenes. Para...

—Pillarte una buena borrachera y que nosotros no nos enteremos, ¿no?

Izaskun sonríe aún. Pedro boquea y termina cerrando la boca. Finge indignación. Su madre no se deja engañar.

—Cielo, te conozco como si te hubiera parido, que diría mi padre, y llevo toda la vida tratando con adolescentes. Sé cuando alguien me miente y tú me estás ocultando algo, así que no me pongas esa cara de pez. ¿Quién es el encargado de llevar la bebida? ¿Qué vais a beber?

—¿Cómo que qué vais a beber? —Su padre habla por fin, los ojos muy abiertos. Los fija en Pedro—. No bebas. Aunque los demás beban, tú...

—Cariño, de verdad, parece que te hayas caído de un guindo —lo riñe su mujer—. ¿Desde

cuándo funciona que tu padre te diga que no bebas? ¿Qué hacías tú con dieciséis años?

—Ya, bueno, pero tampoco podemos darle permiso para pillarse una tajada de espanto. Somos sus padres.

Izaskun hace un mohín con la nariz.

—Creo que va implícito con el permiso para ir a la excursión. Si de verdad no queremos que beba, lo mejor es que se quede en casa, todavía estamos a tiempo.

Pedro abre la boca dispuesto a protestar, el corazón de repente detenido en algún lugar entre el pecho y la garganta, pero su madre ni lo mira antes de seguir hablando:

—Eso sí, prepara las cadenas, porque en los próximos dos años vamos a tener que atarlo a algún sitio si no queremos que pruebe el *kalimotxo*. Cielo, ¿qué tal eres haciendo amigos por Internet? Porque tendrás que dejar el instituto también, que en bachiller se hacen muchas piras y siempre terminan en el bar de al lado.

Su madre y la psicología inversa, qué peligro. Le preocupa que funcione tan bien con él. ¿Será porque ella es muy buena o porque él no tiene ni un ápice de personalidad? Suspira y la mira a los ojos.

—No voy a beber. —Izaskun se ríe—. Vale, pero no mucho, de verdad, no me voy a pasar. Además, para qué, si no hay nada que hacer en el pueblo.

—Salir al monte. Pero ni se os ocurra ir bebidos si vais al monte. Y no dejéis a nadie atrás.

Pedro asiente. Su padre deja caer los hombros derrotado.

—Vale, hijo, pues haz lo que quieras —le dice, pero hay algo en su mirada muy similar a la chispa maliciosa de su mujer—. Llevas condones, ¿no?

—¡Aita! Basta. Me voy.

—¿Qué? Es una pregunta lícita, vas con cinco chicos.

—Si fueras una chica te preguntaríamos lo mismo, hijo.

—Si fuera una chica no la dejaríamos ir.

—No con cinco chicos, no. Uy, mi yo feminista me acaba de dar una patada en la espinilla. Bendito doble rasero.

—Sois lo peor.

—Pero ¿llevas o no llevas? Bajo a la farmacia un momento si quieres.

—¡Que ya vale!

Pedro sale de su habitación lo más rápido que puede, pero sus padres lo persiguen hasta la cocina. Izaskun ha comprado todo lo que a él le toca llevar, ignorando sus protestas sobre que ya es mayorcito para hacer sus propias compras y que no necesita que su madre le haga los recados. Es el encargado de los desayunos, y allí hay bollos y chucherías suficientes para dar de comer al doble de los que supuestamente van. Lo que le viene de perlas, porque esa es la cantidad real.

Benditas madres.

—*Ama*, te has pasado —dice sin embargo—. Aquí hay comida para toda mi clase.

—Como no sabía exactamente los que ibais a ir, he cogido de más por si acaso.

—Pero si te lo he dicho.

—Ajá. Y yo me lo he creído.

No se molesta en discutir.

Entre la bolsa de viaje, el saco de dormir y la comida, Pedro parece más pequeño y apenas se le ve detrás de tanta carga. Su padre coge las llaves del coche y se pone el abrigo.

—¿Qué haces? —le dice en un tono de voz demasiado agudo.

—Te llevo a la estación. Vas demasiado cargado para ir andando.

—No, no, gracias, he quedado. Vamos en tranvía. —La idea de que su padre llegue con él a la

estación y vea realmente quiénes van le corta la respiración.

—Pedro, hijo, si casi no puedes andar. Ya os llevo yo, no me cuesta nad...

—Que no, que voy yo solo. No soy un niño ya, hombre.

Su padre alza las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, como quieras.

Pedro ha llegado casi a la puerta de la calle cuando su padre lo sujeta del brazo. Se vuelve, resoplando y listo para protestar, pero su padre le hace un gesto con el dedo para hacerlo callar. No hay ni pizca de humor en sus ojos.

—Si pasa cualquier cosa, llámanos. Si algo te hace sentir incómodo, si alguien se pone malo, si alguien hace una estupidez, o la haces tú... Llámanos. No habrá consecuencias, ¿vale? No va a haber broncas ni castigos si nos llamas a tiempo, pero por favor, no hagas el tonto.

Lo mira con una intensidad que Pedro conoce bien. Pocas veces se pone tan serio, pero cuando lo hace es mejor hacerle caso. Pedro asiente.

—Claro. Pero no va a pasar nada, de verdad.

—Contesta al móvil si te llamamos —dice su madre.

—Y da señales de vida si no lo hacemos. Manda algún mensaje.

—Y saluda a las chicas que no nos has mencionado de nuestra parte.

Sale por fin de casa, rojo como un tomate. Baja por las escaleras por no esperar el ascensor y evitar así que sus padres le hagan compañía. Un piso más abajo, trastabilla con una de las bolsas y a punto está de bajar el resto del tramo de cabeza.

Se echa a reír de puro alivio.

Ander mete las botas de monte a presión en la mochila y trata de cerrarla, pero está demasiado llena. Empuja volcando todo el peso de su cuerpo sobre la parte alta, en vano. Las botas sobresalen todavía, no puede apretar la cuerda que cierra la boca de la mochila. Suelta un gruñido de rabia y empieza a sacarlo todo. Su madre le tiene dicho que la ropa doblada ocupa menos sitio. Él lo ha metido todo hecho una bola. Igual es eso.

La escapada sigue sin hacerle mucha gracia, pero ya no hay marcha atrás. No puedes dar plantón al grupo sin una razón de peso, y un «no me apetece» nunca lo es, menos cuando hay alcohol de por medio. Álex no se lo permitiría, ya se lo ha advertido, y cuando a Álex se le mete algo en la cabeza, ya está. Además, su madre y Martín nunca pasan una noche solos en casa y la idea de quedarse a joderles el fin de semana tampoco es que le mole mucho. Campezo es, por poco, la mejor opción. Por muy poco.

Su ropa vuelve a estar desperdigada sobre la cama. Las camisetas que habían entrado más o menos lisas son ahora una masa informe y arrugada, pero a Ander le da igual. No sabe qué van a hacer en Campezo, pero tiene muy claro que nadie se va a fijar en lo planchada que lleva la ropa. Las dobla lo mejor que sabe y las alisa con la mano antes de guardarlas de nuevo, con eso es suficiente. Tres camisetas, un par de mudas, un pantalón, un jersey. Neceser de aseo. Botas de monte. La mochila se cierra esta vez, pero por los pelos. Necesita una más grande, esto es ridículo.

En los bolsillos laterales mete una mochila más pequeña, para llevar un bocadillo y la cantimplora, que también guarda, si van de excursión. Queda un tercer bolsillo libre. Ander lanza una mirada a su mesilla de noche y luego a la puerta, para comprobar que está cerrada. En cuanto da un paso hacia su mesilla, entra Álex. Ander recula y vuelve a donde estaba. Espera que Álex no se haya dado cuenta del gesto.

—Qué, ¿ya estás? —le dice su hermano al entrar. Se lanza sobre su cama y bosteza.

—Creo que sí. ¿Tú?

—Hace un rato. Estaba haciendo el tonto con el móvil para hacer tiempo. Mira que te cuesta, tío.

—No hay prisa, capullo. Nos queda más de una hora.

—Y llevas dos preparando la puta mochila. ¿O te estabas peinando?

Ander intenta darle un puñetazo en la pierna, pero Álex lo esquiva. Baja la mochila al suelo y se sienta en la cama junto a él, la espalda apoyada en la pared. Álex sigue tumbado. Lo mira desde abajo, con los párpados entrecerrados.

—¿Tú por quién vas?

—¿Perdón?

—A Campezo. ¿Por quién vas? ¿Con quién te quieres liar?

—Ah, pero ¿vamos a eso? Yo creía que íbamos a pasar un fin de semana tranquilo, sin más.

—Sí, a tomar el té frente al fuego mientras leemos historias de miedo, no te jode. —Le enseña el móvil—. Ibon está histérico porque nunca ha llegado muy lejos con una tía y cree que en Campezo va a hacer más que manitas con Susana.

—¿Y te está pidiendo a ti consejo? —Ander suelta una carcajada.

Álex alza las cejas.

—Anda el otro, ¿y a quién se lo va a pedir si no? ¿A ti?

Se le corta la risa de golpe.

—No, a mí mejor no —admite aún sonriente—. Pero hablar de eso por WhatsApp... Un poco fuerte, ¿no?

—Sobre cosas más raras he hablado. Pero no me has contestado. ¿Tú por quién vas?

Ander calla. Quiere decirle que no va por nadie, que no tiene intención de hacer nada con nadie. Solo quiere pasar un fin de semana despreocupado con sus amigos, sin pensar en estudiar ni en lo que les espera a partir de ahora, y a poder ser beber lo suficiente para pillarse un puntillo que no le provoque el dolor de cabeza que siempre tiene al día siguiente tras una buena borrachera.

Pero no es verdad, o no del todo. No puede dejar de pensar en la caja de condones que guarda en la mesilla y no ha conseguido meter todavía en la mochila.

—¿Por quién vas tú? ¿Nerea?

Álex parece no haberlo oído, pero al final se rinde y se encoge de hombros.

—Si no hay otro remedio... Pero si pudiera elegir, preferiría a Mikel. O al mismo Gorka.

—Díselo, por favor. Dile a Gorka que quieres rollo con él, pero en serio, que se note que no bromeas. Y avísame para que yo vea su cara.

—Pues porque no me gusta lo suficiente para tomarme la molestia, pero ya te digo que, si yo quisiera de verdad, caería.

—Venga ya. Que a ti te guste todo lo que tiene culo no significa que al resto le pase lo mismo.

Álex alza las cejas y pone las manos detrás de la cabeza.

—Te sorprenderías. Torres más altas han caído.

Ander se ríe; su hermano ha cerrado los ojos con una sonrisa traviesa. Se pregunta qué debe sentirse al tener tanta seguridad en ti mismo que estás convencido de poder ligarte a un tío al que no le gustan los tíos. Y lo gordo es que es verdad. Incluso ahí, tirado en la cama de cualquier manera, sin ninguna preocupación ni más público que el mismo Ander, podría servir de modelo para una revista, o para una peli porno si quisiera. Sabe tratar a la gente, engatusa a quien quiere y siempre está guapo. Siempre. Recién salido de la cama, con cara de sueño, sacando la lengua, boca abajo, después de hacer gimnasia... Siempre. Joder, qué no daría Ander por tener solo un poco de lo que a Álex le sobra.

Álex abre los ojos tan de repente que Ander da un respingo.

—¿Me vas a contestar de una puta vez?

—A qué, si no me has preguntado nada.

—Tres veces ya. ¡Que por quién vas!

—¡Que no voy por nadie, coño!

—Y una mierda.

—El salido eres tú, no proyectes tu... *salidez* en los demás.

Álex se sienta en la cama y coloca su cara muy cerca de la de Ander. Levanta la mano izquierda y cuenta a la gente con los dedos.

—Ibon va por Susana, y Susana va por Ibon. Gorka va por Leire, aunque creo que tiene más posibilidades de acabar ligando con alguna chica del pueblo, y eso que, por lo que dice él mismo, no hay. —Ander se ríe; Álex sigue serio—. Mikel va a por lo que caiga, que lo mismo es Leire, porque no hay más. Nerea va por mí, y Pedro por ti. Mis dudas sois Lucía y tú. ¿Te mola Lucía? ¿O vas a hacer experimentos y ver si te gusta otro rollo?

Ander no puede evitar ponerse rojo como un tomate, y la expresión de Álex le dice que se ha dado cuenta. Trata de reírse para quitarle importancia, pero le sale una risa extraña, muy ajena a

la suya. Aparta la vista y se concentra en sus manos. Piensa en lo que dice al mismo tiempo que sale por su boca:

—Yo también voy a lo que caiga. —Se encoge de hombros—. O igual a... No sé. Quitarme el regusto que me dejó lo de la discoteca.

No ve la cara de Álex, pero sabe que lo escucha. Su forma de escuchar es así, concentrada y en silencio. Tiene la habilidad de hacerle hablar más de lo que lo haría si no estuviera a su lado.

—Me jode mucho no acordarme de la mitad de lo que pasó —sigue diciendo, y se escucha a sí mismo porque no sabe qué va a venir después—. No sé... Ni siquiera sé si estuvo bien. Si me gustó. Si le gustó a ella. Fue tan...

—No te gustó —dice Álex. Cuando se pone serio es clavado a Martín, su padre—. Fue lo primero que dijiste cuando saliste del baño, ¿te acuerdas?: «Vaya mierda de polvo».

—Hombre, porque fue en un baño, de pie, rodeado de meados...

—¿Te acuerdas del baño y no te acuerdas de lo que pasó con Leire? —Álex sonríe—. No estabas tan pedo entonces, ¿no?

Ander abre la boca y la vuelve a cerrar. Álex le deja pensar.

—Quiero probar otra vez —dice al fin—. Con Leire o con quien sea, pero no quiero quedarme con esta sensación de... haber hecho algo mal.

Sabe que Álex tiene algo incómodo que decirle por cómo guiña los ojos y se muerde el labio. Igual que ha hecho él, Ander le deja pensar.

—Siempre puedes... Ya sabes. Cambiar de objetivo.

—¿Y probar con quién? ¿Lucía?

—O con Pedro.

Ander gruñe y salta de la cama.

—Joder, macho, estás tan salido que quieres contagiárselo al mundo, ¿no? No a todos nos gusta la carne y el pescado, ¿sabes?

—¿Cómo lo sabes si no lo has probado?

—Tío, vaya argumento de mierda. Lo sé porque lo sé, y punto.

Vuelve a poner la mochila sobre la cama y finge comprobar que todo está bien sujeto y no le falta nada. Álex no se ha movido, y Ander teme que vuelva al ataque con el tema. Tiene que salir de aquí.

—Deberíamos ir para la estación, ¿no?

—Aún nos queda un buen rato —dice Álex, pero Ander se ha echado la mochila al hombro y va hacia la puerta—. Oye, Ander...

—Vamos a ir muy cargados, mejor que salgamos ya —dice, y sale al pasillo sin mirar atrás.

Su madre y Martín están en el comedor. La puerta está entreabierta y aún no lo han visto, pero él sí puede verlos junto a la mesa, tan llena de bolsas con la comida que les toca llevar que no puede entender cómo han creído que solo van seis chicos. Cuando está a punto de llegar, oye su nombre en boca de su madre y se detiene. Sin saber muy bien por qué, se hace a un lado y se esconde en el ángulo muerto que forma el pasillo junto a la puerta.

—Ya sé que Ander me quiere, claro que lo sé —oye decir a su madre—. Y a ti también, y a su padre, y a Álex lo adora. Por eso me agobia tanto que no me lo haya contado. O a ti, incluso. Sobre algo así, igual contigo le es más fácil.

—Está en plena adolescencia, Sara —contesta Martín—. Por definición, a esa edad intentan tener el menor contacto posible con los adultos. Y algo tan gordo como lo que estás diciendo...

—Y si no lo cuenta, ¿qué significa? ¿Que lo está pasando él solo? ¿Que se está comiendo las tripas sin poder confiar en nadie?

—O que no lo sabe. Que no lo tiene claro. Que no puede ponerlo en palabras. Además, estoy convencido de que a Álex sí se lo cuenta. Son uña y carne, seguro que en él confía más que en nosotros.

—A veces estoy tentada de preguntárselo directamente, pero me da miedo que me mande a la mierda.

—Deja que sea él quien dé el paso. Si le preguntas, se va a cerrar en banda. Lo contará cuando esté listo.

—¿Así te pasó con Álex?

—Sí. Por suerte me lo contó antes de que nuestra relación se fuera a la mierda. Procura que Ander sepa que puede hablarte de cualquier cosa.

—Qué fácil parece.

—No es difícil, ya lo estás haciendo.

Ander siente temblar la mano con la que sujeta la mochila en el hombro. La bola, la dichosa bola que lleva atenzándolo semanas, se hincha como un globo en la boca de su estómago hasta alcanzar tal tamaño que cree que va a explotar. En un movimiento brusco, avanza hacia la sala y golpea la pared con la mochila sin querer. Su madre y Martín oyen el ruido y callan, pero sus caras no registran ningún sentimiento de culpabilidad. Martín sonrío al verlo entrar y señala las bolsas.

—Hambre no vais a pasar, eso seguro —bromea—. Pero os falta algo, ¿no?

—¿El qué? —Ander deja la mochila en el suelo y se acerca.

No quiere verles la cara, aunque sabe que ellos lo miran con normalidad. Las bolsas no le llaman la atención. Álex y él llevan las cenas; Gorka se encarga de la comida, Pedro del desayuno, y los demás ponen bote para pagarles porque semejante carga haría saltar su coartada.

—El alcohol. No he visto ninguna botella.

Ander abre la boca para protestar, pero Álex aparece detrás de él y se le adelanta:

—De eso se encarga Mikel.

—¿Qué? No no, qué va, nadie lleva alcohol, nadie —tartamudea Ander.

Martín se echa a reír.

—Sí, claro, vais a beber té delante del fuego y a contar historias de miedo, ¿no?

Álex levanta una ceja y mira a Ander, que niega con la cabeza inútilmente.

Sara va a la cocina y vuelve con otras dos enormes bolsas de tela que coloca junto al resto. Los mira mientras señala el botín.

—Nuestra compra del mes es más pequeña. ¿En serio os vais a comer todo esto?

—Estamos creciendo, Sara. —Álex le pasa un brazo por los hombros y ella le revuelve el pelo.

Ander se da cuenta de la mirada de Martín, pero es el único. No sabe interpretarla.

—Querido, ni subiendo al Everest ibais a ser capaces de comer todo esto.

—Qué más da, lo que sobre lo traemos. —Ander se vuelve hacia Álex, pero habla sin mirarlo a los ojos. ¿Qué le pasa hoy, que no es capaz de mirar a nadie a la cara?—. ¿Tu mochila? Deberíamos ir saliendo.

—Vais con tiempo de sobra, tranquilo —le dice su madre—. Aún no son la seis.

—Pero vamos a tardar un rato en llegar allí y vamos cargados, es mejor salir con tiempo —dice Álex. Se va hacia su habitación para coger su mochila.

—Os puedo llevar yo en coche, si queréis —dice Martín.

Álex se vuelve de golpe.

—No —casi grita—. Hemos quedado para ir, no hace falta.

—Pero vais muy cargados, es mejor si...

—No. —Dedica a su padre la mirada que guarda solo para él, dura y fría—. Gracias.

Martín se queda con los labios muy prietos cuando Álex sale. Ander ve a su madre alargar la mano y enlazar el índice con su meñique. Le recuerda a Ibon con Susana unos días antes. «Algunos gestos son intergeneracionales», piensa.

—Los otros chicos que van son buena gente, ¿verdad? —le dice Martín—. No andan metidos en cosas raras, drogas y demás, ¿no?

—No no, qué va —se apresura a decir Ander. Si dijera toda la verdad, admitiría que es probable que Mikel y Gorka lleven alguna china de hachís, pero sabe que Martín no se refiere a eso—. Son tíos normales, nadie va a llevar nada.

Martín le acaricia la mejilla con una sonrisa triste.

—Tened cuidado, ¿vale?

—¿Con qué? —Ander suspira—. De verdad, no podríamos meternos en líos ni aunque quisiéramos. Es Campezo. No hay oportunidad.

—Me da igual. —Es su madre quien habla esta vez—. Tú ándate con ojo, sobre todo con lo de beber. Y recordad que estáis en casa ajena, no la echéis abajo.

—Qué exagerada eres.

—Sí, exageradísima, pero he visto tu cuarto y hay escombreras con mejor pinta.

—Mochila lista. ¿Nos vamos?

Álex y Ander se reparten las bolsas lo mejor que pueden. Martín repite la oferta de llevarlos en coche, y esta vez es Ander quien la rechaza con un sincero «gracias». Martín guarda silencio mientras esperan con ellos el ascensor. Cuando llega, Sara besa a Ander, que se lo devuelve, y luego hace lo mismo con Álex, que también le corresponde. Martín besa la sien de su hijo, que parece estar haciendo un esfuerzo por dejarse hacer y se aparta rápidamente. Ander, con las manos ocupadas, no puede darle el abrazo que quiere darle y se limita a dejar caer la cabeza en su hombro y dejarse abrazar por su padrastro.

—Pasadlo bien —le susurra Martín al oído.

—Y vosotros —contesta Ander—. Por fin vais a tener la casa para los dos solos.

—Sí, por fin. Les hemos repartido taponos a los vecinos, no te digo más. La orgía que vamos a montar esta noche va a salir en el telediario —dice Martín.

Sara le da un golpe en el brazo, Álex se ríe y Ander finge un escalofrío de asco. Se suben en el ascensor.

—¿Estás enfadado? —le pregunta Ander ya dentro.

—No —contesta. Es imposible enfadarse con él.

—Bien. Porque ahora igual sí te enfadas.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Álex sonríe con malicia.

—He cogido los condones de tu mesilla. Es que a mí solo me queda media caja, y como tú no pareces muy convencido de si vas a usarlos o no...

Ander mira al techo del ascensor y suspira fingiéndose molesto por no echarse a reír.

—Oye, ¿qué llevaba Pedro de comer?

—Cosas para desayunar. Bollos, café soluble y eso.

—¿Te ha parecido que llevara demasiada comida?

—No especialmente. Aunque se la he comprado yo y puede que me haya pasado un poco.

¿Por?

—Estos iban que parecían *sherpas*. Pueden dar de comer a toda la Llanada alavesa.

—Ya sabes cómo somos todos cuando nos vamos fuera, siempre llevamos de más.

—Aun así, se han pasado.

—A mí la comida no me importa tanto. De lo que sí estoy segura es de que Pedro no me está diciendo toda la verdad. Algo no me ha contado.

—Álex ha reconocido que van a llevar alcohol. El tonto de mi hijo intentaba negarlo.

—Pedro también, vaya dos. Se creen que nacimos ayer. Pero aparte de eso, estoy segura de que hay algo más que no me ha dicho. Creo que van a ir chicas. A alguna han invitado, seguro.

—¿Tú crees? Se me hace raro que Ander no me lo haya contado.

—¿Le habrías dejado ir?

—...

—Pues por eso no te lo ha contado.

—No he dicho que no, solo estaba... Nada, déjalo.

—Te juro que estoy pensando en serio coger el coche y plantarme allí, a ver qué están haciendo realmente.

—No le des vueltas. Lo peor que puede pasar es que hayan ido chicas, pero no dejan de estar en un pueblo pequeño sin nada que hacer. Y oye, que se apañen sus padres con ellas, no nos vamos a preocupar nosotras. Bastante tenemos con controlar a los nuestros.

—Ahí tienes razón.

—Martín anda preocupado por si llevan algo más que alcohol. Pero los que van son chavales majos, ¿verdad?

—Hombre, a Gorka lo conocemos desde crío, y a Ibon lo tengo en clase y parece un chico normal. Del tal Mikel no sé mucho, aparte de que es repetidor.

—Estos no se juntarían con gente rara.

—Mmmmm.

—¿Qué?

—No he dicho nada.

—Ese «mmmm» me ha sonado fatal.

—Es que... Nada, no es nada.

—Izaskun, dílo.

—Álex siempre anda con estos, ¿verdad? Con Ander, con Pedro... Quiero decir, no tiene un grupo aparte, no anda con chavales raros.

—¿Te preocupa su historial?

—Un poco. No me entiendas mal, lo conozco y sé que es un chico majísimo, pero con todo lo que nos ha contado Martín de él... No sé si Mikel es amigo suyo y lo conoce de..., ya sabes.

—No creo. Ander y Álex andan siempre juntos, y Ander nunca me ha hablado de Mikel.

—Nuestros hijos no siempre nos lo cuentan todo, Sara.

—No hace falta que me lo digas, ya lo sé. Pero, como dice Martín, están en la edad de guardar secretos. Menos mal que son buenos chicos.

—No lo tengo yo tan claro. Cuanto más lo pienso, más me arrepiento de haberle dado permiso. Estoy por ir a echarles un ojo, de verdad.

—Y marcarte un *coitus interruptus* en toda regla.

—¡Sara! Por tu bien espero que eso haya sido una metáfora.

—¡Ya saltó la de Literatura! A ver si te piensas que no va a haber más de un rollito este fin de semana, sobre todo si van chicas. Ya no son niños, Izaskun, y tiran más dos tetas que... Bueno, en el caso del tuyo..., ya me entiendes.

—¿Y con quién iba a tener este un lance? Porque el que le gusta es Ander, eso lo sé, pero me da a mí que lo tiene chungo, ¿no?

—...

—¿Sara?

—No sé qué decirte. Cada día veo más clara la posibilidad de que nos hagan consuegras.

—¿En serio? ¿De verdad crees que...?

—No lo sé. Puede que sean cosas mías, pero ya hace unos años que me lo huelo. Tú conoces bien a mi hijo, ¿a ti qué te parece?

—Yo nunca opino de estas cosas, Sara. La sexualidad de cada uno es cosa suya. Tiene dieciséis años, es probable que no lo sepa ni él. Dale tiempo.

—Pero a ti Pedro te lo contó en cuanto lo supo.

—Pedro lo supo siempre. Y yo también, pero porque había que estar ciega para no verlo. Cada uno tiene sus ritmos, no le des más vueltas. Aunque...

—¿Qué?

—Eso de que nos hagan consuegras me hace mucha ilusión.

—Nochebuena iba a ser un verdadero circo.

—Ay, cómo odio que se hayan ido. ¿Habrán llegado? ¿Será pronto para llamar? Le hemos dicho que dé señales de vida, debería haber mandado un wasap ya.

—Yo no tengo ningún mensaje, para mí que todavía están en el autobús. Espera a la noche, no seas mamá gallina.

—¿Gallina por cuidar a sus polluelos o por cobarde?

—Las dos.

—Qué difícil es ser madre, Sara.

—A mí me lo vas a decir. Y divorciada y con nueva pareja y nuevo hijo, ya ni te cuento.

—Te cuelgo, voy a llamarlo, no espero más.

—¡Que no! Que se van a reír de él, no seas pesada.

—Pues le mando un mensaje. Un mensaje sí puedo, ¿no?

—Mamá gallina...

—¡Mamá cobarde!

El sol se pone ya cuando llegan a Campezo, detrás de las montañas que los saludan al bajar del autobús. Aquí hace más frío que en Vitoria, pero Nerea no se abrocha el abrigo, aunque el viento que llega del norte la hace casi tiritar. Yergue la espalda y se pasa los dedos por la melena para comprobar que no la tiene enredada. Con una sacudida de cabeza se la echa a la espalda. Golpea a Lucía con el pelo y se da cuenta, pero no se disculpa.

Ha intentado sentarse con Álex en el autobús, pero Leire le ha jorobado la jugada. Justo cuando estaba llegando a su altura, su amiga la ha llamado para que se sentara con ella, y en la milésima de segundo de atención que le ha dedicado, Ander ha puesto su abrigo en el sitio que ella quería ocupar. Se ha sentado con Leire, sí, pero se ha quedado a gusto:

—Que te quede clara una cosa: no he venido hasta aquí para estar contigo —le ha dicho nada más sentarse. Leire ha hecho amago de protestar, pero no la ha dejado—: Si me ves hablando con Álex, olvídate de mí. No me llames, no te acerques, no me conoces. ¿Vale?

—Vale —le ha dicho Leire. Un «vale» de los suyos, cortante, un «vale» que es casi un «vete a la mierda».

Leire se cree el centro del mundo. Es agotadora.

Nerea espera a que Álex se baje del autobús para acercarse a él cual dama desvalida. Lleva los brazos muy pegados al cuerpo, en parte porque tiene frío y en parte porque sabe que así sus tetas llaman más la atención. Ander, Mikel y él hablan sobre algo que no tiene el más mínimo interés para ella. Le toca el brazo. Álex corta la frase a la mitad para atenderla.

—Me han empujado la maleta al fondo del maletero y no llego. —Lloriquea con el gesto que tanto ha practicado frente al espejo—. ¿Me la alcanzas, porfa?

A Álex se le van los ojos a su escote.

—Claro —susurra y los reconduce a su cara.

«Qué ojos —piensa Nerea—. Qué ojos, qué boca, qué nariz, qué guapo».

Es verdad que la maleta se ha ido hasta el fondo, y Álex mete medio cuerpo para arrastrarla fuera. La deja a sus pies y suelta un pequeño bufido.

—Aquí la tienes. No sé qué llevas, pero pesa una barbaridad.

—Sí, ¿verdad? —Nerea se ríe con su tono aniñado—. No sé qué he metido, siempre me pasa lo mismo. Casi no puedo con ella.

Él sonrío de medio lado. Su gesto no es del todo amable.

—Tranquila, no vas a tener que cargar mucho con ella. Creo que la casa de Gorka está bastante cerca.

Se da la vuelta y regresa con Ander, a quien le ha dejado su mochila. Nerea ve cómo se la coloca a la espalda y echa a andar sin mirar atrás. Frunce los labios antes de echar a correr detrás de él.

La maleta tiene cuatro ruedas, no cuesta tanto llevarla, pero Álex no sabía eso cuando la ha dejado tirada con ella.

Muy caballeroso no es que sea.

El grupo se ha roto en parejas y tríos. Algunas son naturales, como Ibon y Susana, que han venido a Campezo a lo que han venido y ni siquiera se esfuerzan por disimular. Otras son algo más forzadas, como Leire y Gorka; Nerea sabe que Leire no lo soporta, pero prefiere estar con el tonto

de clase a ir sola, la muy boba (aunque claro, qué remedio). Álex, Ander y Mikel van juntos, y Pedro y Lucía se han quedado un poco apartados, pero no mucho. Nerea alcanza a Álex y siente las miradas de todo el grupo en ella. Ander resopla, Mikel sonríe con malicia. Ella los ignora.

—Nunca había estado aquí —le dice con esa voz que reserva para los chicos, un susurro que los obliga a acercarse mucho a ella para oírla—. No suelo ir a veranear a los pueblos, yo soy más de ciudad. Pero es bonito.

Álex mira a su alrededor. El día está despejado y el rojo del atardecer se refleja en la cima de las montañas creando la ilusión de tierras anaranjadas donde debería haber piedra. Nerea no mira a nada que no sea Álex. Para ella no hay mayor maravilla de la naturaleza que esta.

—Todavía no me acostumbro a ver montes por la ventana, aunque sean tan lejanos como en Vitoria —dice él—. En Madrid la contaminación no te deja ver lejos, solo hay cemento y más cemento.

—Pero tiene que ser una pasada vivir allí. Rodeado de gente, siempre con cosas que hacer... No como en Vitoria, que nunca pasa nada y siempre hacemos lo mismo.

—No creas. Al final te mueves siempre por los mismos sitios y vas con la misma gente. Y es mucho más peligroso andar por la calle, tienes que tener cuidado con que no te den el palo en cualquier esquina.

—Aun así. Quieres divertirte y lo tienes todo. Aquí para divertirte... —Nerea lanza una mirada a su alrededor—. Mira dónde estamos, por favor. Un agujero en el culo del mundo.

Álex la mira sin sonreír.

—Tu idea de agujero y la mía son muy distintas. Prueba a quedarte atascado en un autobús hora y media a la entrada de la ciudad, eso sí es un agujero. Además, el sitio lo hacen las personas. Da igual dónde estés si estás con la compañía adecuada.

Nerea se endereza aún más. Intenta clavar su mirada en la de Álex, pero él ya ha vuelto la cara al frente. «Le dará vergüenza mostrar lo que siente —piensa—. Lo que acaba de decir es muy íntimo».

—Eso sí que es verdad —susurra en su tono más suave—. Cuando estás a gusto con alguien no importa el entorno.

—Sobre todo, si es alguien a quien aprecias de verdad. —Álex le lanza una mirada fugaz, y Nerea siente el corazón palpitando en su garganta—. Cuando llegas a una ciudad nueva, tan distinta como Vitoria de Madrid, es la gente que te rodea la que te hace sentirte en casa.

Ella se arrima más, intentando que sus brazos se rocen, justo cuando Álex señala la espalda de Ander con la barbilla.

—Si no llega a ser por Ander, Vitoria habría sido un infierno. Me ha salvado la vida, literalmente.

Nerea tiene el tiempo justo para detener su intención y evitar apoyar todo el peso de su cuerpo en su brazo. Habría sido el equivalente de dar ella el primer paso, y no piensa caer tan bajo. No está tan desesperada.

Se sacude la melena. Es difícil que caiga como a ella le gusta sobre su espalda con la enorme capucha que tiene su abrigo, pero el mero gesto ya le da seguridad.

—Ander siempre ha sido un sol —dice, la vista en su espalda igual que ha hecho Álex—. Aparte de ser uno de los chicos más guapos que conozco. ¿Te has fijado alguna vez en sus ojos? Te hipnotizan.

Nerea no sabe ni de qué color son los ojos de Ander. No recuerda haberlo mirado a la cara más de cinco segundos seguidos en toda su vida. Si algún día lo secuestraran y tuviera que dar su descripción a la policía, no podría pasar de «Tiene el pelo castaño y es bastante alto».

Además, después de lo que le hizo a Leire no puede ni verlo. Tirársela y no volver a llamarla. Vaya tipejo.

—Sí que es guapo, sí —asiente Álex—. Con esa carita de no haber roto nunca un plato, y esa sonrisa que te dan ganas de cogerle los cachetes y... —Finge achuchar a alguien y estampa un beso en el aire—. Pero Pedro me parece más guapo. O igual es que a mí me van los morenos, no sé. Mikel está bueno un rato también. Quién lo pillara.

Nerea abre la boca todo lo que su mandíbula da de sí. Álex no se da cuenta, está concentrado en los culos de Ander y Mikel, que van solo unos pasos por delante. Tiene una sonrisa en la cara que a Nerea no le gusta nada, como la de los viejos verdes que se cruza a veces por la calle y le dicen cada burrada de no creer. «No puede ser —se dice—. Me está tomando el pelo».

Se inclina hacia él de nuevo, y esta vez le importa bien poco que su gesto se interprete como un primer paso. Su voz es apenas audible. Apoya su pecho contra el brazo de Álex. Pestañea con fuerza.

—Si pudieras elegir a una sola de las personas que estamos aquí para pasar una noche loca, ¿a quién elegirías? Si supieras que la respuesta iba ser siempre sí, ¿quién sería?

Álex la mira con la sonrisa más sexi que Nerea ha visto nunca en un rostro humano.

—Si la respuesta siempre es sí, ¿qué necesidad hay de elegir?

El grupo se para en seco. Han llegado a la casa de Gorka.

Gorka les enseña la casa, una enormidad con muros de piedra y una sola altura, nada que ver con los chalés modernos que salpican el pueblo. La mayor parte de la superficie está ocupada por el salón y la cocina, en un solo espacio, más grande que el piso de Nerea entero. Hay tres habitaciones y dos baños completos, uno mayor que otro; Nerea decide al instante cuál va a usar ella, aunque no le explica a nadie que lo va a necesitar casi en exclusividad.

—Hay dos camas en cada dormitorio —dice Gorka al tiempo que abre las puertas—. Menos en la de mis padres, claro, que está la de matrimonio. Los que quieran dormir pegaditos se quedan en esta, el resto al sofá.

—¿Cuánta gente quieres meter tú en el sofá? —Se ríe Pedro—. Esos sí que van a dormir pegados, macho.

Nerea lo observa con más detalle del que suele hacerlo. Ojos negros, pelo negro, mandíbula fuerte. Vale, quizás sí sea atractivo. Pero es gay, así que su belleza es inútil.

—Bueno, he dicho sofá, pero igual mejor no. La última vez que lo convertimos en cama olía queapestaba. Yo creo que hay algún animal descomponiéndose ahí dentro.

—¿Por qué no me sorprende que esto pase en tu casa? —le vacila Ander.

—Si está cerrado, no huele. Y hay colchones de sobra para todo el mundo, y sitio para ponerlos. Tranquilidad, que nadie tiene que volverse a casa.

—Nosotras dormimos aquí.

Nerea abre una puerta al azar y tiene la suerte de no encontrarse con uno de los baños. Tira del brazo de Leire y la arrastra dentro, junto con su maleta.

—Vale, pues...

No oye el resto de la frase de Gorka porque le cierra la puerta de golpe en las narices.

Hay dos camas de noventa en el cuarto, una a cada lado, con una cómoda que parece de Ikea entre ellas. El armario no es muy grande, pero suficiente para la ropa de un par de personas durante un fin de semana. Nerea pone su maleta sobre una cama y empieza a vaciarla. Lanza su

ropa, bien planchada y doblada, con fuerza sobre el colchón, los labios fruncidos de rabia. Todo lo que ha traído, y ha traído mucho, es ajustado y con mucho escote, incluso la ropa que va a llevar al monte si van de excursión. Lo mejor de su armario, menos los vestidos de fiesta y los tacones, está ahí. Quiere que Álex la vea al cien por cien siempre, nada de pillarla con una camiseta vieja y vaqueros raídos.

Claro que, visto lo visto, a ella le faltan las partes que a Álex le gustan. O no las tiene todas, que no es lo mismo y es peor.

El objetivo de este fin de semana es pillarse a Álex, pero no va a ser fácil ahora que sabe que toda la casa es su competencia. Se dirige a Leire, que también deshace su maleta:

—¿Tú sabías lo de Álex?

Su amiga tiene unos vaqueros en las manos. A juzgar por la ropa que ya ha sacado, Nerea juraría que ha venido a plantar patatas. Lleva el pelo recogido en una coleta y unas mallas, ¡unas mallas!, con una camiseta de monte. «Va a pillar con Ander lo que yo te diga», piensa. Si es que no se ha rendido y se conforma con Gorka, como debería. Pero eso no importa ahora.

—¿Qué es lo de Álex? ¿Qué pasa con él?

—Que le van los tíos. —Nerea no quiere levantar mucho la voz por si alguien los oye—. Que le gustan las dos cosas. ¿Sabías tú algo? ¿O me está tomando el pelo?

—Que yo sepa, Álex se ha liado con la mitad de las tías del instituto. Nunca he oído nada sobre él con chicos.

—¿Ander no te ha dicho nada? De Álex, digo. De que le dé a todo.

Leire se pone roja y baja la vista. Nerea se arma de paciencia y espera. Mencionar a Ander no ha sido buena idea. Cómo se puede estar tan colada por un tío tan simplón que encima la ha tratado como a una puta.

—Nunca me ha hablado de su hermanastro —contesta. Nerea sabe que lo que de verdad quiere decir es que Ander nunca le ha hablado, punto—. Pero ¿qué te ha dicho? ¿En serio te ha dicho que le gustan los tíos?

Nerea duda mientras repasa a Leire de arriba abajo: su pelo castaño, sus ojos castaños, su insulsa coleta y esa ropa que la hace parecer una escaladora en tierra (aunque es cierto que le hace muy buen culo). Se pregunta por qué son tan amigas. ¿Porque se conocen desde pequeñas? ¿Porque nadie más aguanta a Leire y le da pena dejarla sola? Pena. Sí, puede que sea por pena.

—No —termina diciendo—. Me ha gastado una broma y me la he creído.

Leire abraza los pantalones contra su pecho y la mira como un cachorro.

—¿Te ha dicho...? —Se vuelve para mirar la puerta y asegurarse de que esté cerrada—. ¿Te ha dicho algo de Ander? ¿O algo de mí?

Nerea quiere soltar una carcajada, o al menos sonreír con malicia. ¿En qué universo paralelo iban Álex y ella a hablar de Leire? Pero la cara de su amiga espera una respuesta, un consejo que la haga sentirse mejor. La muy tonta se ha enamorado y Nerea sabe lo mal que se pasa cuando el sentimiento no es correspondido.

Se sienta en la cama de Leire y da un par de palmadas en la colcha.

—Ven aquí, anda. —Su amiga obedece con la ropa aún en brazos. Nerea le aparta una pelusa invisible del hombro—. No te tomes a mal lo que te voy a decir, pero... creo que Ander no está por ti.

Esperaba que se echara a llorar, pero en lugar de eso Leire se sienta más derecha y levanta la barbilla.

—Pues claro que está por mí —suelta con voz dolida—. Tú no lo viste cuando nos metimos en el baño en la The End, no podía quitarme las manos de encima. Por supuesto que está por mí. O

por lo menos, lo estuvo. Sí. Sí, está por mí. Claro que está por mí.

Nerea quiere gritarle que no sea idiota, que el hecho de que un tío se líe contigo en el baño de una discoteca no significa que te vaya a pedir salir, que cuando un tío ya consigue de ti lo que busca no necesita volver a llamarte. Le aparta un mechón de pelo de la frente y ladea la cabeza. No es culpa de Leire no saber cómo funciona el mundo.

—Leiretxu, cariño, la cabeza de los chicos funciona de forma muy distinta a la nuestra. Nosotras queremos que nos cojan de la mano y nos traten como princesas antes de hacer... cosas con ellos, y ellos lo único que tienen en mente es el sexo. Si nada más conocer a un chico ya le das lo que quiere, ¿para qué va a seguir contigo? Ya ha sacado de ti todo lo que necesitaba, no le haces falta para nada más.

Leire frunce el ceño, y con él toda la cara. Nerea está a punto de decirle que no haga eso porque la hace parecer idiota, pero ella se adelanta:

—Se puede tener sexo más de una vez con la misma persona, ¿sabes? —Su tono tiene un punto de sarcasmo que a Nerea no le gusta nada—. Si sale bien la primera vez, se puede repetir.

—Pero para eso el chico te tiene que conocer y tiene que quedar otra vez contigo —contesta Nerea en el tono pausado de una madre explicándole algo muy básico a una niña obtusa—. Si al primer *kalimotxo* te dejas meter mano y al segundo ya tienes las bragas en los tobillos, no les hace falta molestarse en conocerte. Solo eres un coño caliente. Justo lo que buscaba para el calentón del momento.

Leire se pone tan roja que su cara es casi fucsia. Nerea la coge de la mano con fuerza, incluso cuando hace amago de retirarla.

—No te lo he dicho para que te sientas mal, sino para que te des cuenta de que con Ander ya no tienes mucho que hacer. —Su amiga abre la boca, indignada, pero Nerea levanta la mano libre para que la deje terminar—: Puedes intentar acercarte a él y mostrarle cuánto te gusta para ver si eso le hace volver a fijarse en ti, si quieres. O puedes intentarlo con otro chico, y empezar de cero. Gorka, por ejemplo. Lo he visto muy interesado en ti.

Leire hace un mohín de desagrado.

—Pero a mí el que me gusta es Ander. —Se le llenan los ojos de lágrimas y aprieta la mano de Nerea—. Lo quiero.

«Pero ¡cómo lo vas a querer! —grita Nerea en su cabeza— si has hablado dos veces con él y una de ellas estabas borracha como una cuba». Pero se limita a apretarle la mano, porque ella también se ha enamorado así, de golpe y casi sin sentido, de tíos a quienes apenas conocía.

Claro que tenía doce años, pero en fin, cada una madura cuando le toca.

—Prueba a darle celos con Gorka —le dice, y se sorprende ante lo simple y brillante que es esa idea—. A veces funciona. Si Ander ve que no le haces caso, igual se da cuenta de lo que se ha perdido.

Leire abre mucho los ojos. Se le han secado de golpe.

—¿Tú crees?

—Por probar no pierdes nada.

Su amiga asiente y sonríe por primera vez desde que se han montado en el autobús. Nerea la abraza y ella le corresponde. Incluso parece querer alargar el contacto, pero Nerea se separa enseguida. Tampoco hay que pasarse.

Se levanta de la cama y vuelve a su maleta, que no ha terminado de vaciar.

—Anda, ponte tus mejores galas y vamos ahí fuera, que nos esperan nuestros chicos. Si quieres, te puedo maquillar. Tienes los ojos un poco rojos.

Leire le dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Tía, Álex cae contigo fijo esta noche. Ya verás.
Nerea sonríe. Sabe que contestar «ya lo sé» quedaría feo, así que se calla.

—No sé para qué habéis traído tanta comida, tíos, si aquí ya hay de sobra.

—Sí, claro, además de dejarnos la casa les vamos a vaciar la nevera a tus padres. Tú flipas.

—Yo creo que ni se enterarían. ¿Habéis visto el arcón que tenemos en el *txoko*? Hay comida congelada para alimentar a todo el pueblo.

—Ya. Y nos ponemos a hacer un estofado o lentejas con chorizo, ¿no? Si no se puede calentar en el microondas, no es comida.

—Bueno, vale, ahí tienes razón.

—Siempre tengo razón.

Álex da una palmada en el hombro a Pedro, que le guiña un ojo.

—Lo que más me gusta de ti es tu modestia —le dice.

—Pues debería ser mi inteligencia. O mi belleza. —Álex suelta una carcajada.

La comida que han llevado está sobre la mesa y sí, Gorka tiene razón, hay demasiada. Lasaña, canelones, pizza, croquetas, paella, macarrones precocinados, embutido, lomo, pechugas de pollo, botes de pimientos rojos (los bocadillos para el monte van a estar de muerte), bollería industrial para tumbar a cualquiera con una sobredosis de azúcar... De todo, menos fruta y verdura. La madre de Pedro ha incluido una caja de biscotes y mermelada ecológica, lo que Álex agradece mientras se acaricia la tripa, dura como una tabla. Está dispuesto a beber las calorías de una semana, pero no le apetece comer grasa de manera gratuita.

—Yo comida he traído poca, pero mi hermano me ha ayudado a comprar otra cosa —dice Gorka con sonrisa pícaro, tras guardarlo todo en los armarios. Coloca su bolsa sobre la mesa y saca las botellas que ha traído.

Álex deja escapar un silbido de admiración. Lee las etiquetas en voz alta, aunque ha reconocido el contenido a simple vista.

—Ron, vodka negro, tequila, whisky... Tío, a ti se te ha ido la olla. Es imposible beber todo esto en un fin de semana, ¿qué vamos a hacer con lo que sobre?

—Mi hermano tiene una lonja con los amigos, me ha dicho que podemos guardarlo allí. —Gorka hace un mohín—. Pero no se hace responsable de que sus amigos no se lo beban, así que podemos despedirnos de lo que sobre.

—Con tal de tener un sitio donde guardarlo y que no nos pillen, me vale —dice Lucía, junto a Álex. Tiene la botella de tequila en la mano—. Madre mía, qué cantidad de alcohol tiene esto. Tiene que quemar solo olerlo.

—Si lo tomas solo sí, pero se puede mezclar. —Mikel abre sus bolsas. Él se ha encargado de la cerveza, el vino y los refrescos para mezclar.

—¡*Kalimotxo*! —Ander aplaude—. Menos mal, pensaba que le iba a tener que dar al ron.

—¿No vas a beber ron?

—Claro que sí, pero después. Eso es el postre.

Álex levanta una ceja hacia su hermano.

—Tú ten cuidado, que eres peso pluma. Acuérdate de la última vez que mezclaste *kalimotxo* y cubata.

Ander le devuelve una mirada que Álex conoce bien: «Como lo cuentes, te mato», y este le guiña un ojo, no piensa contar lo que pasó con Leire en aquel baño. Frente a ellos, Pedro está

serio. Él no sabe nada, a no ser que se lo haya contado Ander, algo poco probable. Pero lo sospecha. Está demasiado pillado por él para no darse cuenta de los significados ocultos.

«Pobre Pedro, joder. Con lo bueno que está y tiene que ir a gustarle un imposible. Improbable, mejor dicho. Y quizás ni siquiera eso», piensa Álex.

Nerea y Leire se han tomado su tiempo en deshacer las maletas y entran ahora en la cocina. Álex siente los ojos de Nerea en cuanto aparece, y la ve llegar hasta él en una línea recta que no rectifica ni para esquivar a Lucía, a quien aparta de un empujón mal disimulado. Lucía parece molesta, pero no dice nada. Va junto a Pedro, que también ha visto la escena y los mira con la boca abierta. Leire se ha quedado a media distancia entre Ander y Gorka, sin saber muy bien a cuál de los dos acercarse. Hasta que se decide por Gorka.

Nerea ha cogido una botella y finge leer la etiqueta. Su perfume es común, pero Álex ya lo relaciona solo con ella de tanto que lo huele últimamente.

—Habéis traído un montón de bebidas —le dice en ese tono que ella considera sexi pero que la hace sonar como una octogenaria con problemas respiratorios—. Yo no suelo beber mucho, no paso de la cerveza. Esto igual me tumba.

—Depende de cuánto bebas —contesta Álex—. Un chupito después de cenar no hace daño a nadie, pero si te bebes media botella, sí.

—Me pongo muy tonta cuando bebo. Y cariñosa. Me da por... —Nerea acaricia su brazo. Pedro, que no se pierde detalle, mete los labios hacia dentro en un intento inútil de aguantar la risa—. Por tocar.

—Pues a mí el alcohol me da sueño. Duermo como un lirón cada vez que bebo.

—Será porque no estás con la compañía adecuada.

Nerea le dedica la más seductora de sus sonrisas, y Álex tiene que admitir que funciona. No es su físico el problema, sino este constante acoso y derribo al que lo somete desde hace meses. Álex no ha tenido nunca una conversación natural con ella, no tiene ni idea de cómo es. Tampoco es que necesite saber sus más íntimos secretos para darle una alegría al cuerpo, pero le da la sensación de estar con una actriz muy mala cada vez que se le acerca. Y, por desgracia, tiene la seguridad de que su interior no va a ir acorde con su exterior si alguna vez la conoce de veras.

—¿Damos una vuelta por el pueblo? —dice Gorka con una palmada—. No es que sea gran cosa, pero el paisaje es una pasada, con las montañas al fondo.

—Pero qué coño paisaje vamos a ver si ya es de noche —le dice Ibon señalando a la ventana.

La única luz que entra es la de las farolas de la calle.

—Vale, sí, ya de turismo poco. ¿Qué hacemos entonces?

Mikel levanta una botella de cerveza.

—¿Y si empezamos la fiesta? Tenemos que bajarnos todo esto en dos noches, más nos vale ponernos a ello.

Álex levanta una mano.

—Apruebo la moción.

—Yo también —dice Gorka.

—Y yo —corean Susana y Lucía al unísono.

El resto del grupo se une también. Las sillas rechinan contra el suelo mientras todos se sientan. Nerea ríe, una risa falsa solo para Álex. Apoya la barbilla en su hombro para hablarle al oído:

—Qué malo eres. Mira que te he dicho que me sienta mal beber.

Álex sonríe sin que el gesto le llegue a los ojos. No contesta.

—Si vamos a empezar ya, habrá que comer un poco. —Pedro se levanta para sacar los paquetes de embutido del frigorífico—. Te metes un chute de eso con el estómago vacío y terminas

en el hospital con un agujero nuevo.

—¿Qué parte de «esto es el postre» no has entendido? —le dice Ander—. Se empieza con cerveza con limón, luego se le quita el limón, te tomas un *kali*, le echas un chorrillo de ron para darle un poco de gracia, luego quitas el vino...

—Y luego viene el Primperan para los vómitos, el suero en la ambulancia, el lavado de estómago... —Se ríe Álex—. Lo que viene a ser la evolución del coma etílico contado para niños.

—Mucho sabes tú de esto —le dice Gorka con los ojos entrecerrados. A su lado, Mikel sirve cervezas sin preguntar—. ¿Te han hecho alguna vez un lavado de estómago?

Ander se yergue en su silla. Álex nunca se lo ha contado. Lo quiere con locura, pero tiene la manía de contárselo todo a su madrastra, y no le apetece que su padre se entere de ciertas cosas. Aunque claro, lo del coma etílico lo sabe bien Martín porque fue él quien tuvo que ir a buscarlo al hospital donde lo llevaron sus amigos cuando no pudieron despertarlo.

—Una vez. Y si alguien necesita alguna razón para no volver a beber en su vida, que pida uno. Es lo más desagradable del mundo. Te ponen una bolsa colgando de la nariz donde se va acumulando todo lo que te sacan. El cabrón del médico me la enseñó cuando me la quitaron. Qué asco, joder.

—¿Cuánto bebiste para terminar en urgencias? —pregunta Pedro, que prepara un *kalimotxo* mientras habla.

—Ni idea. —Álex se encoge de hombros—. Llegué a un punto en el que me bebía todo lo que me ponían en la mano. Y los que iban conmigo eran unos cabrones, así que tuve suerte de que no me dieran lejía o algo así.

Ríe como si lo recordara, aunque aquella noche es un borrón que terminó con el primer trago al enésimo cubata y volvió a empezar cuando sintió la sonda nasogástrica raspándole la garganta. Antes pudo haber algo más, algún porro, algún cigarro con algo que no fuera solo hachís, aunque no podría jurarlo. Pero la sensación de habérselo pasado en grande está ahí, y con eso se queda.

—¿Cuándo fue eso? ¿Qué edad tenías? —le pregunta Ander. Su mirada es idéntica a la de su madre. Seguro que Sara conoce esa historia también.

—La noche de mi decimosexto cumpleaños. Halloween. —Álex abre mucho los ojos y grita—: ¡Buuh! Es la suerte de cumplir años en víspera de festivo.

—¿Suerte? —pregunta Lucía, que ha escuchado su historia con la boca abierta—. ¿A terminar en el hospital lo llamas tener suerte? Podías haber muerto.

—Hala, tía, no exageres —le dice Gorka—. Se le fue la mano un poco, no es para tanto. Y tuviste que pasártelo de puta madre, ¿no?

Álex asiente con la cabeza. Para qué explicar más.

—¿Tú has oído lo que ha contado? No era consciente ni de qué bebía —insiste Lucía, que se dirige a Álex—. Di la verdad, ¿a que no te acuerdas de nada de lo que pasó aquella noche?

—Recuerdo lo suficiente para saber que fue una gran noche —miente Álex.

Gorka lo señala con ambas manos, las palmas hacia arriba.

—¿Lo ves? Mi reino por una de esas, tío. Pillarme tal tajada que acabe en el hospital, qué noche más épica.

—Tus objetivos en la vida son muy extraños, Gorka —le dice Pedro—. Otros quieren ser bomberos, futbolistas, o que les toque la lotería. Tú quieres un coma etílico. Eres la bomba, macho.

—Anda, ya te puedes ir poniendo a ello, esta noche tienes una oportunidad de oro. —Mikel le coloca un *kalimotxo* delante.

Gorka se lo bebe de un trago. El grupo entero suelta una carcajada.

Mikel no recuerda la primera vez que mezcló cola y vino para hacer *kalimotxo*. No podía ser muy pequeño porque se necesita cierta fuerza para levantar la botella de dos litros de refresco, pero sabe que, para cuando terminó sexto en el colegio, ya se había pillado su primera tajada. Normalmente lo mezclaba para los amigos de su padre, a quienes les hacía mucha gracia ver a un crío tan espabilado y, antes de estar borrachos como cubas, le daban monedas a cambio de que hiciera las veces de camarero. Siempre caía algún trago o, si había suerte, un vaso entero. A diferencia de otras personas, que dicen haber cogido manía a la bebida con la que se emborracharon por primera vez, Mikel siempre ha preferido el *kalimotxo*. Que es lo que se sirve ahora, en el vaso más grande que encuentra en la cocina de Gorka.

Las voces siguen subiendo, más con cada bebida. El nivel de ruido es ya tan alto que es difícil entender lo que dicen hasta los que están más cerca, pero Mikel sonríe igual, a pesar de no enterarse de nada. Tiene a Álex al lado, que de vez en cuando trata de incluirlo en la conversación que tiene con Nerea, pero ella no tiene ninguna intención de compartirlo y se las apaña para recuperar su atención cada vez que el otro parece a punto de perderla.

Mikel la mira sin disimulo porque sabe que ella no ve más allá de los ojos azules de Álex. La camiseta con la que ha hecho el viaje desde Vitoria es tan ajustada que no deja una sola curva de su cuerpo a la imaginación; gracias a eso, el escote de vértigo solo muestra la parte superior de su pecho, porque si le quedara algo más holgada podría verle el ombligo. Nerea tiene las tetas más perfectas que Mikel ha visto nunca, ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, con la redondez exacta para que quepan dentro de la mano sin rebosar. Parece ser el único lugar del cuerpo donde tiene algo de carne, porque el resto de ella es un anuncio de lencería andante, hasta cuando va vestida.

Aunque, claro, Nerea nunca va vestida del todo. Uniendo todo lo que deja a la vista con sus distintas prendas, la ha visto desnuda más de una vez.

Álex resopla y Mikel lo mira. El de Madrid tiene la vista clavada en el techo y una expresión de resignación en la cara que no encaja ni con él ni con su situación. Nerea se aparta un momento para coger su vaso y Mikel aprovecha para acercarse. Álex se da cuenta y se inclina para oír su comentario.

—Más a huevo no la puedes tener, macho —le susurra sonriente.

Álex suspira y niega con la cabeza.

—Te la regalo, si la quieres. Mejor dicho, ¿cuánto me cobras por quitármela de encima?

Mikel sonríe y le guiña un ojo.

—A ti te lo hago gratis.

Álex levanta los brazos de forma tan brusca que tanto Mikel como Nerea pegan un respingo.

—¡Eh, peña, que dice Mikel que me lo hace gratis! —grita.

Mikel suelta una carcajada mientras niega con las manos. Nerea le lanza una mirada oscura. Él se la devuelve hasta que ella se vuelve a concentrar en el madrileño.

Pero ahora Mikel sabe que hay vía libre. La competencia no quiere la pieza. Es suya si le apetece.

—Oye, Gorka, ¿se puede fumar en tu casa? —pregunta Mikel terminadas las dos primeras rondas.

Gorka eructa con ganas antes de contestar:

—No, tío, ni de coña. Mi madre tiene un olfato para el tabaco que ni el de un sabueso. Puedes salir al jardín si quieres.

—Entonces porros tampoco, ¿no? He traído un par de chinas para luego.

—Hoy va a hacer buena noche, podemos fumarlas en el jardín —propone Álex.

Mikel lo mira y asiente. A Álex le parece que tiene un aire a Matt Dillon, un actor de la edad de su padre que no por viejo deja de estar como un tren. Ha visto todas sus películas de cuando era joven y se sabe de memoria aquellas en las que sale sin camiseta. Por desgracia, las posibilidades de que pase algo con Mikel este fin de semana son las mismas que con el actor: nulas. Aunque cualquiera sabe, porque el alcohol tiene el don de obrar milagros.

Incluso puede conseguir que él acabe con Nerea, aunque sea solo por quitársela de encima. Solo ha dado dos tragos a su cerveza con limón y ya se finge borracha, agarrada a su brazo como una lapa. Ander lo mira con guasa. Álex grita «Socorro» sin emitir un solo sonido.

Las reservas de alcohol bajan a un ritmo vertiginoso. Gorka se ha tomado en serio lo de terminar en el hospital y bebe como si se le fuera la vida en ello. El resto no le anda a la zaga y la primera ronda ha durado un suspiro. Nerea y Lucía son las únicas que no parecen tener prisa por terminar la bebida que tienen delante, aunque al menos Lucía no se finge borracha. A Leire le bizquean los ojos y Susana e Ibon están acaramelados y muy babosos, ajenos a todo. Pedro le da un codazo a Lucía.

—No sé yo con quién vas a dormir tú hoy —bromea.

—¿Por qué te crees que no he deshecho la mochila? Cuando he visto que Susana elegía la habitación de matrimonio, me lo he imaginado.

—Te vienes a dormir al salón con los chicos —le dice Álex con un guiño—. Ya verás qué bien lo pasamos.

—Sobre todo yo. —Lucía le devuelve el guiño—. Tres tíos solo para mí, vaya fiesta.

—Tendrás que compartir, guapa —le advierte Pedro—. A ver si crees que te voy a dejar toda la carne para ti sola.

La mesa ríe al unísono, algunos aúllan (Ibon y Susana ni se enteran). Nerea se pega más a Álex, fusionada casi con su piel.

—¿Puedo dormir con vosotros yo también? —susurra.

Álex mira al techo en un ruego silencioso a los cielos por más paciencia. Pedro ríe por la nariz, ya está lo suficientemente borracho para olvidarse de disimular. Lucía también está haciendo esfuerzos por no soltar una carcajada. Álex se da cuenta de que Ander está lanzando miradas de soslayo a Leire, que de momento parece encantada con Gorka, y se teme lo peor. Cualquiera persona de las que están aquí sería mejor para Ander que Leire.

Bueno, menos Nerea. Pero ya cargará él con esa cruz.

—Qué idiota es, no escarmienta.

Álex baja la vista. Es Nerea la que habla, pero ha usado su voz normal y le ha costado un momento darse cuenta de que era ella. Está pendiente de Leire, que se muere de risa por algo que Gorka le acaba de decir.

—Cada vez que bebe termina tirándose encima del primer tío que tenga cerca —sigue diciendo—. Y mejor si es imbécil. Parece boba, de verdad.

Álex baja un poco la cabeza para poner su cara a la altura de ella. Habla en voz muy baja:

—¿A quién estás llamando imbécil? ¿A mi hermano?

Nerea abre mucho los ojos. Boquea unos segundos.

—No me refería a... nadie en particular. —Le tiembla la voz, y no es por el alcohol—. Es que ella es así, llega demasiado lejos con los tíos y luego se arrepiente, pero ya es demasiado tarde. Y claro, luego le cuesta que la tomen en serio, porque quién va a hacer caso a alguien que actúa como una puta. Porque solo ella sabe que está enamorada, claro, el tío piensa que se ha liado con él sin más, y luego..., pues eso, lo pasa fatal.

Álex la mira sin decir nada más. Nerea malinterpreta su mirada y sonríe coqueta. Él se levanta de golpe y deshace la llave que Nerea ha formado alrededor de su brazo. Da un repaso a toda la mesa. El grupo de gente que aún no ha encontrado con quién liarse es cada vez menor.

—¿Vamos cenando? Tenemos que comer algo que haga base, porque si no la resaca de mañana va a ser cojonuda.

—Pero ¿no habíamos quedado que íbamos a por el coma etílico? —dice Mikel, que a pesar de haber bebido su peso en alcohol parece el más sereno de todos. Se le van los ojos hacia Nerea ahora que Álex no está entre ellos—. Vamos a echar a perder todo lo que hemos bebido ya.

—Si lo que quieres es que te metan algo por la boca que te llegue hasta la garganta, no te hace falta un lavado de estómago, guapetón —le dice Álex sonriendo de oreja a oreja.

Mikel suelta una carcajada y alza las manos en señal de rendición.

—No, deja, prefiero cenar. ¿Dónde duermes tú esta noche? Para ponerme en la otra punta de la casa, digo.

—Allá donde tú estés, estaré yo. —Álex le lanza un beso. Mikel se pone rojo sin parar de reírse—. Me voy a mear. Calentad el horno y meted algo, anda.

—¿Perdón? —bromea Pedro—. ¿Calentar el qué? ¿Meter qué dónde?

Álex hace un aspaviento.

—Que tengo hambre, hostia, poned la cena.

—Gorka, en tu habitación hay una cama libre, ¿no? —oye decir a Mikel según enfila el pasillo—. ¿Puedo dormir contigo?

—¡Cobarde! —le grita Álex.

Se oyen varias risas al fondo.

Ninguna de ellas es la de Nerea. Álex sonríe mientras entra al baño.

Para cuando Álex vuelve del baño, la cocina es todo actividad. Gorka pasa olímpicamente de hacer labores de anfitrión y son Pedro, Ander y Lucía los que preparan la comida, pero se niegan en redondo a sacar platos y cubiertos para la gente que no ha movido el culo de la silla. Álex le pone las manos heladas en el cuello a Ander, que deja escapar un grito agudo, y se entretiene un rato en molestarlos antes de volver a sentarse. Besa a Lucía en la mejilla, que suspira y sacude la cabeza como si pidiera paciencia, y le da un cachete en el culo a Pedro, que ronronea de gusto. Ander se da cuenta de que Lucía ni siquiera se ha sonrojado. Es la primera chica que conoce que no pierde las bragas por Álex. O finge no hacerlo, porque no se explica cómo puede su hermano no gustarle a alguien.

La mesa se llena de lasañas, canelones y pizzas humeantes. Ander intenta volver a su sitio en la mesa, pero su hermano se lo ha quitado; Nerea se ha dado cuenta y lanza un reproche mudo a Álex, incapaz de entender que alguien huya de su lado. Este ve que ella hace un amago de levantarse, pero antes de terminar el gesto Lucía ya ha ocupado la silla vacía junto a él, que le rodea los hombros y le planta otro beso, ahora en la sien. En este extraño juego de sillas, Ander logra sentarse junto a Pedro, lo que es un alivio. Prefiere irse a la cama antes que sentarse al lado de Nerea. Nunca ha conocido a nadie que acabe con la paciencia de Álex de semejante manera. Bueno, quizás Martín.

—Creo que vamos a tener drama esta noche —murmura al oído de Pedro, al tiempo que señala a Nerea con la barbilla.

Esta mira a Lucía con cara de querer arrancarle los ojos con una cuchara. Pedro se ríe y asiente.

—Ya te digo. Álex está despertando a la bestia.

—¿Álex? Si no ha hecho nada.

—Exacto. Seguro que Nerea esperaba tener su lengua en la garganta para estas alturas.

Los dos ríen sin disimulo, y la aludida les dedica su mirada asesina. Ander se la devuelve sin pestañear. No se explica qué ven los tíos en ella, no lo ha entendido nunca. Vale, sí, es mona y tiene un cuerpazo, pero aparte de eso, ¿qué? Se imagina liándose con ella y se le tuerce la boca en una mueca de asco. Nerea se tensa aún más.

—Leire —dice de repente.

Su amiga está demasiado desconectada del mundo para reaccionar inmediatamente, con Gorka contándole vete tú a saber qué en la oreja y el vaso de cerveza en la mano. Ander se ha dado cuenta de que no le quita ojo a él, por más que sea Gorka el que está encima de ella. Nerea la vuelve a llamar, su nombre convertido casi en un ladrido.

—¡Leire!

Le señala la silla junto a ella con un golpe de cabeza. Leire duda un instante, parpadea y se levanta. Nada más sentarse, Nerea empieza a cuchichearle al oído, usando su melena para taparse la cara y ocultar su boca. Las dos miran a Lucía, ajena a todo.

—Uy. —Pedro frunce el ceño—. Van a ir a por Lulu. Verás tú, le van a dar el fin de semana.

—Lucía tiene pinta de saber defenderse sola, ¿no?

Pedro le ofrece una sonrisa maliciosa.

—Je. Como le toquen mucho los cojones, les arranca la cabeza.

El alcohol ha empezado a hacer sus estragos, y eso que aún no han llegado al postre, como lo llama Ander. Siente la cabeza más que ligera y el *kalimotxo* ya hace piruetas en su estómago vacío. La pizza no es la mejor que ha probado, pero en cuanto come un par de trozos se encuentra mejor. A su alrededor, el ruido de las conversaciones va subiendo y retumba en el enorme espacio, cada uno intentando hablar más alto que los demás para que se le oiga por encima del jaleo que ellos mismos están formando. Ander se imagina este berenjenal en su piso. La vecina de abajo llamaría a la policía en el primer minuto.

La comida desaparece casi más rápido que el alcohol. Entre lo que han bebido y la grasa que los adormece, todos parecen relajarse un poco y los decibelios bajan. Ander siente que se le cierran los ojos. A gusto se iría a la cama, o al menos al sofá, donde pudiera seguir la conversación de los demás sin tener que participar. Deja caer el peso de su cuerpo sobre el hombro de Pedro, que se ríe al sentirlo.

—Qué pedo llevas, tío.

—No, no es pedo. Tengo sueño. En serio, no estoy borracho, solo... tengo modorra.

—Eso es por la cantidad de grasa que nos acabamos de meter —dice Álex, las dos manos en la tripa—. Macho, estoy por darle un trago al Fairy, a ver si se me pasa este llenazo.

—Podemos hacer una ronda de chupitos —dice Susana. Ibon tiene un brazo sobre sus hombros y ella está recostada sobre él en un gesto muy parecido al del propio Ander—. El ron es digestivo, y el tequila ni te cuento.

—¿Seguro? —Lucía mira a su amiga con el ceño fruncido y una amplia sonrisa—. ¿Dónde has oído tú eso?

—En mi familia siempre se bebe un chupito después de una comida grande. Y luego un par de copas, pero eso ya a quien le apetezca.

—Oye, mal no nos va a hacer.

—No, qué va, ¿qué es lo peor que nos puede pasar? —Se ríe Lucía.

Álex se levanta a por las bebidas y Gorka a por vasos limpios; algunos protestan y proponen reutilizar los que ya tienen, pero él no los escucha («¿Para qué está el lavavajillas?»). Los que saca son más pequeños que los que han usado, pero siguen siendo enormes para el licor. Aparecen rodajas de limón y sal sobre la mesa. Las botellas empiezan a hacer la ronda. Ander coge una en cada mano. Tequila y ron.

—No sé cuál prefiero. —Mira a Pedro con cara de concentración—. El ron quema mucho a palo seco, ¿no?

—Sí, y el tequila hace cosquillas, no te jode —le contesta él—. Sírvete tú uno, yo me sirvo el otro y compartimos los dos vasos.

—¿Ves? Todo en la vida debería ser así. ¿Por qué elegir cuando puedes tenerlo todo?

—Mira, otro que empieza a ver las cosas desde mi punto de vista. —Álex le guiña un ojo desde el otro lado de la mesa—. Te llevo diciendo yo que da igual carne o pescado desde que te conozco.

—Chato, relaja, que estamos decidiendo entre tequila y ron, no te vengas arriba.

—Se empieza por ahí y luego...

—Álex, de verdad, deja de beber porque te estás poniendo fatal —le riñe Lucía de coña y sorbe despacio los tres dedos de ron con hielo que tiene delante.

—¿Y si sacamos los chupitos al patio? —propone Mikel—. Me apetece un pití.

—Y cuando dices «pití», quieres decir...

Mikel le sonrío a Gorka antes de aclarar:

—Déjame fumar un cigarro primero y luego preparo unos porrillos.

Álex se vuelve hacia Lucía y habla en voz muy alta, señalando a Mikel:

—¿Has visto? No es solo guapo, ¡tiene recursos!

—Y tú un pedo del quince. Anda, coge la silla y sal fuera a que te dé el aire, majo.

Gorka cree recordar que hay mobiliario de jardín en algún sitio, pero no se atreve a sacarlo porque, si lo estropean, su madre lo mata. No hace falta; las sillas de la cocina cumplen su función y nadie protesta por llevar la suya afuera. El patio es enorme, con una amplia zona de césped y un repecho de hormigón junto a la casa, donde colocan las sillas en un círculo. Ander se sienta al lado de Pedro, la silla apoyada contra la pared. Han sacado las botellas de licor, pero los dos prefieren pasar de esta ronda. Ander aún tiene el vaso lleno, aunque no sepa de qué.

—Mira, mira —le susurra Pedro con una risilla.

Nerea se ha dado prisa en sacar su silla al patio. Traza una línea recta desde la puerta hasta Álex, que ya ha colocado la suya frente a Pedro y Ander, y empuja sin aspavientos a Lucía, que pretendía sentarse junto a él, tan fuerte que a punto está de tirarla al suelo. Lucía le dedica una mirada de rabia, resopla y se cambia de sitio. Ander se echa a reír por la cara que pone Álex, que ve a Lucía alejarse de él como si fuera el último autobús un sábado por la noche.

La risa se le corta de golpe cuando Leire se acerca a él.

—Mierda —susurra para sí, aunque no sabe por qué.

Ha venido a Campezo a aclarar algo que lo come por dentro, y necesita a Leire para hacerlo. Ella, con su risa histérica, sus ñoñerías y su comportamiento infantil, sí, pero también la única chica en este grupo con la que tiene algo que hacer. No la que él preferiría, pero es lo que hay.

Lo único que él necesita es *alguien*. Una chica, cualquiera, que lo ayude a salir de dudas. Leire, Nerea, Susana..., cualquiera menos Lucía. Con Lucía no podría hacer nada, le cae demasiado bien y él ve a la legua que le gusta a Álex.

Y a Nerea le gusta Álex. Y a Susana, Ibon. Y la única que queda es ella, Leire, rubia, pálida, cetrina, insoportable la mayoría de las veces, invisible las demás.

Y de repente no la quiere cerca. Por más que sepa que así, borracha y pendiente de él, sería muy fácil volver a repetir lo de la discoteca, pero esta vez en una cama y con más garantías de que el polvo no sea un puto desastre.

Pero no.

—No no no no —murmura incapaz de guardárselo.

El brazo de Pedro está en contacto con el suyo, y nota cómo se tensa. Él también la ha visto acercarse.

—¿Quieres...? —Pedro carraspea y se aparta de él lo justo para dejar de tocarlo—. ¿Quieres que os deje solos?

Pedro tiene la vista clavada en Leire, que avanza a trompicones con su silla en la mano, una sonrisa borracha en los labios y lo que ella cree, seguro, que es una mirada sexi, aunque los ojos le bizquean. Ander traga saliva.

—No. Por favor, no me dejes solo con ella. Por favor por favor por favor, no te vayas.

Pedro sonrío, una sonrisa forzada que no parece suya.

—Vale, vale —termina diciendo.

Ander vuelve a pegar su brazo contra el suyo. Lo nota relajarse.

Leire coloca la silla a su lado y se sienta al segundo intento. Está tan borracha que a punto está de dar con sus huesos en el suelo, y Ander tiene que hacer un esfuerzo por no echarse a reír. Mira su propio vaso (debe de ser ron, es oscuro) y recuerda de golpe aquella noche de semanas atrás, con una Leire igual de borracha que esta, y él no mucho más sereno. Deja el vaso en el suelo. No piensa volver a beber tanto como aquel día.

Leire se lanza sobre Ander, y él, por puro reflejo, se inclina hacia Pedro.

—Qué noche más bonita hace —dice ella, aunque suena: «*Jenohemasssbonitahassse*».

Ander aguanta la risa, Pedro no.

—Sí, no está mal. —Se muerde los labios y levanta la vista, en parte para no mirarla a ella, pero también porque no se ha fijado hasta este momento en que el cielo está despejado y las estrellas brillan mucho más aquí que en Vitoria. No ha visto un cielo así desde hace mucho tiempo. Quizás nunca.

—Qué ojos más bonitos tienes. —«*Jejosmasssbonitosstiesss*»—. ¿Sabes que tienes unos ojos muy bonitos? Muy muy muy bonitos.

—Gracias —murmura Ander sin apartar la vista del cielo. Solo por ese espectáculo ya merece la pena haber venido hasta aquí. Qué paisaje. Qué cielo. Qué bonito. Cruza el brazo derecho sobre su propio cuerpo para coger el antebrazo de Pedro—. ¿Te has fijado en el cielo? Qué pasada.

Pedro alza la vista y ladea la cabeza. Su sien derecha está en contacto con la izquierda de Ander, que no suelta su brazo. Todo ese costado de su cuerpo está pegado a él, y el viento frío que baja de las montañas se siente menos en ese lado. Leire sigue balbuceando, pero Ander no le hace el menor caso. El resto del grupo habla, le llega el olor del hachís, Nerea ríe su risa falsa, pero lo único que le importa en este momento es aquel cielo y el respirar acompasado de Pedro junto a él. Podría pasar así la noche, a pesar del frío.

—Venga, venga, que rule. Qué artista eres, Mikel, no había visto a nadie liar dos porros tan rápido. Si hubiera olimpiadas de esto, las ganabas tú.

La voz de Gorka lo trae de nuevo a la realidad, muy a su pesar. Leire se ha cambiado de sitio y ha vuelto a situarse junto a Gorka, que no le presta mucha atención porque está pendiente del porro que ha empezado a hacer la ronda. Por la forma en que Leire lo mira a él, a Ander le queda muy claro que entre ellos dos no va a pasar nada este fin de semana, o al menos no esta noche. Quizás sea el alcohol, pero le importa más bien poco no volver a pillarse una tía en la vida. Desde luego, no una como ella.

Álex también lo está mirando. Su mirada no es de desprecio, sino de cariño, casi la de un padre orgulloso viendo a su hijo cumplir alguna hazaña. Sonríe, le guiña un ojo y señala a Pedro con el más mínimo gesto de cabeza y un vistazo rápido. Ander se sienta erguido en la silla y rompe el contacto. Pedro hace lo mismo.

No sabe por qué le da tanta vergüenza que Álex lo haya visto así.

—¿Dónde consigues tú las chinas, macho? —le está preguntando Ibon a Mikel, tras dar una larga calada—. Yo no sabría dónde pillar una...

Ander se esfuerza por seguir la conversación. Mejor escuchar a los demás que a sí mismo.

—Es más fácil de lo que crees, están en todas partes —contesta Mikel, los ojos entrecerrados tras la nube de humo que sale de su boca.

—Hay como una docena de personas en el instituto que podrían venderte una —dice Álex—. Y no todas son alumnos.

—Anda ya. —Gorka lo mira con ojos como platos—. ¿Hay profes que venden chinas? Me estás tomando el pelo.

—No he dicho que sean profes, he dicho «personas que no son alumnos».

—El conserje, fijo. Tiene una pinta de porreta que no puede con ella —apunta Lucía.

Gorka le pasa el porro y ella niega con la cabeza.

—Algún profe también habrá —dice Mikel con media sonrisa.

Pedro asiente.

—Mi madre. La mitad del sueldo se lo saca con eso.

—¿En serio? —Ander no da crédito—. ¿Tu madre?

Pedro sonríe con sorna.

—Pero qué pavo eres a veces, tío —le dice—. ¿Tú ves a mi madre vendiendo chinas? Me mata si me pillas con una.

—Joder, qué susto. Aunque no sé yo, le pega bastante, ¿eh? Así, tan moderna, tan enrollada...

—Ya. El día que alguien le diga que me han visto con un porro me tenéis que adoptar en vuestra casa, chaval. Si no termino en la cárcel por tráfico de drogas, denunciado por ella misma.

—Qué exagerado eres. —Álex coge el que le tiende Mikel, recién hecho, y le da una larga calada. Habla con el humo en los pulmones, como un experto—. Izaskun mola mucho más que eso. Te daría una charla sobre no imitar a los demás y tener cuidado con las drogas, pero seguro que terminaría con un «Confío en ti, Pedro, sé que eres un buen chico». ¿A que sí?

—En serio, tenéis una imagen muy equivocada de mi madre. Que se enrolla, sí, que es guay en muchas cosas, pero no deja de ser una madre, y yo su único hijo. Me controla con puño de acero, como a vosotros las vuestras.

—Joder, haces que mi madre suene guay. —Se ríe Ander—. Yo creo que si me pillara con una china, se la terminaría fumando ella.

—Qué suerte, capullo —murmura Gorka—. A mí la mía me trae loco.

—Pues si fueras chica, lo fliparías —se les une Susana, que fuma con tanta habilidad como Álex—. Eso sí que es control.

—Y si encima eres la pequeña, ni te cuento —apunta Lucía.

—No será para tanto cuando estáis las dos aquí —les dice Pedro.

—Pero sin permiso. La tuya sí que te lo ha dado, ¿a que sí?

—Sí, pero...

—No os quejéis tanto. Peor es que pasen de ti como de la mierda.

Álex se lleva el vaso a los labios. Su hermano no sabe si es porque de verdad quiere dar un trago o para ocultar su gesto, y se muerde el labio inferior. Ha sido él quien ha sacado el tema, justo él, que conoce la situación de Álex con su madre. Gorka le pasa uno de los porros. Ander lo mira antes de darle un par de caladas que le hacen toser y pasárselo a Pedro. Él niega con la cabeza y se lo pasa al siguiente en el círculo, Ibon, al que tiene que golpear en el hombro varias veces para separarlo de Susana.

—Tu madre no puede verte, ¿sabes? No se va a enterar si fumas.

—Eso es lo que tú te crees. Se entera siempre. Sobre todo cuando me pregunta, porque no sé mentir.

Ander se recuesta de nuevo en la silla contra Pedro. Evita mirar a Álex. Que le den.

La noche avanza y el grupo no cambia. Siguen bebiendo, aunque las voces han bajado, si por cansancio o por respeto a los vecinos, Ander no lo sabe. Mikel lía un par de porros más, pero esta vez Ander pasa. Si da dos caladas más se va a quedar dormido ahí mismo, lo que no sería del todo malo si Pedro le sirviera de almohada y alguien les trajera un par de mantas, porque el viento sopla ya con fuerza. Se arrebujas más contra Pedro, que no protesta. En serio, un abrigo por encima de las piernas, una manta, algo que caliente, y de ahí no lo levantan hasta la mañana siguiente.

—Hostia, macho, vale ya, ¿no? —oye la voz de Álex entre risas—. Marchaos ya a la habitación, que os lo vais a montar delante de todos en cualquier momento.

Ander gira la cabeza para ver a quién se lo dice. Ibon y Susana se han separado tras más de media hora besándose como si la boca del otro fuera un tanque de oxígeno en mitad del océano. Ibon está rojo como un tomate y Susana tiene la boca raspada.

—Pues también tienes razón. —Ibon coge a Susana de la mano y ambos se levantan en medio

del aplauso y aullido generales.

Les cuesta muy poco recorrer la distancia hasta la puerta de la casa, pero en ese breve instante todos los perros del pueblo ladran en sintonía con los gritos del grupo.

Gorka no puede parar de reírse. Ha fumado demasiado y es víctima de los efectos del hachís.

—Si se enteran mis padres de lo que van a hacer en su cama... Jijijijii...

—Lo mismo que han hecho ellos cientos de veces antes, Gorka, tranquilo —le contesta Álex riendo también.

Gorka se calla de golpe.

—¿Cientos? No jodas, tío. Decenas igual, pero ¿cientos?

—Déjalo en dos, por lo menos. Una por ti y otra por tu hermano —le dice Lucía seria pero con una chispa traviesa en los ojos.

—¿Te imaginas? ¿Hacerlo cientos de veces? —Gorka ya no escucha a nadie. Se dirige Leire, que sigue junto a él, con ojos vidriosos—. Si echas un polvo al día en un año, haces... cientos. Solo hace falta un año para hacer cientos. Anda. No es tan difícil.

—Empieza por el primero, no te emociones —le vacila Mikel.

Ander no se explica cómo su voz suena tan normal y por qué tiene un aspecto tan sobrio con todo lo que ha bebido y fumado. Gorka trata de enfocar su mirada hacia Mikel.

—¿Tú has follado ya cientos de veces? —le dice, o eso cree entender Ander, que también ha caído presa de la risa tonta y no consigue descifrar del todo el balbuceo de Gorka—. Seguro que sí, seguro que eres de los que folla todos los días.

—Miles, Gorka, miles. Millones.

—¿En serio? ¿Miles? Eso son muchos polvos al día en un año, ¿no? Son... Uf, muchos.

—Creo que Gorka está a un solo chupito de conseguir el coma etílico que se había propuesto —dice Lucía entre divertida y preocupada—. Bebe agua, Gorka, que te vas a poner malo.

—Tú querías dormir con él por no dormir con Álex, ¿no? —le dice Ander a Mikel sin dejar de reír—. Te veo metiéndote en el saco de Álex a media noche para huir de este.

Álex mira a Mikel con las cejas levantadas y simula darle un mordisco a distancia. Mikel se tapa los ojos con la mano sin dejar de sonreír.

Lucía solo ha bebido dos vasos de cerveza con limón durante la cena y un par de dedos de ron con hielo que ha hecho durar las tres rondas que han bebido los demás. Tiene la mirada limpia y no ha probado el hachís de Mikel. Es la única sobria del grupo. Nerea tampoco ha bebido apenas y no ha tocado el porro, pero ella se finge borracha. «¿Creerá que así gusta más? —se pregunta Lucía—. Probablemente. A saber lo que le pasa por la cabeza a alguien como Nerea».

Pasea la mirada por el resto del grupo y se fija en las caras. Mikel muestra los primeros síntomas de lo que ha ido acumulando durante la noche, pero cualquier otro ya estaría en el suelo, o en el hospital, tras tomar todo lo que ha tomado él. Se le ha caído un mechón de pelo negro sobre la frente y tiene los ojos entrecerrados, lo que le da cierto aspecto de galán de cine antiguo. «Álex y él no tienen que esforzarse en ser atractivos», piensa Lucía mientras posa su mirada en uno y otro. Nerea sigue junto a Álex, con todo el cuerpo apoyado en su costado, y le susurra cosas al oído que él ignora con descaro. Lucía sonrío. A veces le da hasta pena. Entonces Nerea gira la cabeza, la ve sonriendo en su dirección y le dedica una mirada de desprecio de las suyas, de esas que te hacen sentir incómoda un buen rato.

Ya no le da tanta pena.

El viento norte sopla con fuerza y un escalofrío que nada tiene que ver con la mirada de Nerea la sacude de arriba abajo. Lucía se despereza y se levanta de la silla. No quiere ser la primera en irse, pero la noche no da más de sí.

—Gente, yo me retiro —dice al grupo en general—. Tengo que intentar sacar mi mochila del nidito de amor de esos dos, deseadme suerte.

—Hostia, yo esto quiero verlo —suelta Álex. Se levanta tan rápido que Nerea pierde el equilibrio al desaparecer la base sobre la que se está apoyando y tiene que hacer una pirueta extraña para no caerse de la silla—. ¿Les cantamos algo? ¿Hay alguna canción típica en euskera para los que están follando?

—Pero ¿qué tipo de canciones cantáis vosotros en Madrid? —dice Ander muerto de risa.

—Pues mira, no es mala idea, porque es un suceso tan extraño en esta zona que merece su propio folklore —apunta Pedro.

—Suceso extraño para ti, guapo, otros no tenemos mayor problema. —Álex despeina a Pedro al pasar junto a él, y este aprovecha para darle el mismo cachete que él le ha dado antes. Es Álex quien ronronea esta vez.

Mikel también se levanta.

—Vamos a echarle una mano a Lucía, venga —dice.

Todos lo imitan. Gorka necesita que Ander lo ayude a ponerse en pie, de tan borracho que va. Lucía se ríe y echa a andar hacia la casa. Por alguna razón que no consigue entender, Leire se coloca a su lado.

Ya dentro, Lucía acerca la oreja a la puerta de la habitación de matrimonio. No oye nada. No sabe si eso es buena o mala señal. Toca la puerta con los nudillos y habla muy pegada a la madera:

—Susana, soy yo. Sácame la mochila, porfa, no me hagas entrar.

Una mano enorme pasa por encima de su cabeza y llama también. Es Álex. Detrás vienen Pedro, Ander y Mikel, que aporream la puerta con escándalo. Empujan a Lucía contra la puerta,

que se echa a reír.

—Venga, vamos vamos vamos —grita Álex por encima de ella—. Que habéis tenido tiempo de sobra para hacer lo que teníais que hacer, sacadle la mochila a la niña, venga venga venga.

—¡Abrid la puerta, hostia! —grita también Gorka, pero él suena lejano. Lucía consigue verlo apoyado contra la pared del pasillo, demasiado borracho para sostenerse en pie sin ayuda—. ¡Susana, enseña una teta!

—Gorka, tranquilo, que te va a dar algo —le dice Mikel.

—Te va a dar algo a ti —le contesta Álex en voz baja—. Por tu bien, espero que se duerma pronto.

—Dios... Calla, anda, calla.

La puerta se abre por fin, y el grupo entero vitorea. Ibon asoma la cabeza, rojo como un tomate y desnudo a excepción de los calzoncillos. Solo deja una rendija para poder sacar la mochila de Lucía, que le da las gracias.

—Lo siento —susurra, y por su cara es fácil ver que lo dice de veras.

—No pasa nada —contesta Lucía con una sonrisa—. Disfrutad de lo que queda de noche.

—¿Ya estáis bien surtidos de condones? —le pregunta Álex—. Ander ha traído una caja entera, si os hacen falta más.

—La madre que te...

—Tenemos de todo, gracias —Ibon guiña un ojo y vuelve a cerrar la puerta bajo la sonora ovación del grupo.

Álex y Mikel la aporrean un poco más, gritando recomendaciones y mensajes de ánimo. El resto se aparta entre risas. Lucía se encuentra con la cara de Leire muy cerca de la suya, tanto que puede oler el alcohol en su aliento.

Es la primera vez que Leire le dirige la palabra. En su vida.

—Tía, vaya amiga de mierda, ¿no?, qué faena te ha hecho —balbucea lo suficientemente claro para que la entienda, pero justo.

—¿Por?

—Te ha echado de la habitación. Eso no se hace. Si dice que va a dormir contigo, no se puede ir con un tío.

Lucía se ríe despreocupada.

—Tranquila, venía avisada. Por eso no he deshecho antes la mochila, sabía que podía pasar esto. Me alegro por ellos, hacen muy buena pareja.

Pero Leire no está convencida.

—¿Y ahora dónde vas a dormir tú? ¿Con los chicos?

—Pues... sí. He traído saco de dormir y hay colchones de sobra, no pasa nada.

—Pero ¿cómo vas a dormir con los chicos? —Leire baja la voz a lo que ella cree un susurro, pero todos a su alrededor la oyen—. ¿Y si te hacen algo?

Lucía levanta las cejas todo lo que le dan de sí, incapaz de encontrar una respuesta. Gorka, justo delante de ellas, se vuelve para mirarlas. El giro está a punto de hacerle perder el equilibrio, y Álex corre a sujetarlo muerto de risa.

—Leire, no hables muy alto, que lo mismo tú también duermes con Lucía. —Gorka consigue encarar a Álex y le da un par de palmadas en la mejilla—. Con que este diga que sí, ya vale para que una que yo me sé te eche a patadas de la habitación.

Leire hace un esfuerzo por ponerse seria, pero su bizqueo estropea el efecto. Álex niega con la cabeza. Mira a Gorka, pero le habla a ella:

—Tú tranquila, Leire, que vas a dormir en tu cama, no hay ningún peligro.

—Pero si la tienes a tiro, macho —insiste Gorka—. Y tú sabes. Tú puedes. Tú no estás tan pedo que no se te levanta.

—Te falta lo más importante: no quiero. Ni hoy, ni mañana ni el año que viene.

—Pero ¿por qué?

—Porque no, Carlitos. Quédate con eso y ya.

Gorka abre la boca para decir algo más, pero una náusea lo ataca con tanta fuerza que Álex tiene que arrastrarlo al baño todo lo rápido que puede. Lucía y Leire dan un paso atrás para quitarse del camino, y solo entonces ven a Nerea. Estaba detrás de Álex y ha escuchado toda la conversación.

Lucía no se explica por qué la mira a ella ni por qué su gesto es de total desprecio, casi odio. No, sin casi: Nerea quiere matarla a palos, eso dice su expresión. O eso cree, porque a Lucía jamás la han mirado así.

Nunca.

Coge la mochila que Ibon le ha dado y se va hacia el salón con todos sus sentidos alerta por si a Nerea le da por soltarle un sopapo al pasar por su lado. No lo hace. Leire, por algún motivo, hace amago de seguirla, pero Nerea la sujeta del brazo.

—Nos vamos a la cama —le dice con el mismo tono que un sargento dando órdenes.

Leire mira al grupo que prepara los colchones en el suelo del salón, a Lucía y a Nerea. Nadie la llama, nadie le lleva la contraria a Nerea. Con un suspiro, se deja llevar hacia el cuarto que van a compartir.

Lucía se da cuenta de que tiene el cuerpo en tensión.

—¿Y a esa qué le ha dado ahora? —dice Pedro cuando llega hasta ellos—. Vaya ladrido le ha pegado.

—Que le han dado calabazas antes incluso de mover ficha —contesta Lucía—. Y no estoy segura, pero creo que me echa la culpa a mí. Aunque no me preguntéis por qué.

—Porque a ti Álex te ha hecho mimos y a ella no —dice Pedro encogiendo los hombros.

—Y contigo habla sin que tengas que arrancarle las palabras de la boca —se le une Ander, que pelea con un colchón para ponerlo en el sitio exacto. De momento, gana el colchón.

—Y en lugar de ir tú detrás de él, es él quien va detrás de ti —zanja Pedro—. Lo que para Nerea y Leire significa, claramente, que la zorra eres tú.

—Álex no va detrás de mí —aclara Lucía—. Nos hemos sentado juntos, sin más.

—Lo decía literalmente, no en plan de que le gustes o quiera algo contigo. Sentarse a tu lado si hay hueco antes que sentarse con ella, ir contigo a por las bebidas, estar a gusto contigo porque no le das el coñazo, vamos.

—Pero eso no es culpa mía. Yo no le estoy echando fichas a nadie, no sé por qué se tiene que enfadar.

Ander consigue por fin encajar el colchón en el hueco entre el sofá y la tele, junto a los otros tres que Pedro ya ha colocado. Se deja caer encima con un suspiro de agotamiento y colabora en la explicación:

—Cuando a una tía como Nerea no le hace caso un tío, la culpa no es del tío, sino de otra tía. Esto ha sido así desde el principio de los tiempos, parece mentira que te lo tenga que explicar yo. ¿No os enseñan eso cuando os dan el carné de chicas?

—¿Carné de...?

—Déjalo, Lulu, está pedo. Ni puto caso.

Lucía sigue mirando a Ander con el ceño fruncido y un mohín de desacuerdo en los labios. Pedro está poniendo las sábanas bajas en los colchones y le tira una a la cara a Ander para que

ponga la suya. Detrás de Lucía se oyen golpes y alguna carcajada: Álex sigue sujetando a Gorka, convertido en un peso muerto solo capaz de reír y balbucear, y trata de llevarlo a su habitación.

—¡Mikel, échame una mano, que no puedo con él! —grita, aunque se ríe tanto que no parece importarle demasiado el esfuerzo.

Mikel sale de su habitación en calzoncillos, coge el brazo libre de Gorka y se lo pone sobre los hombros. Lucía oye un gemido de admiración junto a ella. Es Pedro, las bajas olvidadas.

—Este fin de semana ha sido una idea maravillosa —dice en voz muy baja, la vista clavada en el torso desnudo de Mikel—. ¿No te parece?

—Mejora por momentos, sí —contesta ella.

Ninguno de los dos se mueve hasta que los otros desaparecen dentro de la habitación. Con un suspiro al unísono, se dan la vuelta hacia los colchones. Ander está sentado y los mira con una media sonrisa mientras niega con la cabeza.

—Luego dicen de los tíos. Vaya cerdos estáis hechos.

—¿Perdona? ¿Y yo qué soy, un buey? Soy tan cerdo como cualquier tío hetero, pero mi objeto de deseo es otro.

—Aparte de que te acabas de marcar un cliché que ni en el 36, chato —le dice Lucía—. A ver si te piensas que a las chicas solo nos gustan los unicornios rosas.

—Pero soléis ser más discretas —insiste Ander—. Coño, Lucía, que te faltaba babear.

—¿Y? —Lucía baja la voz todo lo que puede—. ¿Me sale un tío que está como un tren en calzoncillos al pasillo y quieres que mire el móvil? Pues no.

—Ellas también tiene deseos y sexualidad propia, Ander —dice Pedro, el gesto serio pero con la chispa traviesa de siempre—. No formes parte del patriarcado que se lo niega y las oprime.

—Digno hijo de tu madre —murmura Ander.

—Qué, ¿cómo organizamos el lupanar? —dice Álex al tiempo que coge a Pedro y Lucía por los hombros y los aprieta contra sí.

Pedro apoya la cabeza en su hombro:

—Gracias por sacar a Mikel casi desnudo de la habitación.

Álex lo besa en la cabeza.

—Lo he hecho más por mí que por ti, pero de nada, querido.

—Lucía también quiere darte las gracias —dice Ander sonriendo desde su colchón.

Lucía le saca la lengua.

—He hecho un favor a la humanidad, sí. Qué bueno está el cabrón.

—El favor lo hicieron sus padres al crearlo, ¿no? —le dice Lucía. Álex hace un mohín. Ella le pellizca un costado y se libra de su brazo para coger su saco—. ¿Os importa si me pongo en uno de los colchones de fuera? Me suelo levantar por la noche para mear.

—Qué menos que dejarte elegir, después de haber perdido tu cama —dice Álex—. A mí me da igual.

—Yo creo que debería elegir también uno de la esquina. —Pedro se lleva la mano a la tripa—. No me fío de que mi estómago sea capaz de retener todo lo que he bebido.

—Ponte un cubo al lado, capullo. —Ander ha colocado su saco en uno de los dos colchones de dentro.

Álex pone el suyo junto a él, y Lucía junto a Álex. Pedro se coloca al otro lado de Ander.

—Qué, ¿nos tomamos un chupito de algo antes de meternos en la cama? —dice Álex con una palmada.

—Calla, anda. Todavía no tengo resaca y ya estoy en la fase de «no vuelvo a beber en la vida» —gruñe Ander.

—O sea, ¿no?

Lucía saca el pijama de la mochila y se va al baño sin contestar.

—¡Eh, no vale! ¿Dónde vas? —le grita Álex.

Ella se detiene en seco, confusa.

—¿A cambiarme?

—De eso nada. Yo he sacado a Mikel en calzoncillos de su habitación, ahora te tienes que desnudar tú. Pobre Ander, si no.

Ander, que está sacando las cosas de su mochila, se incorpora con rapidez.

—Oye, a mí déjame en paz. Cámbiate donde quieras, yo no quiero verte.

—¿Cómo que no quieres verme? —dice, muy seria, y arquea una ceja—. ¿Qué pasa, que no estoy lo suficientemente buena para ti?

—No, hombre, claro que estás buena, cómo no vas a estarlo, pero que no... Lo de cambiarte, si no... Pues que hagas lo que quieras. No por mí. O por Álex. Digo. Tú verás.

—O sea, que estoy buena —insiste Lucía, que tiene que hacer un gran esfuerzo por no echarse a reír y mantener el semblante serio—. Que prefieres que me cambie aquí.

—¡Que yo no he dicho eso! ¡Que ha sido Álex! ¡Que a mí me da igual!

—¿No has dicho que estoy buena? ¿Acaso me lo he inventado yo?

—Sí, eso sí, claro que estás buena, pero... —Ander mira a su hermano y a Pedro, doblados sobre sí mismos por el ataque de risa—. Qué hijos de puta sois. Qué. Hijos. De puta.

El ataque de risa, al que Lucía cede por fin, les dura un buen rato, y hasta Ander termina contagiado. Lucía va de nuevo hacia el baño y oye la voz de Álex a su espalda.

—Cachis. Justo ahora que me apetecía ver un par de tetas.

Ella suspira, niega con la cabeza y cierra la puerta sonriendo.

Lo oye al poco de apagar la luz.

Pedro no se atreve a cerrar los ojos, porque la casa entera se mueve a su alrededor y sabe, por experiencias anteriores, que en cuanto los cierre va a ser él quien dé vueltas y entonces será muy difícil retener los sólidos y los líquidos en su estómago. Está planteándose ir al baño y provocarse el vómito para ver si así consigue dormir cuando empieza el ruido.

Un ruido que aumenta de volumen gradualmente, ajeno a cualquier otro que él conozca, venido de un universo lleno de monstruos que rugen desde la profundidad de sus múltiples gargantas. Un estruendo deforme que hiela la sangre, sube, baja, cambia de tonalidad, para, vuelve a empezar, retumba y hace retumbar, algo que no ha oído nunca y que no quiere volver a oír jamás.

Alguien está roncando como un camionero borracho con la tráquea dislocada.

Pedro gruñe y trata de taparse los oídos con la almohada, pero esa postura le da más náuseas de las que ya tiene. Intenta ignorar el ronquido, pensar en algo que lo ayude a bloquearlo. Como el hecho de que Ander duerme a su lado, con la cabeza girada hacia él de forma que su aliento le roza el cogote de vez en cuando, por ejemplo. Se da la vuelta en el colchón para mirarlo; han olvidado bajar las persianas y la luz de la luna alumbra el salón lo suficiente para ver su cara con detalle. No le hace falta, porque se la sabe de memoria, pero aun así presta atención a la curva de sus labios, a la forma de su nariz, al leve aleteo de sus pestañas y a ese mechón de pelo castaño que le cae sobre la frente y que Pedro se muere por apartar con suavidad y sabe que nunca tocará.

«¿Nunca? —dice el alcohol dentro de él—. Qué mejor oportunidad que esta. ¿Cuándo vas a estar tan cerca?».

Pedro ve su mano avanzando lentamente hacia la frente de Ander. Solo quiere rozar levemente el puente de su nariz, y luego subir para tocar su pelo, quizás pasar la yema de los dedos por su frente, igual sobre los labios...

Un ronquido de fuerza descomunal, casi dos o tres grados en la escala de Richter, le hace pegar tal brinco que a punto está de caerse del colchón.

—¡Joder! —gruñe.

Se tumba de espaldas otra vez, pero el movimiento le ha revuelto el estómago aún más y tiene que sentarse. A su lado, Ander se revuelve. Pedro se sorprende de que el resto de la casa no se despierte.

—¿Qué es ese ruido? —dice Ander en un susurro ronco—. ¿Un taladro? ¿Hay obras en la calle o así? Es demasiado tarde para que haya obras, ¿no?

—Tu hermano, que ronca como un camionero. Parece un terremoto.

—No soy yo, capullo —les llega, somnolienta, la voz de Álex.

Al mismo tiempo, Lucía deja escapar un estertor de fumador octogenario con asma y bronquitis. Duerme boca arriba, la boca abierta, ajena a todo. Ander se ríe todo lo bajo que puede.

—Venga ya —dice Pedro, aunque es obvio que sí, es ella—. ¿Cómo puede alguien tan pequeño meter tanto ruido? Va a despertar a toda la casa.

—Qué exagerado —murmura Álex no del todo despierto—. Es como un ronroneo; si le dejas, te acuna y todo.

—¿Acunar? Pero si hay terremotos que destruyen menos, de qué hablas.

—Álex se duerme en el sofá con películas de tiros —comenta Ander—. Y para dormirse suele escuchar la música tan alta que se oye desde el pasillo aunque tenga los cascos puestos.

—Mmmmm.

—¿Se está durmiendo? —Pedro se echa a reír con Ander—. Será que está sordo o algo, no me jodas.

Lucía deja escapar otro estertor. Pedro chasquea la lengua, como ha oído que se hace con la gente que ronca. No funciona.

—Hostia, pues yo así no puedo dormir —dice. Necesita dos intentos para salir de saco, y cuando consigue ponerse de pie se tambalea en el sitio. Se agacha para coger el saco. Al incorporarse de nuevo, tiene que hacer una pausa para que todos los líquidos vuelvan a su sitio.

—¿Y dónde vas a dormir tú, listo? —le dice Ander. Se ha sentado también, medio cuerpo fuera del saco.

—En el *txoko*, por ejemplo. O en la bañera. —El ronquido más fuerte de toda la noche le hace pegar un brinco—. En el patio, en un hotel, en la habitación de Gorka y Mikel, o la de Ibon y Susana. Hasta con Nerea y Leire dormiría, fijate, por no aguantar esto.

—No me dejes aquí solo, macho, que suena ya como la niña de *El exorcista*. ¿En el *txoko* habrá sitio para dos colchones?

—Ni idea, pero yo me llevo el mío. —Pedro se agacha con intención de sacarlo del hueco donde lo han colocado y se da cuenta demasiado tarde de que no ha sido buena idea. Sale corriendo hasta el baño, al que llega por los pelos. Cierra la puerta con el pie para que no le oiga vomitar el resto de la casa.

«Podría haber sido peor —piensa—. Podría haber sido un lavado de estómago».

Mentira. Nada puede ser peor que esto. Joder qué asco.

Se lava la cara con agua fría. La imagen que le devuelve el espejo parece dibujada por un caricaturista que no tiene muy claro cómo es su rostro. Tiene los párpados caídos, la boca entreabierta y las mejillas tan rojas como no se las ha visto nunca. En el ojo izquierdo, en un borde, un pequeño derrame con forma de asterisco delata el esfuerzo que ha hecho. Le pasa siempre que vomita, desde pequeño. Los derrames en el ojo y las petequias de la cara son los efectos secundarios de sus enfermedades estomacales. A sus padres les va a costar dos segundos saber que ha vomitado en cuanto lo vean, porque no se le van a quitar para el domingo por la noche, lo sabe de sobra. Quizás pueda inventarse una historia. Una gastroenteritis. «Me sentó mal la cena y terminé echándola. He cogido un frío».

Se ríe por lo bajo al imaginar la cara de su madre, una risa borracha que le sabe a bilis. No la va a engañar y lo sabe. Pero ya se encargará de sus padres el domingo.

Su neceser está en el salón, pero por suerte alguien ha dejado el suyo en el lavabo. Se muere por lavarse los dientes y no quiere volver a por su cepillo, así que toma prestada la pasta dentífrica y usa un dedo para quitarse el mal sabor de boca del vómito. Puede oír ruidos que llegan desde el salón, además de los ronquidos de Lucía. Ander debe de estar sacando los colchones, o quizás se haya levantado a beber agua, a mear o a hacer un solitario con las cartas. Solo pensar en él hace que los pelos de la nuca se le ericen. Van a dormir juntos en el *txoko*, solos. Van a compartir espacio vital, a respirar el mismo aire, a rozarse en sueños, o quizás despiertos. Pedro sacude la cabeza y el gesto le hace gemir de dolor. Algo en las sienes no funciona bien. En las sienes y en el resto del cerebro, porque pensar que va a pasar algo con Ander solo por dormir en el mismo espacio es estar muy mal de la cabeza.

No es la primera vez que duermen juntos, claro. Se conocen desde pequeños y sus madres siempre han sido muy amigas, han pasado más de un verano conviviendo como hermanos, no es

novedad. Pero lo que sí es novedad es el momento que han compartido en el jardín, ese rato ahí, los dos juntos, hombro con hombro mientras los demás hablaban y bebían, ajenos a todo. Su mano en su brazo, el peso de su cuerpo sobre el suyo, todo su costado en contacto con él. Nunca ha estado así con nadie, nunca ha compartido un momento como ese con nadie. Y Ander tampoco, está seguro. Por mucho que se haya tirado a Leire, seguro que con ella no ha tenido un momento tan íntimo como ese.

«A cualquier cosa le llamas íntimo, Pedro, joder. Solo se ha sentado a tu lado, solo habéis mirado los dos hacia arriba al mismo tiempo».

No. Ha sido algo más. Ha sido íntimo.

«Los cojones. Hasta que no te meta la lengua hasta la garganta, de íntimo nada. Y la llevas clara».

Su voz interior es una hija de puta. Y tiene razón. Siempre tiene razón.

Comprueba su aliento echándolo sobre su mano. Huele a menta. Bien. Que tampoco es cuestión de que Ander se le acerque y salga espantado porque apesta a vómito.

Ander. Ay.

En el salón, Ander intenta sacar los colchones a tirones del hueco donde los han metido, pero le está costando un triunfo. Pedro coge uno y lo levanta con facilidad, pero golpea a Álex sin querer, que suelta un gruñido.

—Joder, os quejáis de los ronquidos de la otra y sois vosotros los que dais por culo. A ver si os vais de una puta vez ya.

—Perdón —le dice Pedro, y lo golpea queriendo esta vez.

Álex se sienta y tira del colchón. Pedro pierde el equilibrio y a punto está de caerse, pero Ander sujeta su lado del colchón en el último momento y tira con él. Se están riendo más alto de lo que deberían.

La voz ronca de Lucía les llega desde la penumbra.

—¿Qué hacéis? Vais a despertar a toda la casa, parad de una vez.

—¡Coño! Hemos despertado a la Bella Durmiente. Igual ahora podemos dormir —dice Ander.

—Eso, que se vaya ella a la bañera, que cabe de sobra.

Lucía se incorpora y los mira con ojos somnolientos.

—¿Qué estáis haciendo con los colchones? ¿A dónde vais?

—A cualquier sitio donde no se te oiga roncar, querida —contesta Pedro—. Cuando vuelvas a Vitoria háztelo mira, Lulu, porque lo tuyo no es normal.

—Yo no ronco —contesta ella enfurruñada.

Los tres chicos se echan a reír. Álex le acaricia la cabeza como si fuera un cachorro.

—He conocido hombres de ciento ochenta kilos con apnea que meten menos ruido que tú, cielo.

—Temblaban hasta las ventanas —exagera Pedro. Lucía hace un gesto de incredulidad—. Te lo juro. ¿Sabes esa sensación cuando vas en coche y pasa un camión al lado y tiembla todo? Pues así.

—Vale, Pedro se ha pasado un par de pueblos, pero sí, roncás. Mucho. En plan «hostia, cómo ronca Lucía».

Ella se frota los ojos y bosteza.

—No me lo habían dicho nunca. Ya lo siento. Si queréis, me voy a otro sitio.

—Tranquila, da igual. —Pedro ya tiene su saco de dormir bajo el brazo—. Ya hemos sacado los colchones y os hemos despertado, nos vamos nosotros.

Lucía vuelve a hacer un gesto de indiferencia y se tumba otra vez. Álex hace lo mismo, y

Ander y Pedro arrastran los colchones hasta el *txoko*, en un extremo de la casa. No es un sótano, como suele ser habitual, sino un garaje reconvertido donde han colocado una pequeña cocina con barbacoa de gas, un arcón congelador y un horno microondas. Una enorme mesa de madera maciza que sienta por lo menos a doce ocupa la mayor parte del espacio, con un banco a cada lado. Ander y Pedro la empujan contra la pared y meten los bancos bajo la mesa. Tienen sitio para los colchones, pero no para mucho más. Los dejan caer y ponen los sacos encima. Ander agarra a Pedro del brazo, y este siente una corriente eléctrica que le traspasa desde el brazo hasta la nuca.

—¿Oyes eso? —le dice en un susurro.

Pedro aguza el oído.

—No. No oigo nada.

—Exacto. —Sonríe Ander—. Paz.

—Idiota.

Se meten en los sacos. Pedro vuelve a salir porque la luz está junto a la puerta y no la han apagado antes de acostarse. Solo hay un pequeño ventanuco que da a un callejón lateral, con lo que apenas pueden ver sombras. Pedro oye a Ander acomodarse y soltar un suave suspiro mientras se prepara para dormir. Él se coloca justo en la unión de los dos colchones, por si al darse la vuelta, en algún momento, Ander pudiera rozarlo. Cierra los ojos, aunque nunca se ha sentido tan despierto.

Sabe que no va a pegar ojo en toda la noche.

—Pedro.

—¿Mmmmm?

—¿Estás dormido?

—Sí.

—Ah, vale, pues nada.

—Que no, gilipollas, si te estoy contestando.

—Ah, claro, jeje. No me puedo dormir. Me he desvelado con el puto traslado.

—Cuenta ovejitas.

—He bebido demasiado. Y no tenía que haber fumado, ahora todo me da vueltas.

—Yo me he quedado muy bien después de potar.

—Uf, qué pereza, quita quita.

—Nos falta fondo. Necesitamos hacer esto más a menudo para aprender a hacer frente a las borracheras.

—Y convertirnos en borrachos profesionales. Como Álex.

—Efectivamente. Oye, ¿tú crees que todo lo que cuenta Álex es verdad?

—No es que lo crea, es que lo sé. Su padre le ha contado lo mismo a mi madre.

—Joder. Vaya ritmo de vida tienen en Madrid.

—No creo que tenga mucho que ver con Madrid. Álex habría hecho lo mismo en cualquier parte del mundo.

—Menos en Vitoria. Porque aquí no hay oportunidad.

—Eso es lo que tú te crees. Si no se ha vuelto a meter en líos, es porque no le apetece, porque oportunidades no le han faltado.

—¿En serio? Pero ¿en plan drogas y eso?

—Sips.

—Joder. Vivo en otro mundo, tío, no me entero de nada.

—Yo tampoco. Y mejor así, creo.

—Se me mueve todo.

—¿Quieres una aspirina? O ibuprofeno. También tengo paracetamol.

—Te has traído la farmacia entera.

—Chica precavida vale por dos. ¿Quieres?

—No, gracias, con beber agua basta. No me gusta tomar pastillas si no me hacen falta de verdad.

—Ah, con las pastillas te andas con ojo, pero los chupitos de vodka negro no te importan.

—Joder, Lucía, pareces mi padre.

—Perdón.

—Es coña. Me ha hecho gracia, sin más, no te lo tomes a mal.

—Un poco madre sí he sonado. Me he recordado a la mía y todo.
—No la veo yo echándote muchas broncas.
—No, la verdad es que no. Se le acaban las fuerzas con mis hermanos, y cuando llega mi turno ya está agotada.
—Sí, claro, como que tendrá muchos motivos para reñirte a ti.
—Uy, qué poco me conoces. Los tiene de sobra, pero mis hermanos abultan más.
—Mierda, no he cogido agua.
—Toma, tengo aquí una botella.
—¿Te has traído hasta agua?
—Para el autobús. Pero luego se me ha olvidado.
—Eres un ángel. Gracias.
—Tu dolor de cabeza de mañana va a ser espectacular.
—No creas. Tengo callo, mañana estoy como una lechuguita.
—En Madrid hacías esto a menudo, ¿no?
—En Madrid hacía esto a las diez de la mañana de un martes.
—¿En serio?
—Me daba igual martes que jueves, pero ya me entiendes.
—Vaya hígado. Y vaya presupuesto.
—Mi padre nunca ha sido tacaño con el dinero, siempre me daba lo que le pedía. Hasta que supo en qué me lo gastaba, claro, y entonces cerró el grifo.
—¿Cómo se enteró?
—Porque me tuvo que ir a buscar al hospital.
—Ah, sí, lo has dicho antes. Pero podía pensar que era cosa de un día.
—...
—Perdona, me estoy metiendo donde no me llaman.
—No, tranquila. Nunca he hablado de esto con nadie, se me hace raro.
—Olvida que te lo he preguntado.
—...
—...
—Si no te importa, prefiero contártelo.

—Tengo sed.
—Pues bebe agua. Ahí hay un grifo.
—Pero si bebo, luego me voy a mear.
—En la casa hay baños.
—Pero hace frío. Y no quiero salir al pasillo. Y no sé qué estarán haciendo Álex y Lucía, pero no quiero interrumpirlos.
—Qué complicado es ser tú, Ander.
—No te haces una idea. Se me mueve el colchón, macho, me estoy mareando.
—Si vas a vomitar, apunta para el otro lado.
—Me voy a sentar, a ver si así se pasa. Ay, sí, mejor.
—Como te quedes dormido así, vas a tener un dolor de cuello mañana que lo vas a flipar.
—Creo que me va a doler tanto la cabeza que no me voy a dar ni cuenta. No te rías, capullo.
—Perdón.

—...

—Oye, ¿de verdad crees que estoy dos se van a liar o algo esta noche?

—No me extrañaría nada. No conozco muy bien a Lucía, pero para Álex todo el monte es orégano.

—¿Todo el monte es qué?

—No sé, algo que decía mi abuela, pero no sé si lo he usado bien.

—A Lucía Álex le hace tilín.

—¿Tilín? ¿En serio? Ya te vale, abuelo.

—Idiota.

—Perdona. ¿Le gusta, entonces?

—Hombre, a cualquier persona con ojos le gusta Álex. Pero Lulu dice que no quiere liarse con nadie del instituto, para no dar de qué hablar. Odia los cotilleos, los mensajitos de WhatsApp y todo eso.

—A mí Lucía siempre me ha parecido un poco monja.

—Sí, esa es la imagen que da. Pero que no te engañe, es solo fachada. Me cuenta cada cosa que no las creerías ni del propio Álex.

—Pues entonces fijo que caen. Aunque sea por darle celos a Nerea.

—¿Te imaginas? A Nerea le da algo.

—Que se joda. Por pesada. En mala hora han venido.

—¿Han?

—Ella y Leire. ¿No te da la impresión de que cortan el rollo?

—No sé. No especialmente. A Gorka se le ve muy contento.

—Ha acertado eligiendo, si hay una tía fácil en el instituto, esa es Leire. Te lo digo yo.

—...

—Buff, hasta sentado tengo náuseas. Creo que me voy a arriesgar a beber agua. Esto tiene salida a la calle, ¿no? Igual meo fuera.

—Guarro.

—Mi vida en Madrid era muy distinta a la que tengo aquí. Digamos... que me metía en bastantes líos. Un día me escapé de casa y estuve tres días sin aparecer.

—¿Y adónde fuiste?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Me llevaron unos amigos y estuvimos encerrados en una casa okupa, o algo así. Me metí de todo. Menos caballo. También había, pero no quise.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Todos los fines de semana montaba alguna, lo que fuera y donde fuera, y a veces venía la policía o terminaba en el hospital.

—¿Por qué?

—¿Por qué venía la policía?

—No, por qué lo hacías.

—Por joder a mi padre. Ni siquiera me gustaba el alcohol entonces, y nunca me ha gustado cómo me hace sentir la coca. Los porros pase, me dan sueño y duermo mejor.

—Llevaste lo del rebelde sin causa al extremo.

—Sí y no. Lo llevé al extremo, pero tenía causa.

—A ver si adivino: tu padre te castigó sin salir un día, ¿no? O no te quiso dar paga. O te echó

la bronca por llegar tarde una noche.

—No. Me mintió sobre mi madre.

—...

—Cuando era pequeño, me dijo que mi madre había muerto en el parto. Que hubo complicaciones y no las superó.

—Ostras, Álex, lo siento.

—Espera, que no he terminado. Me dijo que no tenía familia, que los padres de ella habían muerto cuando era joven, así que no tenía abuelos por su parte, ni tíos ni primos. Nada.

—Y has descubierto que tienes abuelos. Que no murieron.

—No, aunque también. He descubierto que la que no murió fue mi madre.

—¿Qué dices?

—Hace casi tres años noté que mi padre estaba muy raro. Lo llamaban por teléfono y se escondía para hablar, andaba con abogados, lo que es normal porque él también lo es, pero esos no eran de su bufete. Siempre estaba nervioso, sin contarme nada. Cuando le preguntaba, me mentía, me decía que no era nada, cosas del trabajo y no sé qué. Pero no me miraba a los ojos, y cuando mi padre no te mira a los ojos es que está mintiendo. Y un día me metí en su despacho de casa y forcé el cajón donde sé que guarda documentos importantes.

—Ay, no.

—Ay, sí. Resulta que mi amantísima madre le estaba pidiendo referencias para conseguir un visado y quería probar que tenía un hijo ya aquí por no sé qué de la reunificación familiar. Porque es argentina, no te lo he dicho, ¿verdad?

—No, no me lo habías dicho.

—Pues sí, argentina. Y cuando llegó mi padre y le planté todos los papeles delante, no tuvo más remedio que contarme la verdad.

—Álex...

—Parece ser que lo que hubo entre ellos fue un rollito, nada serio, no iba a ir a más. Pero ella quería vivir en Madrid y para eso necesitaba un visado, y la forma más fácil de conseguirlo era casándose.

—Ay...

—Así que se quedó embarazada a propósito, pensando que mi padre iba a ser un caballero y que se casaría con ella. Pero mi padre le dijo que ni hablar. Que se haría cargo de los gastos del bebé, que no le iba a faltar dinero para criarlo, pero que no quería ser padre y mucho menos marido.

—No puedes juzgarlo por eso, Álex, no te conocía entonces, no sabía en qué te ibas a convertir...

—Mira que eres impaciente, déjame acabar.

—Perdón. Es que... vaya culebrón.

—¿A mí me lo dices? Mi madre siguió con su plan, porque estaba convencida de que, en cuanto mi padre me viera, iba a cambiar de opinión y a formar una familia con ella. Pero no lo hizo. Fue a verla al hospital para firmarle un cheque y hacerle firmar a ella no sé qué papeles, y se fue sin siquiera cogerme en brazos. Y entonces ella decidió que no quería ser madre soltera, que yo no iba a ser más que una carga, y en un despiste de las enfermeras se vistió, cogió sus cosas y salió del hospital. Sin mí.

—¿Te dejó allí?

—Plantado como un pino.

—No me lo puedo creer. Tendría sus razones. Igual estaba con depresión, la depresión

posparto es muy dura en algunas mujeres, o igual...

—Lucía, déjalo. Me abandonó, no le servía. Tener un hijo no te da la nacionalidad de forma automática, solo consigues que tu hijo sí la tenga. Y ella no quería un hijo, quería un visado.

—Ostras, Álex, tengo la carne de gallina. Estoy temblando y todo.

—Tranquila, ven aquí. Que tampoco es cuestión de echarse a llorar. Sí que tiembles, sí.

—¿Cómo puede una madre hacer algo así?

—Ser madre no te convierte en buena persona. Solo necesitas echar un polvo para tener un hijo, y eso lo puede hacer cualquiera.

—¿Por eso estás tan enfadado con tu padre? ¿Por eso te metías en tantos líos, porque te mintió?

—No. Él no quería ser padre, pero cuando lo llamaron del hospital vino a por mí y me ha querido desde entonces. A él no tengo nada que echarle en cara. Con quien estoy enfadado es con mi madre. Pero con ella no puedo pagarlo.

—¿Qué tal estás? ¿Ha ayudado el agua?

—Un poco. Pero levantarme me ha mareado más. Ahora no me muevo yo, se mueve la casa.

—Pon un pie en el suelo.

—¿Para qué?

—No lo sé, es lo que dice mi padre. Hace de ancla, o algo.

—No funciona. Sigo pedo. Y la postura me está dando un calambre, ay ay ay ay.

—Pues ya no tengo más remedios.

—...

—Oye, Ander, tú...

—Yo ¿qué?

—No me lo cuentes si no quieres, ¿eh?, es solo curiosidad, pero...

—¿Qué? Si no preguntas, no te lo puedo contar.

—¿Es verdad que te liaste con Leire? He oído algo, pero no sé si...

—...

—Perdona, soy un puto cotilla.

—Sí, es verdad.

—Hombre, gracias, ni que tú no cotillearas como cualquier otro.

—No, es verdad lo de Leire. Nos liamos en la The End.

—...

—...

—¿Liar de verdad, estilo como se lía Álex con la gente, o liar de dar un par de morreos y tocarle una teta?

—Liar de usar condón.

—Ah.

—A eso lo llamas liarse de verdad, ¿no?

—Sí.

—...

—...

—Pero algo debí hacer mal, porque no salió como tenía que salir.

—Me da miedo preguntarte qué quieres decir.

—Qué idiota eres. Quiero decir que... se supone que te tiene que gustar, ¿no? Digo, más que machacártela en la ducha.

—Pues hombre, me falta experiencia y no sabría decirte, pero desde la teoría yo diría que sí.

—¿Verdad? Empiezo a pensar que no sé follar.

—Jajajajajaja.

—No te rías, cabrón. Es tema serio.

—Perdón, es que... Igual es que Leire no te gusta lo suficiente.

—¿Y eso qué más da? Se supone que mientras haya un chocho caliente, el resto da igual.

—No estoy de acuerdo. No es lo mismo tirarte a una desconocida que al amor de tu vida.

—Pedro, tío, tú ves mucha tele. Hollywood te ha comido la cabeza.

—Igual sí. Pero tú piensas que hasta cuando te masturbas piensas en alguien que te gusta, aunque sea una modelo de una revista. ¿Cómo vas a excitarte con alguien que no te pone?

—Para eso está la imaginación. El órgano sexual más poderoso es el cerebro.

—Entonces, ¿para qué te molestas en estar con otra persona?

—Porque se supone que debe dar más gustito meterla en un coño que pelártela tú, aunque la tía te importe un pimiento.

—Joder, macho, qué basto eres.

—Es verdad. Pregúntales a Álex o a Mikel si estaban enamorados de todas las tías que se han tirado, verás lo que te dicen.

—Pero una cosa es que no estés enamorado, y otra que... A ti Leire ni siquiera te cae bien, ¿no?

—Mira, tío, si pudiera volver al pasado y borrar una sola cosa de todo lo que he hecho en mi vida, lo único que borraría sería aquella noche con Leire. Siento asco solo de acordarme.

—¿Ves? Pues normal que no te gustara. Prueba con una chica que por lo menos te guste un poco.

—Es que creo que el problema es otro.

—Ay, madre, que ahora me vas a decir que eres impotente.

—No, jajaja, eso no. Pero... empiezo a pensar que igual soy asexual.

—Joder, Ander, qué borracho estás.

—Cambiemos de tema. Ahora te toca a ti contarme tu secreto más íntimo.

—Ni hablar, de eso nada. Esto no era un intercambio.

—Sí, ya. Lo que pasa es que no tienes ningún secreto, ¿no? Tú eres una niña buena.

—Me encanta esta imagen que tenéis de mí. De verdad, si hablarais con mis hermanos ibais a alucinar.

—No me creo que tú hayas hecho algo malo en tu vida.

—Define «malo». No he matado a nadie, si te refieres a eso.

—Desobedecer, por ejemplo.

—Más veces de las que puedo recordar.

—Irte a la cama media hora después de lo que tus padres te digan no cuenta.

—Pero si vas acompañada sí, ¿no?

—Depende. Si es de felpa y tiene ojos de cristal, no.

—¿Y si tiene ojos verdes, mide uno setenta y se llama Víctor?

—¿Es tu primo?

—No.

—Tu hermano.

—No.

—El amigo gay a quien le cuentas tus cosas.

—No.

—¿Hicisteis algo más que dormir agarrados de la mano?

—No pegamos ojo en toda la noche.

—¿Vestidos o desnudos?

—Empezamos vestidos y terminamos desnudos.

—¡Venga ya! Me estás tomando el pelo.

—Me imaginabas pura y virginal con camisón rosa de ositos bordados, ¿no?

—Te has metido en la cama con un pijama de felpa con mariposas, qué quieres.

—Pero sabes que los pijamas se pueden quitar, ¿no?

—¿Quién eres y qué has hecho con Lucía?

—Soy la misma de todos los días. El problema es que los tíos no sabéis ver a las tías.

—¿Perdona? Ya te digo yo que sí, soy un experto.

—No me refiero a adivinar su talla de sujetador con un jersey gordo encima, listo. Nos juzgáis tan rápido que ni os planteáis que a veces lo que se ve por fuera no tiene que ver con lo que va por dentro.

—Porque vosotras no hacéis lo mismo con los tíos, claro. Venga ya. A todo el mundo le gustan los tíos y las tías buenas.

—No hablo de gustar, hablo de juzgar. La fácil, la estrecha, la virgen, la puta... Tenéis clasificadas a todas las tías.

—¿Nosotros? No, perdona, os clasificáis vosotras. Que anda que no sois malas las unas con las otras.

—Por la competición. Tenemos que ser las mejores en todo lo que hacemos, y es más fácil tirar a las demás que tener que subir tú.

—Jesús, qué filosófica te has puesto para ser la hora que es.

—Ya te digo. Me he desvelado y ahora la cabeza me va a mil por hora.

—Con los tíos pasa lo mismo. Nosotros también competimos.

—Sí, para ver quién pilla más, quién se lleva más tías a la cama. Competís por perder la virginidad primero, lo peor que os puede pasar es terminar el instituto sin haber mojado. Pero nosotras competimos al mismo tiempo por ser las más putas y las más vírgenes, por ligar sin que se nos llame ni frescas ni estrechas. Queremos sacar buenas notas, pero tampoco demasiado porque no queremos ser vistas como empollonas. Si te maquillas es porque eres superficial y solo te importa tu aspecto exterior, y si no te maquillas es porque no te cuidas. Enseñas demasiada carne o demasiado poca, te ríes muy alto o eres una sosa. No hay manera, nunca aciertas. Vosotros lo tenéis más fácil, hasta vuestras amistades son más sencillas. Mis hermanos nunca han venido a casa con ningún tipo de drama entre amigos, y yo llevo ya cuatro malentendidos solo este curso. Ser tía es agotador.

—Joder. Nunca lo había visto así.

—Normal. ¿Con cuántas tías has hablado de esto?

—Con ninguna, claro.

—Pues eso.

—...

—...

—Cuéntame más. Quiero entenderlo.

—Pedro.

—¿Mmm?

—¿Sigues despierto?

—No, estás soñando.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Lo acabas de hacer. Dos, de hecho.

—Todavía estás borracho, ¿no?

—Un poco. ¿Era esa la pregunta?

—Que no, coño. Oye...

—¿Mmm?

—¿Tú cuándo supiste...? ¿Cuándo supiste que te gustaban los chicos?

—...

—Perdona, es muy personal, no contestes.

—No, que no es que no te quiera contestar, es que estaba pensando. Que me has pillado medio dormido, capullo. Si te digo la verdad..., desde siempre.

—¿Siempre siempre? ¿Desde pequeño?

—Sí. Por lo menos, no recuerdo que me hayan gustado nunca las chicas.

—Eso es distinto. Que no te gusten las chicas no significa que te gusten los chicos.

—¿Perdón? A ver, Ander, o te gustan las chicas o te gustan los chicos. O los dos, vaya.

—O ninguno.

—Vuelves con lo de asexual.

—Sí, creo. No sé. Se puede ser, ¿no?

—Claro que se puede. Pero incluso a los asexuales les gusta la gente, ¿no? Lo que no les gusta es el sexo. Tienen parejas pero... platónicas. ¿No?

—Ni puta idea. Nunca he conocido a un asexual.

—Que tú sepas.

—Ya, también es verdad.

—...

—...

—...

—Creo... Creo que ese es mi problema, en serio. Que soy asexual.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque no te gustó tirarte a Leire?

—En parte. Es que..., no sé, creo que nunca me ha gustado nadie.

—Ninguna tía, quieres decir.

—Sí.

—¿Y un tío?

—...

—Nunca te lo has planteado siquiera, ¿no?

—No.

—Pero tienes fantasías. Te masturbas.

—Fantasías no, masturbarme sí.

—¿En quién piensas cuando te la cascas?

—En mí.
—¿Perdona?
—No te rías, capullo.
—Perdón. Es que nunca había conocido a nadie que se gustara tanto.
—No me refiero a eso, imbécil. Pienso en... dónde quiero tocarme, qué me gusta. No es que me mire al espejo para ponerme cachondo.
—Joder, cuánto te quieres.
—Que no te rías, mamón.
—Lo siento, no puedo evitarlo. De todas formas..., no soy ningún experto en el tema, pero... Bah, nada, déjalo.
—No, dime, qué.
—No te lo tomes a mal. En serio, promete que no te vas a enfadar.
—Dilo, coño.
—Antes de decidir que no te gusta nadie, comprueba que no seas gay.
—Tío, tengo dieciséis años, ¿no crees que lo sabría ya?
—¿Quieres una lista de gente que no lo supo hasta pasados los treinta?
—Eso tiene que ser mentira, no fastidies. Pensar que eres hetero y despertarte un día siendo gay. ¿Cómo puedes no saber algo así?
—Ni idea. Supongo que a la gente le da miedo aceptarlo y se engañan con mentiras.
—Igual es eso.
—...
—...
—¿Tan terrible sería?
—¿El qué?
—Que fueras gay.
—No. No sé. Bueno, no, claro que no.
—Tienes a Álex para echarte una mano con tus padres.
—Sí. Pero aunque no estuviera él, no creo que a mis padres les importara demasiado. Creo que mi madre ya... Buff, qué pedo llevo.
—...
—¿Cómo se lo tomaron los tuyos?
—El qué.
—Qué va a ser, gilipollas. Tu salida del armario.
—Yo nunca estuve en el armario. Mi padres supieron que me gustaban los niños desde que era bien pequeño.
—Joder, qué suerte tenerlo tan claro desde pequeño.
—Es lo que tiene tener una madre feminista y metida hasta el tuétano en temas de género y un padre con dos dedos de frente que escucha a su mujer. Nunca dieron por supuesto que me tenían que gustar las chicas.
—¿Quién te gustaba de pequeño? ¿Alguien de clase?
—A ti te lo voy a decir.
—Venga, qué tontería, qué más te da. Que no me chivo.
—Que no.
—¿Te sigue gustando el mismo, o qué?
—Duérmete, anda.
—¡Dímelo!

- Buenas noches, maricón.
- Gilipollas.
- Yo también te quiero.

En cuanto abre los ojos, Nerea siente el impulso de gritar.

Ha tenido pesadillas toda la noche a cuenta de lo que dijo Álex antes de irse todos a dormir, pesadillas tan desagradables que tiene la sensación de no haber pegado ojo. Lo único bueno que le encuentra a esta mañana es que no le duele la cabeza y no tiene resaca. «Bien —se dice—, porque el alcohol te hincha la cara y ya lo que le faltaba, parecer un engendro nada más levantarme. “No quiero. Ni hoy, ni mañana ni el año que viene”». Las palabras de Álex resuenan en su cabeza. Nerea resopla bajito y siente arder la cara de pura rabia.

El teléfono ha estado cargando toda la noche. Lo desenchufa y comprueba los mensajes que no vio anoche porque estaba tan enfadada que no quiso ni mirar el móvil. No retiene gran cosa, porque los ojos le queman casi tanto como las mejillas. Se sienta en la cama con un solo movimiento, los pies en el suelo, y el somier de muelles cruje bajo su peso. Leire ni se inmuta. Está roncando con suavidad, y Nerea chasquea la lengua para hacerla callar. Funciona.

«¿Qué significa ese “no quiero”?», piensa Nerea mientras busca las zapatillas de estar en casa que ha traído. Entra suficiente luz por la persiana entreabierta para ver sin problemas, pero le cuesta un buen rato encontrarlas. ¿Lo dijo para callar a Gorka y que dejara de darle la tabarra o porque lo piensa de veras? ¿Fue para que Leire no se sintiera excluida? ¿O es que de verdad no quiere nada con ella? Nerea se sonríe y se levanta de la cama. «Qué tontería», piensa, el móvil aún en la mano, cómo no va a querer nada con ella. Lo está deseando, como lo desea Gorka, como lo desearía cualquier tío. Es la tía más buena del instituto, lo sabe, se lo han dicho. Álex está deseando estar con ella, pero se hace el duro. Qué más quisiera él que caer con alguien como ella.

Leire suelta un estertor un poco más fuerte. Nerea decide que necesita con urgencia una ducha.

Saca su neceser del armario y mete el móvil dentro. Al otro lado de la puerta no se oye ningún ruido, la casa entera duerme todavía. Sale sin hacer ruido al pasillo, bien iluminado con la luz que llega desde el salón. Nerea recuerda entonces que Álex está durmiendo allí, y se acerca casi de puntillas. Quiere verlo dormir, sacarle una foto que poder mirar cuando esté triste, guardar un recuerdo de este fin de semana. Los colchones están encajados en el hueco que queda entre uno de los sofás y la tele, y tiene que acercarse mucho para ver a los que duermen al otro lado. Cuando lo hace, su estómago se desploma hasta el suelo.

Solo hay dos personas durmiendo allí, Álex y Lucía. Cada uno duerme dentro de su saco y en su propio colchón, pero están tan juntos que sus frentes casi se tocan y sus manos descansan una al lado de la otra, rozándose. Ambos sonríen en sueños, y a Nerea esa sonrisa le atraviesa el pecho. Es una sonrisa satisfecha de alguien feliz, una sonrisa casi poscoital, aunque ella no ha visto ninguna más que en las películas. ¿Qué han hecho esta noche? ¿Qué ha pasado entre ellos? ¿Por qué están aquí los dos solos?

Una bocanada de bilis le sube a la boca. Saca el móvil del neceser y enciende la cámara con esfuerzo, porque las manos le tiemblan de pura rabia. Las primeras fotos que les hace están movidas, pero pronto consigue dominarse y logra sacar unas cuantas que merecen la pena. En ellas parece que estén durmiendo en el mismo colchón y no se ven los sacos. Una pareja cualquiera la mañana después de echar un polvo.

«Exactamente lo que son», piensa casi llorando de rabia.

Enfila el pasillo y llega por fin al baño, donde se cierra con pestillo. En su cabeza solo resuena una palabra: «zorra». Zorra zorra zorra. Puta mosquita muerta, puta fulana, zorra asquerosa que se lía con un tío que ya está pedido, que sabe que le gusta a ella. Zorra zorra zorra zorra. Cómo no lo vio anoche, se recrimina mientras se mete en la ducha, el pelo recogido en un moño alto para no mojárselo. Toda la cena pegada a él, riéndole las gracias, quitándole el sitio a ella para sentarse a su lado, aprovechándose de lo pedo que estaba para hacerle caer con ella, que ni tiene curvas, ni tetas, ni es guapa ni nada. Zorra zorra zorra zorra. Se va a enterar de quién es ella. Se va a enterar de con quién se ha metido.

Se seca con la primera toalla que encuentra y limpia el vaho del espejo con la mano. Se peina y se maquilla con el mismo esmero de todas las mañanas, si no más. Ya no le tiembla el pulso, la ducha la ha calmado y la ha ayudado a tomar decisiones y a trazar planes. La zorra va a saber lo que es bueno, pero Álex tampoco va a irse de rositas. El muy imbécil cree que puede conseguir herirla dándole celos, pero no sabe que ella también sabe las reglas de ese juego. «¿Quieres que nos liemos con otros? Vale, la llevas clara. Seguro que a Mikel no le importa que le presten un poco de atención. A juzgar por las miradas de anoche, más bien le va a encantar».

Nerea sonríe a su imagen en el reflejo. Es la guerra, y ella está preparada.

Recoge su neceser y vuelve a su habitación en pijama, maquillada y peinada a la perfección. Zarandea a Leire hasta despertarla, lo que le lleva un buen rato. Su amiga protesta y se lleva una mano a la sien.

—Tía, no me muevas mucho, que me duele mogollón la cabeza —gime.

Nerea la ignora y se sienta en su cama.

—No te vas a creer lo que acabo de ver. Estoy flipando, en serio.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

Nerea le enseña una de las fotos que ha sacado minutos antes sin decir palabra. A Leire le cuesta enfocar la vista y tarda unos segundos en darse cuenta de lo que está viendo. Cuando por fin lo hace, se sienta en la cama de un salto.

—¿Esos son...?

—Ajá.

—Anda ya. Pero ¿dónde están? ¿Han dormido ellos en la cama de matrimonio? Pensaba que solo había una.

—No, están en el salón. Ellos solos. No sé dónde han dormido los demás.

Leire abre la boca todo lo que da de sí.

—Pero... Pero... No se han liado, ¿no?

Nerea sacude el móvil delante de ella.

—Míralos. ¿Tú qué crees? No sé qué habrán hecho, pero dormir seguro que no.

—Tía, qué fuerte.

—Ya te lo dije anoche, qué puta es la tía esa. ¿Te acuerdas? En la cena.

Leire tuerce el gesto y asiente sin convicción. No se acuerda de mucho. Nerea teclea en la pantalla del móvil.

—¿La vas a poner en Facebook?

—No puedo. Si la pongo ahí, seguro que se entera mi madre, y no sabe que estoy aquí. Pero...

—Nerea pulsa «Enviar» en el grupo de WhatsApp que comparte con la mayor parte de su clase en el instituto y sonríe—. Puedo hacerlo público igual.

El móvil de su amiga, en la mesilla junto a la cama, vibra. Leire lo mira y sonríe con malicia.

—Se va a enterar la zorra esa —murmura Nerea satisfecha.

Amanece, y la cara de Ander se dibuja junto a él en la tenue luz que entra por el ventanuco del *txoko*. Duerme con la cabeza ladeada y los labios un poco entreabiertos, y se le escapa un suave resoplido que nada tiene que ver con lo de Lucía pero que sí, también son ronquidos. Hace frío y Pedro tiene el saco subido hasta la barbilla. Se queda muy quieto, los ojos fijos en esa cara que se sabe de memoria pero que nunca se cansa de mirar. Está tan cerca que siente su aliento en la punta de la nariz. Qué no daría por acercarse un poco más y...

Pedro se vuelve y abre la cremallera de su saco con cuidado de no hacer ruido. El suelo es de baldosa y al pisarlo tiene que aguantar un grito por lo frío que está. Sale del *txoko* de puntillas para evitar apoyar el pie entero, además de para no despertar a Ander. La cocina, a la que la puerta da directamente, está en silencio. Cierra despacio tras él.

Álex y Lucía duermen todavía. Pedro se acerca con cuidado a su mochila y empieza a buscar la ropa para cambiarse, pero está haciendo mucho ruido y teme despertarlos. Se echa la mochila entera al hombro y se dirige al baño. Su móvil está sobre la mesilla del salón. Anoche se le olvidó enchufarlo y anda bajo de batería, pero aún funciona. Lo coge y va leyendo los mensajes según anda. Tiene varios, pero solo lee los de su madre, que ya le ha mandado los primeros del día.

Qué tía. Y tiene el morro de decir que no lo controla tanto como la controlaban a ella.

«¿Qué tal habéis pasado la noche? ¿Todo bien? ¿Con quién has dormido? ¿Tienes resaca?».

La sien izquierda le da un pinchazo que le hace guiñar los ojos, pero esta vez la mentira no le hace sentir culpable.

«Todo bien. Apenas bebí, no tengo resaca. Y deja el interrogatorio para el próximo examen, guapa, que ni las fuerzas especiales».

Los dos tics se ponen azules enseguida. Se la imagina riendo y casi puede oírla a pesar de la distancia.

Cierra la puerta del baño con pestillo. Alguien se ha duchado ya porque está lleno de vaho. Deja la mochila en una esquina y el teléfono en el lavabo, ignorando de momento el resto de los mensajes. Se mira en el espejo que alguien ha limpiado. Tiene algo mejor cara que la noche anterior, aunque aún le cuesta abrir los ojos del todo y el asterisco en el borde del ojo no ha desaparecido. Pero claro, con solo tres o cuatro horas de sueño es normal tener esa cara. Y eso sí que no se lo puede achacar al alcohol.

Se mete en la ducha sin dejar que el agua se caliente antes y deja que el chorro helado le golpee la cabeza. El agua de este pueblo debe venir del deshielo de las montañas porque sale mucho más fría que en Vitoria, pero él agradece la temperatura. Deja que caiga fría unos segundos más antes de templarla un poco, que tampoco es plan de pillarse un resfriado tan cerca de los exámenes, pero ese chorro del principio le ha sabido a gloria. El dolor de cabeza casi ha desaparecido. Mano de santo.

Cierra los ojos y alza la cara para que el agua se la refresque.

Ander.

El alcohol ha tenido poco que ver con no dormir esta noche. Es la conversación con Ander lo que lo ha mantenido despierto, no las ganas de vomitar o el mejunje del estómago. Ander y sus dudas sobre su sexualidad. Ander diciendo que no le gusta el sexo con las chicas. Ander poco menos que admitiendo que podría ser gay, o al menos no heterosexual del todo. Ander pasando de

ser un imposible a un quién sabe.

Pedro sacude la cabeza bajo el agua y murmura un «no no no no» que apenas se oye bajo el chorro de la ducha. «Ander no ha reconocido nada, no lo flipes, no te hagas ilusiones». Lo único que ha admitido es que tiene dudas, que no sabe qué le gusta, o si le gusta algo. De ahí a decir que es gay hay un mundo. La respuesta puede ser tan simple como que no ha encontrado nunca una chica que le guste de verdad. Acuden a un instituto de casi mil alumnos de los que la mitad son chicas, sí, la estadística dice que alguna debería de haber, pero igual el chico tiene unos gustos un poco... especiales.

Quizás tan especiales como los suyos, los de Pedro. Solo que aún no lo sabe.

Puede que Ander sea gay.

Existe una posibilidad real de que Ander sea gay.

¿Y si Ander es gay?

Cualquiera de esas frases le bastan para identificar este día como uno de los mejores de su vida.

Sale de la ducha y se seca con la toalla que ha traído de casa. Se viste sin fijarse en lo que se pone, guarda el teléfono en uno de los bolsillos de la mochila y vuelve al salón con paso ágil y sin dolor de cabeza. Tiene un hambre voraz y le apetece un café bien cargado. Han traído café soluble, pero imagina que en la casa habrá café de verdad y una cafetera. Ya comprarán luego un paquete para reponerlo. No ve a los padres de Gorka enfadándose por haberse bebido su café, pero por si acaso.

Álex y Lucía están despiertos. No han salido de sus sacos y hablan en voz baja casi en la misma postura que tenían antes, las cabezas muy juntas, giradas la una hacia la otra. Pedro los observa antes de acercarse. No es difícil ver que su relación no es la misma que la noche anterior, pero no parece que haya pasado nada entre ellos. Nada físico, al menos.

—Buenos días, tortolitos. ¿Qué tal habéis dormido? Tú tendrás la garganta seca, ¿no, Lulu?

Ella le saca la lengua.

—Sois unos exagerados. No era para tanto.

—Sí, sí lo era, Lulu —dice Álex, que así, con la cara aún hinchada por el sueño, está más guapo que nunca—. Yo me duermo en un bombardeo, pero lo tuyo era... Sí, era para tanto.

—Pues vaya maricones de mierda estáis hechos. A ver qué novio os echáis que ronque menos que yo.

—Lulu, cariño. Cielo, tesoro, vida mía. No hay nadie en el mundo que ronque más que tú. Nadie.

Ella le hace una pedorreta. Pedro ríe, deja la mochila en una esquina y se dirige a la cocina.

—Voy a ver si hay café de verdad en casa. Y una cafetera no estaría mal. ¿Os apetece?

Los dos asienten a coro y él rebusca en los armarios hasta encontrar todo lo que necesita. Álex y Lucía se levantan mientras él está a lo suyo; ella coge el neceser, una toalla y ropa limpia y se va al baño. Álex se acerca a él. Se sienta a la mesa y le ve trabajar.

—¿Qué tal habéis dormido vosotros? Tiene que hacer un frío de narices ahí, ¿no?

—No tanto. Con el saco ni se nota. Y prefiero el frío al terremoto Lucía.

—Los terremotos no llevan nombre, listo, solo los huracanes. Y no te metas tanto con ella, capullo.

—Uy, míralo, qué galán, defendiendo a su dama. ¿No me digas que te gusta?

Álex mira hacia el pasillo. Tiene la mirada perdida, no está vigilando que entre nadie. Pedro no recuerda haber visto aquella expresión soñadora en él antes.

—Lucía es el tipo de persona con la que puedes hablar de cualquier cosa. Sabe... No sé cómo

decirlo. Estar ahí. Estar presente. ¿No te da esa sensación?

—No es sensación, es que es así, exactamente así. Es una tía de puta madre.

—No sé ni hasta qué hora estuvimos hablando anoche.

—Así que no temblaba la puerta, no roncaba.

—Gilipollas. —Álex calla un momento—. Tú ya sabías que Lucía no tiene nada de mosquita muerta, ¿no?

—Sí, claro que lo sé. Mi vida sexual se alimenta de la suya. Algún día quiero ser como ella.

—Cómo engañan las tías a veces. O cómo nos dejamos engañar.

Pedro deja la cafetera borboteando y se vuelve con los ojos entrecerrados.

—Cuidadito, Alejandro, que me da a mí que estás pillado. ¿No te estarás enamorando?

Álex lo mira con guasa.

—Mañana mismo paso por su casa para pedir su mano. Si el zapato de cristal encaja, claro.

—La mano no, pero que le pides salir, hijo. ¿A que sí?

Álex duda, se encoge de hombros y asiente con la cabeza al mismo tiempo. Pedro deja escapar un grito de triunfo y se lanza a abrazarlo. Le está dando un sonoro beso en la mejilla cuando aparece Gorka en el pasillo.

—Uy, perdón. ¿Interrumpo?

En su cara ven que de verdad cree estar interrumpiendo. Álex rodea el cuello de Pedro con los brazos.

—No, tontorrón. Ven aquí y únete, que seguro que te gusta.

—Que sí, hombre, no te pongas tan rojo. ¡Guapo!

—¡Morenazo!

—¡Tío bueno!

Gorka sonrío, rojo como un tomate, y se acerca a la cocina. Pedro besa a Álex en la cabeza y se suelta para poner sobre la mesa toda la bollería que ha traído para desayunar. El café ya está hecho y los tres se sirven sendas tazas. Gorka se mueve muy despacio, poniendo buen cuidado de no mover la cabeza demasiado.

—Qué, ¿resacón? —bromea Álex. Le golpea el hombro, y Gorka suelta un gemido de dolor por la sacudida.

—Un poco. Pero las he tenido peores. Mikel me dio una pastilla de no sé qué y me hizo beber agua hasta que me reventaba la tripa.

—Otro experto en borracheras, así da gusto.

—Dice que no hay cosa peor que quedarse dormido borracho, así que hasta que no se me pasó un poco, no me dejó dormir. —Gorka mira a Pedro y a Álex con una sonrisa extraña—. Estuvimos hablando hasta las mil. Cuánto sabe, el tío.

—¿Cuánto sabe de qué? —pregunta Pedro.

Ander aparece en ese momento por la puerta del *txoko* y Pedro olvida la pregunta, de qué están hablando, a Mikel, a Gorka y hasta su propio nombre. Traga saliva y ruega por que no se le haya notado el acelerón que le ha dado el corazón.

—Buenos días, bello durmiente —saluda Álex—. Vaya cara traes, macho.

—Tú no te has mirado en el espejo, ¿no? —La voz de Ander suena como el croar de una rana.

Álex y Gorka ríen. Pedro se une un poco más tarde.

—Pedro ha hecho café de verdad, aprovecha. Y come algún bollo para chupar el alcohol.

—Tenías que haber bebido agua anoche —le dice Gorka—. Hace maravillas.

—Es que el señorito no quería ir a mear después —bromea Pedro. Mira a Ander de soslayo y lo ve sonreír. Es la misma sonrisa de todos los días. ¿Verdad? ¿Verdad?

—Puedes tomarte algo ahora, también te vendrá bien. Lucía se ha traído una farmacia en la mochila, pídele una pastilla cuando vuelva de la ducha.

—Por cierto, ¿tú de dónde sales? —Gorka mira la puerta tras Ander. La claridad lo obliga a guiñar los ojos—. ¿Has dormido en el *txoko*?

—Había demasiado ruido en el salón, así que Pedro y yo nos independizamos.

—¿Ruido? Si en esta casa no se oye ni el tráfico de la calle.

—No venía de fuera, venía de dentro —aclara Pedro al tiempo que da un trago a su café—. Lucía ronca como un camionero.

—¡No jodas! —Se ríe Gorka—. Con lo poquita cosa que parece. Pero entonces... —Gorka mira a Álex y cambia el gesto a uno de malicia—. Vosotros dos habéis dormido solos en el salón.

—Y tú con Mikel en una habitación cerrada. ¿Y?

—Ya, pero tío, no es lo mismo. Ella es... una tía.

—¡No jodas! —gritan Ander y Álex al mismo tiempo.

Ander se ha sentado al lado de su hermano. «Es normal —se dice Pedro—, desayunan juntos a diario, ¿con quién se va a sentar si no?»

Pero, por dentro, algo grita.

—Venga ya, que me habéis entendido. Eso que has dicho antes de que se había traído la farmacia, ¿iba por los condones?

—Macho, tú estás fatal. A ver si mojas de una vez y te desahogas un poquito, porque estás muy salido.

—Pues como todos, no te jode. Y lo de mojar... Ojo, que ayer con Mikel aprendí mucho.

—¿Perdón? —Álex escupe parte del café que tiene en la boca.

Ander se atraganta con el bollo, y Pedro, que escucha solo con una pequeña parte de su atención, finge toser.

—Me estuvo contando unas cosas... Joder, el tío podría escribir un libro con todo lo que sabe sobre tías y cómo ligárselas.

—Hostia, qué susto me has dado. —Álex se echa hacia atrás en la silla y vuelve a incorporarse de golpe—. Bueno, y alegría, porque pensaba que habías cruzado de acera. Y ahora disgusto, porque las clases solo fueron teóricas.

—Tanta emoción en tres segundos no puede ser buena —le dice Ander con migas en la barbilla.

—No, ¿verdad?

—Qué cerdo eres, macho.

—¿Yo? ¡Tú, que no te explicas! A ver, ¿qué te contó el sabio?

—De todo. —Gorka se inclina hacia ellos y baja la voz—. Tiene trucos para todo tipo de tías y ocasiones. Cómo conseguir que una tía te eche el ojo sin que parezca que tú estás haciendo nada, por ejemplo. ¿Sabíais que a veces no hacerles caso funciona mejor que dar la tabarra?

—Ya te digo. Anoche mismo me di cuenta —murmura Álex.

Esta vez Pedro no necesita fingir para echar el café por la nariz.

—¿Ves? Eso mismo. Lo he estado haciendo mal toda la vida. En vez de dejar que vengan ellas a mí y hacerme el interesante, me lanzo yo, y eso no les gusta.

—¿Y si no funciona? —La voz de Ander está recuperando la normalidad, ya no croa tanto—. No les haces caso y ni aun así se acercan. ¿Qué haces?

—Plan B: le haces un cumplido muy sutil. Nada de qué guapa eres o qué bien te sienta el jersey. Algo como «uy, te has cortado el pelo, ¿no?». Que se dé cuenta de que te das cuenta, que te fijas en ella. Que sabes que existe.

—Vale, eso tiene sentido. Lo que viene a ser tratar a las chicas como personas, vaya.

—Básicamente —asiente Álex.

Pero Gorka hace un aspaviento con las manos.

—Qué personas ni qué niño muerto, aquí lo que importa es mojar al final. Y para eso hay que ser consistente, separarla de sus amigas, estar siempre ahí donde ella te puede ver. Y cuando veas que ha llegado el momento, lanzarte.

—Y darte la hostia que te das siempre —se burla Pedro—. Esa es más o menos tu técnica.

—Porque hasta ahora lo estaba haciendo mal —contesta Gorka blandiendo un dedo frente a la cara de Pedro de forma tan brusca que este echa la cabeza para atrás—. Me decían que no, o vete a la mierda, o mejor otro día, y yo me iba. Y ahí es donde está el error, la clave de todo: nunca aceptes un no por respuesta. Ese es el truco.

Ander se ríe. Pedro sonrío con el ceño fruncido. Álex comparte el gesto.

—¿Perdona? Le pides salir, te dice que no, ¿y vas a buscarla a casa de todas formas? —le dice Álex.

—Le das la vuelta a la respuesta. «¿No quieres salir conmigo hoy? ¿Te viene mejor el viernes? ¿Y la semana que viene?». Hasta que diga que sí.

—No quiero salir contigo nunca —dice Pedro—. ¿Cómo le das la vuelta a eso?

—Le vuelves a preguntar en una semana. Y durante ese tiempo, no la pierdes de vista y te aprendes todos sus gustos, para que cuando hables con ella piense que tenéis algo en común.

—Dios, espero que te guste una tía a la que le gusten los unicornios rosas —dice Ander, y los cuatro ríen.

Álex no se da por vencido.

—Vale, le preguntas a la semana siguiente y te vuelve a decir que no. Y a la siguiente, también, y un mes más tarde sigue siendo no. Ya está, ¿no? En algún momento tendrás que aceptar que no tienes nada que hacer.

—Entonces tienes un último recurso: el alcohol. Ninguna tía lo suficientemente borracha te dice que no. Sobre todo, si has estado listo y te buscas una con la autoestima baja. Esa cae fijo.

Pedro pierde la sonrisa. Quiere contestar, pero no encuentra palabras. Nunca hubiera esperado que de Gorka pudiera salir semejante frase.

Ander sí tiene respuesta:

—Lo malo de esa técnica es que solo te sirve para una vez. Si de verdad te ha dicho que no trescientas veces, liarse contigo cuando está borracha solo le va a hacer sentirse culpable, y no va a querer volver a verte en la vida.

—Si se acuerda. Si no, la próxima vez que beba, otra vez.

—¿Estáis hablando en serio? ¿Los dos?

Pedro suelta el aire que sin darse cuenta ha estado aguantando y mira a Álex, agradecido por su intervención. Ander se encoge de hombros.

—¿Qué? Me dirás que nunca te lo has hecho con una chica borracha.

—No con alguien que me haya dicho que no ocho veces antes, o que esté medio inconsciente.

—Qué exagerado eres —apunta Gorka—. Si puede andar, sabe lo que hace.

—No, de eso nada. Puedes andar, beber, saltar y cantar, y no tener ni puta idea de qué está pasando a tu alrededor. Si te tiras a una tía borracha que no es capaz de decir que sí, es una violación. Aunque no diga que no.

—Hala, venga, tío, no te pases —le dice Ander con un golpe en el brazo—. No empieces tú ahora también a ver violaciones en todas partes.

Álex mira a su hermano y abre la boca para decir algo, pero no parece capaz. Se vuelve hacia

Pedro.

—Yo estoy de acuerdo contigo —le dice él.

Álex levanta las manos.

—Menos mal.

—Claro, porque a vosotros no os hace falta pillar con tías —insiste Gorka—. Los tíos son mucho más fáciles, siempre te van a decir que sí.

—Pues no será porque no te lo he dicho veces, y siempre dices que no. —Álex se arrima a Gorka y se relame el labio superior.

—Ya sabes, no aceptes nunca un no por respuesta —se une Pedro—. Y espera a que esté lo suficientemente borracho.

—Anoche perdí una oportunidad de oro. Tenía que haberme colado en tu habitación.

—Ya te digo.

Lucía entra en la cocina cuando estallan las risas. Gorka está tan rojo que da calor, y sus murmullos de queja se pierden en el estruendo de la carcajada. Pedro se vuelve hacia su amiga, que no se ha acercado y mira el móvil con cara de susto.

—Lulu, ¿qué pasa? Vaya cara se te ha quedado.

Ella levanta la vista del móvil, pero no mira a Pedro, sino a Álex. Su voz resuena con fuerza.

—¿Tú has visto esto? ¿Te lo han mandado a ti también?

—¿Ver qué? No he mirado el móvil todavía, no soy tan esclavo como vosotros.

—El mío está en la mochila —dice Pedro.

—Yo lo he dejado en el *txoko*. —Ander le hace un gesto con la cabeza a Lucía—. ¿Qué te han mandado? ¿Qué es eso?

Ella se acerca a la mesa y les muestra una foto en la pantalla. Pedro deja caer la mandíbula. Son Lucía y Álex durmiendo con las cabezas muy juntas, en una postura que parece indicar que antes de dormir ha pasado algo más. Álex le arranca el móvil de la mano para ver la foto de cerca. Gorka le da una palmada en el hombro y sonríe con malicia.

—Míralo, parecía tonto —murmura.

Álex le lanza semejante mirada que corta la broma de golpe.

—¿Quién te la ha mandado? —le pregunta a Lucía.

—Elena, una amiga del instituto. Se lo han mandado al grupo de su clase y quería advertirme.

—¿Sabes quién está en su clase? De los que estamos aquí, digo.

Lucía mira a Gorka con frialdad. Él levanta las manos.

—A mí ni me mires. Cuando he entrado en el salón, ya estabais despiertos. Qué coño, tú ya estabas en la ducha.

—Alguien se ha levantado antes que nosotros —dice Pedro—. La ducha estaba usada cuando he entrado yo.

—¿Quién más está en tu clase de los que estamos aquí? —le pregunta Álex a Gorka.

—Mikel, pero dormía como un leño cuando he salido de la habitación.

—Leire —dice Ander.

—Y Nerea —gruñe Lucía.

Álex se levanta de la silla como si lo hubiera impulsado un muelle. Se va hacia las habitaciones, pero Ander lo sujeta por el brazo. Pedro lo ayuda.

—¿Dónde vas, cafre? ¿Qué vas a hacer?

—Decirle cuatro cosas. Hay que ser hija de puta, no me jodas.

—Pues sí, un poco, pero no te pongas a su altura. Además, no puedes estar seguro de que haya sido ella.

—Claro que es ella —dice Lucía—. Ha ido a hacer todo el daño que pueda. Es su estilo, siempre hace estas cosas.

El ruido de una puerta al abrirse los hace callar a todos. Pedro siente el corazón a mil y un nudo en la garganta. Aquello no va con él, pero es demasiado emocionante. Es como colarse en una telenovela de las que veía su abuela cuando él era pequeño.

La que entra no es Nerea, sino Susana, el móvil en la mano y la misma cara de susto que Lucía. Cuando ve a todo el mundo mirándola, se detiene en seco. Busca a su amiga con la mirada y levanta el móvil sin enseñar la pantalla.

—Lucía, ven un momento, que te enseñe una cosa que me han mandado —le dice. Su voz es normal, pero hay urgencia en su gesto.

Lucía le enseña la pantalla de su móvil, donde aún se ve la foto.

—¿El qué? ¿Esto? Nos ha llegado a todos, ¿no?

—Seguramente. —Susana se acerca al grupo—. Ibon también la tiene. ¿La habéis mandado vosotros?

—No —dice Álex, al que han conseguido sentar de nuevo—. Pero sabemos quién ha sido.

—No sabes nada, Álex, no te flipes —le dice Ander.

Susana mueve los labios en silencio, su mirada fija en la de Lucía. «Nerea», le dice sin palabras.

—¿Me acompañas? —le dice Lucía a su amiga.

—Claro.

—¿Dónde vais? —Gorka se incorpora sin llegar a levantarse del todo—. Si vais a pegaros, yo quiero verlo, ¿eh? A ver si me voy a perder lo mejor.

Pedro le da una colleja mucho más fuerte que las que suele darle.

—¡Ay! Macho, esa ha dolido.

—No lo suficiente. A ver si aprendes a callarte de vez en cuando.

Lucía abre la puerta de la habitación de Nerea con tanta fuerza que rebota contra la pared y tiene que pararla con la mano para que no le golpee la cara. Se hace daño en la mano, pero no lo demuestra.

La entrada le ha quedado digna de una película de acción.

Nerea y Leire están sentadas en la cama cuando aparece junto a Susana, con los móviles en la mano. Dan un bote al verlas; Leire deja escapar un grito que reverbera por la habitación y a Nerea se le cae el teléfono sobre el colchón. Se recupera pronto. Ya está maquillada y peinada, aunque aún sigue en pijama. Se levanta y se coloca frente a Lucía. Le saca una cabeza, pero Lucía está tan enfadada que tiene la sensación de ocupar más espacio de lo normal. Siente a Susana junto a ella, también alta, también tensa. No le tiembla la voz al hablar:

—La has mandado tú —No es una pregunta—. La foto. Se la has mandado a todo el instituto.

—¿Qué foto? —Nerea sacude su melena hacia atrás—. No sé de qué me hablas.

—Y una mierda. Nos has sacado una foto a Álex y a mí y se la has mandado a todo el mundo.

¿Por qué?

Nerea sonríe de lado, todo su gesto malicia sin edulcorar.

—No he sido yo, listilla, pero a mí también me ha llegado. ¿Y sabes qué? Me alegro. A ver si así se da cuenta la gente de lo puta que eres.

Susana da un paso hacia Nerea, pero Lucía la retiene con un gesto del brazo. Leire hace amago de levantarse de la cama, pero se da cuenta de que aquello no tiene nada que ver con ella y termina quedándose donde está.

—¿Por qué te importa tanto lo que yo haga? Nunca me has hecho caso, en el instituto ni siquiera me miras, nunca has hablado conmigo ni para pedirme apuntes. ¿Por qué quieres que la gente me tenga por puta? ¿A ti qué más te da?

Nerea alza la barbilla.

—Me jode la gente que va de mosquita muerta. Que parece una cosa y es otra. Tú parece que no hayas roto nunca un plato, pero luego te acuestas con un chico que ya... —Nerea se detiene y cambia la dirección de su frase—: Con el primero que te haga caso.

—Que ha resultado ser Álex —dice Susana con tanta rabia en la voz como la misma Nerea—. Porque si llega a ser Ander o Mikel, te habría dado igual, pero claro, después de pasarte la noche pegada a su culo y tirándote a su cuello, te ha jodido que no te hiciera caso, ¿no? Por eso vas a por Lucía.

Nerea da un paso a un lado para ponerse delante de Susana y se acerca todo lo que puede. Lucía hace de escudo humano y se mueve a la vez que su oponente para bloquearla. Sus ojos quedan a la altura de la barbilla de ambas y sabe que, si llegan a las manos, el primer golpe se lo llevará ella.

—Tú calla la boca, bonita, que no sabes qué fotos tengo de ti y de Ibon anoche —susurra Nerea—. Teníais que haber atrancado la puerta para evitar que se os colara el público.

Susana toma aire en una bocanada profunda. Lucía busca su mano a tientas y Susana la aprieta con fuerza. Tiembla de rabia.

—Ibon es mi novio, imbécil, y mandar esas fotos dice más de ti que de nosotros. La gente te está poniendo verde en el WhatsApp, lo sabes, ¿no? Te ha salido el tiro por la culata. Has

quedado como lo que eres, una víbora envidiosa.

Nerea da un paso más hacia ella y aprieta aún más a Lucía entre ambas.

—Al menos yo no me dejo meter mano delante de todos, me acuesto con el primero que se me pone a tiro y luego lo llamo «novio». —Baja la vista para mirar a Lucía, que está muy ocupada sujetando los brazos de Susana. Si la suelta, le va a dar un puñetazo—. Ni me lío con un tío que ya está a medias con otra.

—¿A medias con quién?

Lucía se vuelve hacia la voz que ha irrumpido en el dormitorio al mismo tiempo que Susana. Álex está en el umbral, enmarcado de tal manera que parece un cuadro, uno de esos retratos ecuestres que han visto alguna vez en clase, pero sin caballo, claro. Nerea se ha quedado sin respiración. Lucía se da cuenta de que ella también.

—Mira, tía, a ver si te queda claro de una puta vez: no te quiero cerca, no quiero ni verte —dice él, y su gesto es tan serio como Lucía no lo ha visto nunca—. Tú y yo no somos nada, ni estamos a medias ni lo vamos a estar nunca. Antes que hacer algo contigo me lo hago con una iguana, ¿te queda claro? Y después de lo de la foto, chavala, ándate con ojo, porque si puedo, te destruyo. Eres un puto bicho venenoso y no quiero saber nada de ti.

Lucía cierra los ojos y suelta el aire que ha estado guardando dentro. Nerea deja escapar un gemido y la siente salir corriendo de la habitación. El portazo anuncia que se ha encerrado en el baño. Cuando abre los ojos, Lucía ve salir a Leire muy digna y sin mirar a nadie. Se le había olvidado que estaba allí.

La oyen llamar a la puerta del baño, pero Nerea no la abre.

—Te has pasado —le dice Lucía a Álex.

Él alza las cejas.

—Eres demasiado buena, Lucía. Se merecía todo lo que le he dicho y más.

Mikel aparece en el pasillo en pijama y frotándose los ojos.

—¿Qué coño hacéis, tanto grito y tanto portazo? Despertar a la gente antes de las tres de la tarde es de muy mala educación, ¿sabéis?

—Mira el móvil y lo entenderás —le dice Álex.

—Ya lo he visto. —Mikel le pone una mano en el hombro. No cambia el gesto, no dice nada, y sin embargo a Lucía no le gusta lo que ve en él.

Todo el mundo le parece gilipollas en ese momento.

El pasillo se ha llenado de gente con ganas de ver qué está pasando. Lucía sale de la habitación y entra como una flecha en el salón. Empieza a guardar sus cosas en la mochila con tanta fuerza que cada prenda que intenta meter empuja otra fuera. Ahora sí que le tiemblan las manos, y hasta las rodillas.

—¿Qué haces? —Susana ha venido tras ella y trata de sujetarle el brazo, pero ella hace un aspaviento para soltarse—. ¿Por qué recoges? No estarás pensando en irte. Lucía, no puedes dejar que gane. Si te vas, le haces creer que ha podido contigo.

—¡Pues claro que ha podido conmigo! —grita Lucía, y Susana da un paso atrás—. Ha pasado justo lo que siempre intento evitar, que alguien cotillee sobre mí, que me conviertan en un puto *meme*. Odio a la gente que hace eso, no puedo con ella, y lo que ha hecho Nerea es... es...

—Asqueroso, sí, lo sé. —Susana apoya la mano en su hombro—. Nerea es mala persona, es una víbora, un bicho, y se merece todo lo malo que le pase. Y si te vas, no vas a poder vengarte. No vas a estar cuando su mala hostia se vuelva contra ella.

Lucía deja la mochila en el suelo.

—¿Y de qué me sirve vengarme? El mal ya está hecho. Como mis padres vean esa foto, se me

cae el pelo a mí y meto en un buen lío a mis hermanos. No quiero estar en la misma casa que ella, no quiero saber nada de ella, no quiero ni verla.

—Yo tampoco, pero aún menos quiero que te vayas tú. Deja que se marche ella. Le decimos que no queremos que se quede, que nos está jodiendo el fin de semana, que no podemos fiarnos de ella.

—Susana, tú y yo somos invitadas. ¿Con qué derecho la vas a mandar a casa?

—Hablamos con Gorka. Que la eche él.

—Sí, claro. —Lucía deja escapar una carcajada sin gracia—. Porque a Gorka le importa algo la foto de marras. Para él es una prueba de lo machote que es Álex, nada más.

—Pues si tú te vas, me voy contigo. A mí no me dejas sola con estas dos gilipollas.

—¿Perdón? ¿Que os vais adónde?

Ibon y el resto de los chicos han vuelto al salón. Nerea ha debido de dejar entrar por fin a Leire, porque el pasillo está vacío. Pedro le quita la mochila a Lucía de las manos.

—¿Qué haces? Nos queda otra noche, no hace falta que lo guardes todo.

—A mí no me quedan más noches. Yo me piro. No pienso quedarme con esa en la misma casa.

—No jodas, Lucía, no digas eso. —Álex se sienta en el sofá, los pies descalzos apoyados en el colchón que ha usado—. Que se marche ella, tú no.

—Pero a ver, a ver, que no se tiene por qué marchar nadie —dice Gorka con las manos ante sí en un gesto pacificador—. Ha sido una chorrada, coño, tampoco te pongas así. No se ve nada en la foto, ni se insinúa nada, solo se os ve durmiendo.

—Mis padres no saben que estoy aquí, Gorka. Les he mentido, mis hermanos han mentido por mí, y sabes que estas fotos vuelan y al final las ve todo el mundo.

—Y no ha sido una chorrada, ha ido a hacer daño —dice Álex—. Lo ha hecho con toda la mala intención del mundo.

—Vale, sí, mala intención habrá tenido, pero de verdad que no es para tanto —se une Mikel—. Medio instituto sabía que veníamos aquí, no creo que la foto salga de los grupos de clase.

—Me da igual —insiste Lucía—. Eso ya no lo puedo cambiar, ya no tengo control, pero no pienso quedarme ni un minuto más bajo el mismo techo que ella. No puedo ni verla, no quiero estar cerca.

—Para y piensa un poco, Lucía —insiste Pedro sentado en uno de los colchones con la mochila de su amiga bien sujeta contra su pecho—. No puedes volver a casa. Se supone que estás con tus hermanos, ¿no? ¿Qué vas a decirles a tus padres? ¿Que te has peleado con ellos? ¿Vas a cortar también su fin de semana y les vas a hacer volver antes?

Lucía no contesta. No había pensado en eso. Quiere seguir protestando, pero Pedro tiene razón.

Álex le tira un calcetín contra el pecho.

—Te quedas, Lulu, está decidido. Y si hay que esconderse de estas dos o dejarlas durmiendo en el jardín, se hace y punto. Yo tampoco quiero verlas ni de lejos, pero no podemos dejar que nos jodan el fin de semana.

—Si las castigamos en el jardín, ya me quedaré yo durmiendo con ellas para darles calor —bromea Gorka.

Nadie le ríe la gracia.

Lucía se deja caer junto a Pedro, que la abraza.

—¿De verdad te va a dar muchos problemas la foto de marras si se enteran en casa?

—Probablemente no. Mis padres se creen que soy una bendita y seguramente no se lo creerían. Voy a mandarles un mensaje a mis hermanos, para que me ayuden a montar una coartada por si

acaso.

—Joder, Lulu, tu casa parece de la mafia. Vaya líos te traes.

—Soy la pequeña y la única chica. No todo son ventajas, pero alguna tiene.

Lucía recoge el calcetín que le ha tirado Álex y se vuelve con intención de volver a lanzárselo a su dueño. Él tiene la mirada fija en ella y sonríe con toda la cara cuando sus ojos se encuentran. Lucía le devuelve la sonrisa. Aprieta el calcetín en el puño hasta hacer una bola con él, sin dejar de mirarlo.

Hace diana justo en la nariz.

Nerea tiene la cara oculta entre las manos y emite a ratos gemidos de rabia que consigue hacer pasar por hipidos de pena, pero no está llorando. Hace muchos años que no llora de verdad, con lágrimas, como cuando era pequeña, porque sabe que no es bueno para el cutis y no quiere estropearse el maquillaje (no hay cosa peor que quitar las manchas de rímel de las mejillas). Pero Leire está a su lado, sentada en el borde de la bañera mientras ella finge llorar sentada en el váter, y tiene que hacer el teatro. Tiene que aparentar estar desconsolada, cuando lo que está es cabreada. En mala hora la ha dejado entrar. Encima no calla y le está poniendo la cabeza como un bombo.

—No te merece —está diciendo por enésima vez—. Si es capaz de liarse con esa, que no es ni la mitad de tía que tú, es que no merece la pena ni que lo mires dos veces. Además, es un cabrón, siempre anda picoteando aquí y allá con cualquiera que se le ponga a tiro. Y ella... En fin, lo de ella no tiene nombre. Como tú le has dicho, una puta. Anda que no hay más tíos para ir a liarse justo con el que te gusta a ti.

—Leire, ¿me haces un favor? —le corta. Sabe cómo hacer que su voz suene llorosa, tiene años de práctica—. Tráeme el estuche de maquillaje, porfá. Está encima de mi cama, creo.

—Claro. ¿Ya estás mejor?

Nerea se encoge de hombros. Leire le da una palmada en la rodilla y sale del baño.

Qué paz. Qué tranquilidad.

Se levanta del váter y se mira en el espejo. Tiene las mejillas rojas, pero el resto del maquillaje ha aguantado a la perfección a pesar de las cinco lágrimas verdaderas que han caído nada más cerrar la puerta. Se humedece la yema de un dedo con el agua del grifo y coloca unas gotas en el párpado inferior para que parezcan lágrimas; después se frota los ojos con mucho cuidado para enrojecerlos lo justo, y cuando su amiga regresa al baño le muestra la cara de alguien que tiene un gran disgusto pero sabe llorar sin afearse. Coge el estuche que Leire le tiende y corrige lo que acaba de estropear.

—Están todos cuchicheando en el salón —le dice Leire—. No sé qué traman, pero para mí que hablan de ti.

Nerea no contesta. Se aplica la base de maquillaje de nuevo, espolvorea un poco de colorete en los pómulos y da un repaso al *gloss* de sus labios. Leire mira el reflejo de su amiga en el espejo.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta.

—¿Cómo que qué voy a hacer? ¿Qué quieres decir?

—¿Te vas a quedar aquí? En Campezo, digo. —Leire se muerde el labio inferior.

—¿Por qué me iba a marchar? Hemos dicho que veníamos hasta el domingo, ¿no?

—Ya, pero si todo el mundo va a estar raro contigo... —Leire se encoge de hombros—. No sé si te merece mucho la pena quedarte y aguantarlos.

Nerea se da la vuelta despacio hasta encarar a Leire sin espejo por medio. Se esfuerza en componer el mismo gesto de amenaza que obra milagros con los hijos de la mujer de su padre cuando le tocan las narices, y comprueba que también funciona con Leire. Su amiga se encoge, da un paso atrás, pero no baja la vista. Nerea habla con un tono tan sosegado que da miedo:

—¿Te han dicho ellos algo? ¿Ha salido de su boca que quieren que me marche?

—No no, ni he hablado con ellos. Solo los he oído gritar.

—Entonces eres tú la que quiere que me vaya, ¿no?

—¿Yo? No, qué va, cómo dices eso. —Se sonroja hasta la raíz del pelo. Leire nunca ha sabido mentir.

—Si yo me voy, ¿tú qué vas a hacer? ¿Pretendes quedarte?

Leire duda, aparta la mirada y murmura entre dientes:

—Conmigo no están enfadados.

—Porque no saben ni que existes. La indiferencia es mucho peor que el odio, y tú aquí, Leiretxu, eres invisible.

Nerea se da la vuelta y finge ignorarla, aunque controla sus reacciones a través del espejo. La ve boquear buscando una respuesta que no llega, la ve mirar hacia la puerta que no se atreve a abrir. Sabe que le ha dado donde duele y que a Leire le gustaría salir corriendo y dejarla sola, pero esto no es Vitoria y no tiene ningún sitio a donde ir. Guarda el maquillaje con parsimonia. Enfrenta de nuevo a su amiga, le quita una pelusa inexistente del hombro y sonríe ante el espasmo que le provoca su tacto. Su tono se vuelve incluso cariñoso:

—El plan de hoy era hacer un poco de senderismo, ¿no? Vamos a ver qué les parece a los demás. Un poco de ejercicio nos va a sentar bien.

Leire no contesta. Nerea calcula que el cabreo le durará cinco o diez minutos.

Como siempre.

El resto del grupo está ya en movimiento, vestido y calzado para el monte. Pedro y Álex friegan los cacharros del desayuno, Lucía está arreglando los colchones y los sacos, y Gorka trastea con una mochila pequeña. Ander y Mikel no están, y a Ibon y Susana les ha oído reírse en su habitación. Al verlas entrar, Álex resopla y aparta la cara. Lucía finge no verlas, igual que Pedro. Solo Gorka sonríe. Nerea le devuelve la sonrisa y se acerca a él.

—¿Qué plan hay para hoy?

—Hemos hablado de ir a Ibernalo. Hay una cafetería y un merendero al lado de la ermita, podemos comer allí.

—¿Está muy lejos?

—No, qué va, un paseo de media hora. Cuesta arriba, eso sí, pero se hace fácil. Y por ahí hay senderos para ver un poco el monte y decir que hemos pisado tierra. Está chulo.

—Vale, genial. —Nerea juguetea con un mechón de pelo. Gorka la mira embobado—. ¿A qué hora teníais pensado salir?

—Ander y Mikel han ido a por pan para hacer bocadillos. En cuanto vuelvan y los hagamos, nos vamos.

—Guay. —Se vuelve hacia Leire, que sigue de morros a su lado—. Pues vamos a vestirnos, ¿no?

Leire va hacia la habitación sin contestar. Nerea se echa el pelo en el hombro con su gesto de siempre y la sigue. Acaba de salir del salón cuando oye la voz de Álex:

—Vas tú con ellas diez pasos por detrás, ¿eh? A mí que ni se me acerquen.

«Se va a cagar ese imbécil».

Nerea está lista en tiempo récord y sale de la habitación antes de que Leire termine. Ander y Mikel han vuelto con el pan y están decidiendo de qué va a ser cada bocadillo. Gorka quiere el suyo de lomo y pimientos, Ander dice que no puede pensar en comer porque tiene la tripa revuelta, y Álex les echa la bronca por complicarse la vida y no usar el embutido que han traído.

—¿Vas a ponerte ahora a freír filetes? —le dice a Gorka—. Abre un paquete de jamón y listo, ¿no?

—Cómo se nota que no eres vasco, tío. —Se ríe Pedro a su lado—. El bocadillo para el monte tiene que ser siempre de tortilla de patata o de lomo con pimientos. Si no, ni es bocadillo ni has ido al monte.

—No cuesta tanto, Álex, no seas exagerado. Gorka, saca una sartén, ya los frío yo —se ofrece Mikel.

Cuando se dan cuenta de que ella ha vuelto, la temperatura baja un par de grados y el grupo en pleno le da la espalda. Solo Gorka y Mikel la miran. El primero sonrío, el segundo le sostiene la mirada. Nerea va hacia él, que ya tiene la sartén en el fuego, y se le acerca mucho.

—¿Me haces a mí también un par de filetes?

Mikel no contesta enseguida. Su gesto no es del todo serio pero amable tampoco, y durante unos terribles segundos Nerea piensa que le va a decir que no. Pero entonces él asiente con la cabeza, sin sonreír.

—Claro —dice. Antes de devolver la vista a la sartén y lo que está haciendo, recorre todo su cuerpo con la mirada.

Nerea sonrío. «Esto es otra cosa».

Cuando aparece Leire, nadie se molesta en darle la espalda, porque nadie se da cuenta de que ha entrado. La ignoran de forma tan radical que se queda parada en la puerta, sin saber a quién acercarse. Gorka la saca del aprieto:

—¿Tú de qué quieres el bocadillo, Leire? Hay embutido y Mikel está friendo lomo.

—No sé, me da igual. Lomo, por ejemplo —dice. Aparta la vista cuando Nerea se vuelve para mirarla.

—Mikel, fríe un par de filetes más, porfa.

—Al final, ¿cuántos queremos lomo? ¿Pongo toda la bandeja?

—Ponla, sí, ya lo cenaremos.

—Eres todo un cocinillas —susurra Nerea al oído de Mikel—. No te pega ser bueno en la cocina.

—Soy mejor en otros sitios —contesta él con un mínimo atisbo de sonrisa.

Nerea deja escapar una risita.

—Eso decís todos siempre, pero al final sois solo palabras.

—No tengo problema en demostrártelo cuando quieras.

Ella le dedica una de sus miradas ensayadas y se aparta despacio, rozando un hombro contra el suyo. Guarda una botella de agua en la mochila y mira a su alrededor. En la mesa de la cocina, Ander ha abierto el pan y espera a que Mikel termine con los filetes para rellenar los bocadillos. A su lado, Gorka habla con Leire ajeno a todo, incluso a que se ha puesto la camiseta del revés y que tiene la bragueta abierta. Cuando Leire la ve acercarse, le dedica una mirada que a ella le parece asesina pero que resulta bastante ridícula. Nerea le aparta un mechón de pelo de la mejilla.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza? —le dice en tono maternal—. ¿Ya se te ha pasado? Vaya resaca tenías cuando nos hemos levantado, ¿no?

—Mikel tiene unas pastillas que son una maravilla —dice Gorka—. Me tomé una anoche y, oye, como una rosa. Bueno, no del todo, pero podía haber sido peor.

—El problema de Leire es que no sabe cuándo parar —sigue diciendo Nerea sin mirar a Gorka. Leire mantiene la vista clavada en la mesa—. Empieza a beber y pierde el control, no se da cuenta de lo mal que está hasta que ya es demasiado tarde y ha hecho algo estúpido. ¿Verdad, Leiretxu?

Nerea puede ver que tiene los ojos brillantes y está a punto de echarse a llorar. Casi siente pena por ella, no tiene que ser fácil ser tan..., tan... Leire. Pero la pena tiene un límite, e intentar

librarse de ella como ha hecho hace un momento no tiene excusa.

A Gorka se le ve incómodo entre ellas y rompe la tensión con una palmada.

—Qué bien, ya están los filetes. Hala, cada uno que se ponga su bocadillo.

Con una media sonrisa, Nerea se da la vuelta y se encuentra con los ojos de Álex, que tienen la misma expresión que ella dedica a las cucarachas. Alza la barbilla y vuelve a acercarse a Mikel.

No ha llegado el día en el que un tío la haga sentirse menospreciada.

La mañana está tan avanzada cuando el grupo se pone en marcha que los bocadillos que han preparado les van a servir más de merienda que de comida. Mikel cierra la pequeña mochila que se ha traído para la excursión y observa al grupo, que va saliendo de la casa. Álex cumple su palabra y se adelanta para alejarse lo más posible de Nerea, que se queda sola al final de la comitiva. Gorka se pega a Leire, con quien se pone a charlar a voz en grito tras guiñarle un ojo a él. Cada cual ha escogido su pareja, y estas luego se han convertido en grupos tan orgánicos como era de esperar: Gorka y Leire, Lucía, Álex, Ander y Pedro juntos a la cabeza, Susana e Ibon algo más rezagados. Nerea y él son los únicos que empiezan el paseo sin pareja. Ella camina con la vista al frente, una media sonrisa bailándole en la cara, la espalda tan erguida que las tetas se le disparan hacia delante. Mikel se le acerca y ella amplía una sonrisa que no termina de ser sincera.

—La has liado buena esta mañana —le dice sin molestarle en hablar en voz baja. Se han quedado muy por detrás del grueso del grupo—. Querían cortarte la cabeza y mandarla a Vitoria por mensajería urgente.

Ella se pone seria y sacude la melena.

—No he sido yo la que ha dormido con quien no debía —contesta seca—. Si no quieres que te pillen haciendo algo, no lo hagas y punto. No vale echar la culpa a los demás de los errores que cometes.

—Además de verdad. Hoy en día todo el mundo tiene cámaras y sabes que te pueden sacar foto de cualquier cosa que hagas, ¿para qué arriesgarse?

—¿Verdad? —Nerea se acerca más a él—. Como lo de las fotos en pelotas de las famosas. Si no quieres que la gente las vea, ¿para qué te las sacas?

—Me encanta cuando dicen que son robadas. Y una mierda, estoy seguro de que las reparten ellas.

—¡Yo también! Anda que no tendrán antivirus y cosas de esas para evitar que se las roben. Lo que pasa es que saben lo mucho que venden dos tetas, pero no quieren parecer putas.

—Exacto. No se lo creen ni ellas.

La sonrisa de Nerea ha cambiado y ahora es más creíble, le llega también a los ojos. Juguetea con un mechón de pelo mientras caminan, la cabeza girada hacia él de tal forma que más de una vez tropieza por no mirar dónde pisa. Mikel alterna miradas a sus ojos, a su escote y al grupo que va delante, y escucha lo suficiente de la cháchara de Nerea para saber que lo que está diciendo no le interesa lo más mínimo. Nadie que lo vea pensaría que no está prestando atención, porque parece beber cada palabra que sale de su boca por cómo la mira. El hueco entre ellos se estrecha cada vez más, pero a él no le importa quedarse sin espacio vital. De vez en cuando, sus nudillos se rozan. Mikel le aparta un mechón de pelo de la mejilla. Nerea le quita una pelusa de la ceja.

—Ay, se me ha metido algo en el zapato —dice ella, y se para de golpe.

Apoya el pie derecho sobre la rodilla izquierda y a punto está de perder el equilibrio; Mikel la sujeta del brazo para que pueda manipular la bota de monte sin caerse. No le hace falta quitársela, solo es un hierbajo que se le ha quedado enganchado en el calcetín y le roza. Baja el pie, pero Mikel no la suelta. Ella guiña los ojos contra el sol y sonrío.

—Tú no vas mucho al monte —le dice él con una sonrisa amable.

—No mucho. —Nerea arruga la nariz—. No veo qué necesidad hay de cansarse y pasarse

horas oliendo mierda de vaca cuando puedes estar tirada en el sofá con tus colegas en el WhatsApp.

Mikel suelta una carcajada y su mano se desliza desde el brazo de Nerea hasta su cintura. Atrae su cadera y mete el dedo gordo bajo la goma del pantalón de monte. La camiseta es tan corta que siente su carne templada contra su piel. Ella mira al suelo antes de rodear su cintura también. Los dos acompañan su paso y andan con las caderas tan juntas que Mikel siente el hueso de Nerea clavándose contra él.

Tardan bastante más de media hora en llegar a Ibernalo, aunque a Mikel no se le ha hecho largo. No han seguido hasta la ermita, el grupo se ha parado en el pequeño merendero que hay unos metros antes. Mikel oye a Nerea resoplar y se vuelve hacia ella, que tarda un segundo en darse cuenta de que la está mirando y no corrige su gesto de asco hasta que él ya lo ha visto.

—¿Ya tenéis hambre? —les dice Mikel a los demás—. ¿Qué estáis, huecos por dentro? Acabáis de desayunar.

—Pero la cantidad de alcohol que todavía llevamos en el cuerpo exige beber y comer cada poco —le contesta Álex.

Su mirada se posa en la mano que Mikel tiene en la cadera de Nerea. Ella coloca la suya encima y entrelaza los dedos. Álex aparta la mirada.

—A mí la cuesta esta me ha matado. —Ander se sienta en el banco junto a una mesa del merendero—. Necesito combustible.

—Qué nenaza eres a veces, Ander —le dice Lucía muy seria.

Junto a ella, Susana suelta una carcajada. Ander les muestra el dedo corazón.

—Pues venga, comamos. —Gorka deja caer su mochila—. La hierba está bastante seca, ¿nos sentamos en el suelo?

Mikel tira la mochila y suelta a Nerea para alejarse un poco del grueso del grupo, aunque no tanto como para no parecer parte de él. Nerea titubea, se quita la chaqueta de la cintura y la coloca sobre la hierba. Se sienta muy cerca de él y enseguida empieza a hablar de nuevo, enredando mechones de pelo entre sus dedos, una mano apoyada a ratos en la hierba. Mikel saca el bocadillo de la mochila y finge escucharla mientras come. Ella apenas prueba bocado. Sus manos se rozan más de lo que cabría esperar entre dos personas comiendo juntas. Siguen estando muy cerca, más cada vez que Nerea se ríe y se inclina hacia él, que es a menudo. Mikel sonríe y participa en su monólogo con palabras sueltas que a ella parecen bastarle. Mira su boca, el cuello, el escote, los tres centímetros de vientre plano que su camiseta deja entrever cada vez que se echa hacia atrás, buscando que el sol le dé en la cara. Cuando Nerea se acerca a él para hacerle una confidencia (sobre qué, Mikel no lo sabe), él la besa. No es más que un pico, un roce en sus labios, pero es suficiente para que las voces a su alrededor callen y Nerea se quede con los ojos muy abiertos.

Él ni pestañea. No se disculpa, no hace ningún gesto.

Y ella sonríe.

No vuelve a tocarla, a excepción de los roces supuestamente involuntarios. Cuando todo el mundo se levanta, Mikel lo hace antes que Nerea y le ofrece la mano para ayudarla a ponerse en pie. Después, ya no la suelta. La ermita queda a pocos metros, pero el gesto no pasa desapercibido para nadie en el grupo. Mikel se da cuenta de que la mirada de Gorka pasea de sus manos unidas a la cara de Nerea, y de ahí a la suya. Está intentando decirle algo, o preguntarle algo, o aprender algo que él supuestamente sabe hacer pero no consiguió transmitirle la noche pasada. Por primera vez desde que han salido de casa, Nerea va en silencio. Controla a Álex con los ojos entrecerrados y sonriendo solo con una comisura. Mikel se moja los labios.

La ermita de Ibernalo no es gran cosa. No hace falta saber mucho de arte para darse cuenta de

que está tan renovada que no queda nada del edificio original. Nerea y él se quedan mirando la fachada, las manos aún juntas, la de ella diminuta dentro de la suya, y esperan a que el grupo retome la marcha. A partir de aquí hay varios senderos y no sabrían orientarse solos, necesitan que Gorka los guíe.

Mikel frunce el ceño cuando Pedro abre la puerta y todos empiezan a entrar en la ermita. Él pensaba que era una excusa para dar un paseo, no el objetivo.

—¿Vais a entrar? ¿En serio? —dice Nerea, a nadie en concreto.

Ander la mira con desprecio antes de desaparecer tras Pedro. El resto del grupo no se molesta ni en disimular que no la han oído. Ella se dirige al único que la escucha:

—Ay, yo paso, ¿eh? No he venido a ver iglesias.

—Yo tampoco. —Mikel lanza una rápida mirada alrededor y le hace un gesto con la cabeza—. Ven.

Frente a la puerta de la ermita hay varios bancos y Nerea va hacia ellos. Pero esa no es la intención de Mikel; con un suave tirón de la mano, la lleva por donde han venido y desanda unos pasos hasta un repecho lleno de arbustos y árboles jóvenes pero frondosos que queda a medio camino entre la ermita y el merendero donde han comido. Mikel entra sin soltar a Nerea, que ríe y protesta cuando alguna zarza se le engancha en el pantalón. Es fácil darse cuenta de que no le hace ninguna gracia ese lugar: si el resto del grupo hubiera propuesto atravesar un zarzal así, se habría negado.

Pero con él no. Con él no se niega a nada.

—¿Dónde me llevas? —Se ríe al mismo tiempo que Mikel valora el lugar con la mirada y decide que no hace falta adentrarse más—. Aquí no hay nada que...

Se vuelve hacia ella con tanta rapidez que no es capaz de terminar la frase. Antes de que pueda tomar aire, la está besando con todas sus ganas, la lengua en su boca y las manos en la parte baja de la espalda. Nerea tarda unos segundos en reaccionar y a punto está de cerrar la boca, pero él no se lo permite; su lengua no juguetea, trabaja en serio, y sus manos se han colado ya por debajo de la escueta camiseta que ella se ha puesto solo para calentarle a él, porque seguro que ella está helada. Tras la sorpresa inicial y otro momento más en el que ella responde con ganas, Nerea se aparta. O lo intenta, porque Mikel la tiene bien sujeta.

—No, espera, Mikel, aquí no —le dice, pero él no la escucha.

Sigue besándola aunque ella aparte la cara, ambas manos en su culo, sus cuerpos casi fundidos uno contra el otro.

—Mikel, por favor, para. Este no es un sitio para hacer nada, nos puede ver cualquiera.

—Qué va, no puede vernos nadie, la hierba está tan alta que nos tapa del todo. —Él la besa en el cuello, en la boca, intenta bajar a su escote, hasta que ella le da un empujón que lo despista.

No tiene la suficiente fuerza como para librarse de él del todo, pero ese forcejeo lo está poniendo nervioso. Y bastante cachondo.

—Me da igual, no es el sitio, Mikel —insiste ella—. Hay bichos, y zarzas, y huele a caca, seguro que por aquí suelen pasear los perros. En casa tenemos sitio de sobra para estar tranquilos. No vamos a tardar tanto en volver.

Mikel se separa al fin. Ella ha dado dos pasos hacia atrás y la distancia entre ellos es la más grande que ha habido desde que empezaran el paseo. Está fuera de su alcance, aunque no le costaría mucho llegar hasta ella. La ve mirar hacia la ermita, cuya entrada está oculta desde este escondrijo. Si el resto del grupo sale, no los verán. Nerea se muerde el interior del labio. Mikel relaja los hombros y se concentra en regular su respiración.

—Sí, igual tienes razón —dice, y se sorprende cuando su voz no suena forzada—. No es el

sitio más cómodo del mundo, es verdad. Pero no me negarás que es discreto.

—Mucho. —Nerea le ofrece la mano sin moverse de donde está.

Queda a la vista de cualquiera que pase por el sendero, él todavía está oculto. Sabe que no va a adentrarse en la espesura otra vez.

—Tienes la zona estudiada, ¿vienes mucho?

Mikel da el paso que le permite alcanzar su mano. No tiembla, está tranquila. Le da un pico en los labios y ella sonríe.

—No había estado aquí en mi vida. Pero tengo muy buen ojo para encontrar huecos discretos.

Nerea deja escapar una risita y enreda un mechón en su dedo.

—Eres un experto en llevar chicas a lo oscuro, ¿no?

Mikel se limita a besarla de nuevo con suavidad.

Cuando vuelven a la ermita, el resto del grupo asoma por la puerta. Leire tiene los brazos cruzados en el pecho y cara de pocos amigos; Gorka, dos pasos por detrás de ella, no parece mucho más contento. Álex y Ander salen sonrientes, Pedro y Lucía riendo. Ibon y Susana caminan cogidos de la cintura, mirándose a la cara y esquivando las escaleras de la entrada por poco.

Nerea suelta su mano y la desliza por la cintura de Mikel. Él imita el gesto y se da cuenta de que la piel que rodea su boca está enrojecida por el roce con su cara, no ha puesto toda la atención que debiera al afeitado de esta mañana. Como siempre que Álex anda cerca, Nerea está pendiente de él. El madrileño parece darse cuenta y le dice algo a Ander al oído. Su hermano se vuelve hacia ellos y suelta una carcajada.

Mikel y Nerea se unen al grupo, que emprende el regreso.

Gorka no sabe a dónde llevan los senderos que salen a los pies de la ermita y serpentean por la montaña. Lleva toda la vida veraneando aquí, pero siempre ha salido de excursión con sus padres o alguien que conoce el camino. A Ander esa confesión no le sorprende lo más mínimo. Por suerte, no hay prisa, y si se pierden pueden usar el GPS del móvil.

—Pues entonces da igual cuál cojamos, ¿no? —dice Álex. Se pone la mano a modo de visera y observa la zona para situarse—. Yo voto por ese de ahí, que empieza cuesta abajo y lo mismo nos lleva de vuelta al pueblo. ¿Vamos?

Nadie protesta y el grupo entero toma el sendero que Álex señala. La primera parte está asfaltada, aunque pronto se convierte en tierra y se llena de zanjas hechas por las ruedas de tractores. A ambos lados crecen hierbajos y arbustos altos, detrás de los cuales se adivinan campos de labranza. Hay un ligero olor a estiércol. No es del todo desagradable.

Ander va dos pasos por detrás de su hermano, algo apartado del grupo. Lleva la cabeza gacha, la vista clavada en el suelo, y de vez en cuando guiña los ojos porque el dolor de cabeza de la resaca aún persiste y el día soleado no ayuda. Los recuerdos de la noche anterior le llegan en escenas sueltas. El jardín, la bebida, los porros, las estrellas. El cuerpo de Pedro contra el suyo. La sensación de no querer levantarse porque no ha estado tan a gusto en su vida. La sensación de saber que está haciendo algo que no debe, aunque no sepa qué.

Y luego la noche, ay, la noche. Ander cierra los ojos con fuerza, como si así pudiera resetear su mente y no recordar lo que ha dicho. No vuelve a beber en la vida, se promete, no sirve para nada, solo para decir estupideces. Ni es asexual, ni gay ni le dan asco las tías. Está haciendo un mundo de un mal polvo, eso es todo. Hasta el mismo Pedro le ha dicho que es normal que no salgan bien las cosas con alguien que no te gusta. Y además, ¿desde cuando sale nada bien a la primera? ¿Cuántas veces le ha contado Álex los desastres que ha vivido él? Ni Leire ni él tenían ni puta idea de lo que estaban haciendo, es normal que...

¿Y el rato anterior? Ese momento con Pedro, los dos acurrucados el uno contra el otro, mirando las estrellas. ¿Eso no significa algo? ¿No significa eso que...?

Tonterías. Un momento entre amigos. Las chicas lo hacen todo el rato, y eso no las convierte en lesbianas. Pedro y él se conocen desde pequeños, es normal. Los tíos también necesitan tocarse, a veces no basta con darse de hostias. Anda que no se ha pasado tardes y noches en el sofá acurrucado contra Álex, viendo una película. A ver si va a resultar ahora que buscar contacto físico es de maricones.

Buscar contacto físico igual no, pero lo a gusto que se ha sentido y la tentación de colarse en el saco de Pedro por la noche para dormir abrazado a él, igual sí.

«No, ni hablar», se dice, y sacude la cabeza mientras sigue concentrado en esquivar los baches e ignora los gritos y las risas de los demás («¿Es esa la voz de Pedro?, ¿con quién ríe?»). Tampoco hay que pasarse, estaba borracho, en esos momentos la cabeza no chuta bien y todo lo que hiciera o pensara no cuenta. Si hasta es atenuante para ciertos delitos, como para no ser atenuante ahora. «Fíjate cómo estabas la noche en que te liaste con Leire —se dice—, he ahí la prueba de que el alcohol no deja pensar».

Pero a la mañana siguiente de lo de Leire, incluso a la media hora de salir de aquel baño, tenía muy claro que había metido la pata. En ningún momento se sintió confuso ni pensó que igual le

gustaba.

«¡Que no!», grita por dentro, e incluso llega a formar las palabras con los labios, que se le escapan en un susurro. Pedro es su mejor amigo, es normal tener momentos íntimos, confiar el uno en el otro, contarse cosas que no compartirían con cualquiera. Es su amigo y punto, joder. No le estaría dando tantas vueltas al tema si no supiera que Pedro es gay. Si se hubiera acurrucado contra Gorka o Mikel, se habría levantado tan contento, sin acordarse de la noche anterior.

Pero se acuerda. Ay, se acuerda.

Joder.

Álex le pasa un brazo por los hombros y lo aprieta contra sí. Ander fuerza una sonrisa. Sabe que terminará contándole todo lo que le agobia tarde o temprano, pero no ahora. Antes tiene que entenderlo él.

—Qué callado vas —le dice su hermano en voz baja, la cara muy cerca a la suya—. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—Estoy de resaca, sin más. Creo que el bocata me ha revuelto la tripa.

—¿Seguro que es la resaca y no otra cosa? —insiste Álex con malicia.

—¿Qué otra cosa iba a ser?

Su hermano señala con la barbilla a Pedro, a la cabeza del grupo con Lucía. Están recogiendo algo al borde del sendero, algún tipo de flor o hierba, y se la tiran el uno a la otra cuando se llenan las manos. Son sus risas las que ha oído antes.

—¿Ha pasado algo con Pedro? Anoche, en el *txoko*..., ¿hicisteis algo?

Su hermano habla en voz baja y están muy lejos del grupo, pero a Ander le da la sensación de que sus palabras retumban en el espacio abierto. Hace un gesto con los hombros para quitarse el brazo de Álex de encima.

—Pero ¿qué dices, tío? ¿Qué coño va a pasar?, ¿tú estás loco?

—Perdona, no he dicho nada. —Álex levanta las manos en señal de rendición—. Es que..., no sé, estáis raros los dos. Normalmente estáis todo el puto día juntos, y hoy parece que os deis calambre. Y como anoche os vi tan a gusto en el jardín...

—Anoche estaba borracho —se apresura a decir Ander—. A partir de la cena casi ni me acuerdo.

—Pues no parecías estar tan mal. Te vi mejor que aquella noche en la que caíste con... la que tú ya sabes, y de eso sí te acuerdas.

—Pero ¿qué más da que me acuerde o no? ¿Que no ha pasado nada, coño!

—Si sabes que no ha pasado nada, es que sí te acuerdas. —Ander abre la boca, pero Álex levanta las manos tan rápido que no le da tiempo a protestar—. Perdona, no he dicho nada. Lo siento, olvídale.

Ander se siente temblar. Quiere echar a correr, encontrar un rincón desierto donde gritar y echarse a llorar sin que nadie lo vea, sacar lo que quiera que sea que arde en su interior y lo está comiendo por dentro. Teme que, si no lo hace, va a empezar a repartir hostias a quien más cerca esté, que de momento es Álex. Sabe que nada es culpa de su hermano, pero tampoco lo es suya y se lo está tragando igual. Saca la botella de la mochila y da un trago de agua. No le sirve de nada.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras, ¿no? —le dice Álex—. Cuando te apetezca, o cuando se te pase lo que quiera que te esté pasando.

Ander no contesta, se limita a avanzar por el sendero como un autómata.

—No te guardes las cosas, Ander, no intentes pasarlo tú solo. Te lo digo por experiencia. Lo mejor que puedes hacer es contarlo.

—¿Contar el qué? —Su voz sale más alta de lo que pretendía—. ¿Qué es, según tú, eso que me

estoy guardando dentro, listo de las narices?

Álex se detiene en mitad del sendero. No son la cola de la excursión y los que vienen detrás no van a tardar en alcanzarlos. Ander se para también. Ve en la cara de su hermano una expresión que no le ha visto nunca, una mezcla entre pena y enfado, pero se le pasa enseguida. Su voz suena como la de un adulto, tan severa como su gesto.

—Eso es algo que me tienes que decir tú a mí. Pero primero te lo tienes que admitir a ti mismo, no voy a ser yo quien te lo diga.

—¿Que me diga qué? —insiste Ander. «Dilo —le pide por dentro—. Dilo, dilo tú, porque yo no puedo».

Álex abre la boca, pero justo entonces Gorka los alcanza, rojo como un tomate y con cara de querer pegar a alguien. No capta la tensión entre ambos.

—Ni puta idea —dice cuando llega a su altura—. Mikel no tiene ni puta idea. El tío se ha leído un libro de autoayuda y me ha metido una bola como una casa, porque nada de lo que me ha dicho funciona con esta tía. ¡Joder!

Ander sostiene la mirada de Álex unos segundos más, hasta que se da cuenta de que él no va a bajarla y termina volviéndose hacia Gorka. Su amigo no hace más que mirar hacia atrás, por donde se adivina la figura de Leire. Ander finge una sonrisa. Empieza a andar. Los otros dos lo siguen.

—A ver, ¿qué has hecho tú ahora? —le pregunta a Gorka, aunque le importa bien poco la respuesta.

Álex camina a un par de pasos detrás.

—Todo. Todo lo que me ha dicho Mikel, lo he hecho todo. Le he hecho cumplidos, le he dicho lo guapa que es, me he interesado por sus gustos y sus *hobbies*, por los libros que lee... Joder, me ha ido a tocar la tía que no lee, no ve películas y no tiene *hobbies*. ¿Cómo la engatuso?

—Siempre puedes emborracharla, como te dijo Mikel —dice Ander sin pensar.

—El recurso cobarde de quien no tiene más —apunta Álex. Su tono no es de broma.

Ander evita mirar hacia él.

—¿Y qué crees que hice anoche? —sigue diciendo Gorka sin darse cuenta de que Álex no se dirige a él—. Por eso estaba ella tan pedo, porque no hacía más que pasarle bebidas. Me faltó echarle un *rufi* en el cubata, macho, no se me ocurre otra manera.

—¿La única manera que se te ocurre es drogarla y violarla mientras esté inconsciente? —Álex se enfrenta a Gorka con dureza—. ¿En serio? ¿No puedes pensar en ninguna otra?

—¿Quién habla de violar? Yo no he dicho nada de violar. Solo he dicho que nada de lo que he intentado hasta ahora funciona.

—O sea, que te ha dicho que no. Déjala en paz e inténtalo con otra.

—¿Con quién, si están todas pilladas? —La voz de Gorka es casi un gemido lloroso. Ander no puede aguantar la sonrisa ante su desesperación—. Nerea con Mikel, Susana con Ibon, Lucía contigo... Solo queda ella.

—Y tienes que pillarte a alguien este fin de semana sí o sí, ¿no? Volver a casa virgen sería un fracaso.

—¡Exacto! ¿Cuándo voy a tener otra oportunidad como esta? La casa para nosotros, sin padres, con chicas...

Ander suelta una carcajada. El sarcasmo nunca ha funcionado con Gorka.

—En el viaje de fin de estudios —le dice—. Van a ir más tías, habrá alguna soltera que no te diga que no ochocientos veces.

A Gorka se le ilumina la cara.

—Hostias, es verdad, no me acordaba del viaje de cuarto. ¿Sabéis quién va a ir? De tías, digo.

—De tías, ni idea. —Álex le pasa el brazo por los hombros—. Pero si quieres puedes compartir cuarto conmigo. De hecho, si sigues empeñado en perder la virginidad este fin de semana, te puedo echar una mano sin necesidad de que me emborraches. Mi respuesta es sí, siempre es sí.

La cara de Gorka se vuelve de un violento tono fucsia. Ander ríe con ganas cuando Álex le estampa un beso en la mejilla. Gorka termina riéndose también.

El grupo que va delante se ha parado frente a un riachuelo a sacar fotos. Pedro y Lucía hacen poses ridículas en el agua, con Susana de fotógrafa e Ibon intentando empujar a Pedro dentro del arroyo. Ambos tienen los pantalones empapados hasta medio muslo, a pesar de que el agua apenas les llega por los tobillos. Parece que han conseguido tirar al otro más de una vez.

—Pero qué gansos sois —les dice Álex con una sonrisa de oreja a oreja—. Veréis qué catarrazo os vais a pillar como os dejéis la ropa así de mojada. Para la vuelta queda un trecho, ¿eh?

—A ver, ¿quién ha sido el capullo que se ha traído a su madre? —jadea Pedro, que forcejea con Ibon para intentar sentarlo en el agua—. Pensaba que veníamos solos.

—Y yo pensaba que venía con gente de mi edad, no con niños de cinco años. —Álex cruza los brazos en el pecho mientras Pedro logra por fin tirar a Ibon al agua.

Sin hacer ruido, Ander se coloca detrás de su hermano y le da un empujón que lo hace caer junto a Ibon. El grito de Álex se confunde con las carcajadas de los demás, que se amplifican cuando Gorka empuja a Ander. Los dos hermanos se salpican entre risas.

La ermita queda ya lejos, lo que es una suerte porque así nadie puede oír el escándalo que han montado. El siguiente cuarto de hora lo pasan empujándose y salpicándose todo lo que pueden, gritando como niños pequeños. Ibon incluso llega a meter la cabeza debajo del agua, y más de uno termina sentado en el cauce. Ander forcejea con Pedro y ambos caen de rodillas en una zona arenosa; Pedro coge un puñado de arena y se lo cuela por el cuello de la camiseta, y Ander intenta hundirle la cabeza en el agua como venganza. Hasta Susana termina empapada, por mucho que grite que ella es la fotógrafa y que si le mojan el móvil va a matar a alguien. Nerea, Leire y Mikel son los únicos que no participan. Nerea los contempla con el ceño fruncido y gesto de asco; Leire está deseando que alguien la empuje para unirse al grupo, y en la cara de Mikel se puede ver las ganas que tiene de formar parte de la diversión y al mismo tiempo seguir con Nerea en la orilla.

—Ya vale, ¿no? Que ya me he duchado esta mañana, no me hace falta otro baño hasta el mes que viene —dice Pedro, casi sin respiración, mientras sale del río. Álex le lanza un último puñado de agua—. ¡Cabrón! ¿Cómo era eso del catarro que nos íbamos a pillar?

—Me gusta el riesgo, quiero morir joven. —Se ríe Álex.

Poco a poco todos salen del arroyo y retoman el camino de vuelta.

Aunque no hace mucho frío y el día es soleado, la más leve brisa los hace tiritar. Gorka los conduce de vuelta por un sendero que rodea el monte. Le cuesta convencer al grupo de que lo sigan porque ninguno de ellos se fía mucho de sus dotes de orientación, pero al final todos terminan obedeciendo. Ander comprueba en el móvil que, efectivamente, van en la dirección correcta, y a su vez alucina porque no se le haya estropeado al mojarse. Tiene barro por toda la ropa y chapotea en sus botas de monte. Se sacude lo que puede con la mano. Pedro, a su lado, se ríe.

—También tienes un pegote en la cara. No, ahí no, en la otra mejilla.

—Estoy pensando en cómo voy a explicar esto cuando llegue a casa y mi madre vea la ropa —se queja Ander divertido—. Ni los cerdos en la pocilga, vamos.

—Pon tú la lavadora para que no la vea. Así, además, parecerás responsable de tus cosas.

—Entonces sí que se mosquea del todo.

—También es verdad. Igual podemos poner una lavadora en casa de Gorka.

—¿Y llevar la ropa mojada en la mochila?

—Tú sabrás qué te va a dar más problemas. En mi casa me lavo yo la ropa, no se van a dar ni cuenta.

—Ya, los cojones.

El peso que ha acompañado a Ander durante su breve charla con Álex se ha quedado en el arroyo. Está agotado después de hacer el payaso, pero se siente mucho mejor que a la ida. Pedro y él charlan a solas con la misma facilidad de siempre, como dos amigos que piensan igual y se conocen bien. Ir junto a él es tan natural como ir con Álex, o con su madre o con Martín. Cuando te gusta alguien, no. Cuando te gusta alguien sientes mariposas en el estómago, no te salen las palabras y solo dices tonterías. Ir junto a Pedro con esa tranquilidad le demuestra que lo de anoche fue normal. Acurrucarse con un amigo. Charlar de sus cosas. Mostrar aprecio por una persona que te cae bien. Y ya.

Ibon y Susana se han quedado descolgados por detrás esta vez. Álex, Lucía y Gorka van en cabeza, seguidos a pocos pasos por Leire, que se ha quedado descolgada y a quien ni Gorka hace caso ya. Nerea y Mikel van detrás de ella y delante de Ander y Pedro. Esos dos llevan un buen rato deleitándose con los rituales previos al apareamiento, y Ander no sabe si reír o gritarles que se escondan entre los arbustos y hagan lo que tengan que hacer de una vez, pero en privado, coño. Se hacen cosquillas, se dan pellizcos, juegan a pillar, se meten la lengua hasta la garganta... Todo aderezado con los gritos de Nerea (menos lo de la lengua en la garganta, claro), tan agudos que espantan a los pájaros.

—¿Se supone que eso os gusta? —le pregunta Pedro en voz muy baja—. Los grititos, el tonto... Me está poniendo malo.

—A mí también —admite Ander—. No creo que le guste a nadie. No sé quién les ha dicho a las tías que tienen que parecer niñas de ocho años para gustarnos.

—Es parte de ser chica. El manual de instrucciones de las tías indica claramente que a partir de los doce años han de volverse tontas para gustar a los tíos.

—Como te oiga tu madre, te apalea.

—Ya lo dudo, me lo dijo ella.

Ander tropieza en un bache y pierde ligeramente el equilibrio hacia la izquierda, donde está Pedro. No va a caerse, y Pedro no hace amago de sujetarlo, pero sus hombros chocan un instante y sus manos se rozan. Y durante un segundo, quizás dos, su dedo índice busca un dedo de Pedro, lo encuentra, lo enlaza, y una bola que nunca había estado ahí taponaba su garganta hasta cortarle la respiración. Y al mismo tiempo que vuelve a encontrar la manera de respirar de nuevo y da el paso que necesitaba para alejarse de Pedro, se da cuenta de dos cosas: que ahogarse, a veces, puede ser placentero, y que enlazar el dedo de alguien entre los tuyos es algo que nunca haces con un amigo.

Pedro no anda. Pedro levita.

Las imágenes de los astronautas andando en la Luna cobran sentido. Cada paso que da le hace elevarse, como si el aire entre sus pies y el suelo fuera tan denso que le costara segundos atravesarlo y volver a apoyarse en la tierra. Lo único que le impide hacer piruetas en el vacío es su deseo de no llamar la atención. No le apetece explicar por qué de repente se ha vuelto casi gaseoso, o por qué tiene unos deseos locos de gritar y reírse al mismo tiempo.

Además, hacer piruetas lo separaría de Ander, y eso no, eso nunca. Porque es justo su presencia la que lo vuelve ingrávido y no quiere perder esa sensación.

El sendero no tiene tantos baches como para que se tropiecen tanto y pierdan el equilibrio tan a menudo que terminen siempre rozando el brazo del otro. Al principio Pedro ha pensado que la resaca ha afectado el equilibrio de Ander, pero entonces sus dedos se han entrelazado y eso no hay resaca que lo explique. Su mente va a mil por hora y hace caso omiso de la vocecilla que, desde algún rincón de su cabeza, le dice: «Tranquilo, no flipes, no alucines, que lo mismo sigue borracho, que se te va la olla, macho, qué haces». Pero no es eso. Pedro lo sabe, lo nota en ese estómago que ya no es sólido, en las mariposas que se empiezan a convertir en aguiluchos por lo menos, porque no es normal sentir todo lo que está sintiendo cada vez que el codo de Ander choca contra el suyo. La voz puede decir misa, pero él sabe que no son cosas tuyas, que ahí hay algo, que no se lo está imaginando. Lo de anoche en el *txoko* ha sido solo una avanzadilla, una promesa de lo que podía pasar. Aquí, en este sendero, empapados hasta el cuello, está la continuación de esa conversación.

La vocecilla se ríe. «No flipes, tío».

¿Que no? Limitémonos a los hechos.

Hecho número uno: ante la opción de elegir a Gorka o Álex, prefiere ir con él, y eso que Álex lo ha llamado dos veces para que comparta las desventuras de Gorka y reírse juntos de él un rato. Hecho número dos: aunque hablan con la normalidad de siempre, cuando sus miradas se encuentran Ander la sostiene un par de segundos y luego la baja, sonrojado. Hecho número tres, y el más importante: ha hecho amago de cogerlo de la mano. Y no, no son imaginaciones tuyas porque lo ha hecho tres veces durante el trayecto. Él también ha alargado la mano en una ocasión y Ander ha sujetado sus dedos un segundo. Se muere por cogerlo de la mano del todo, como se cogen Ibon y Susana, pero no pueden, todavía no. No cuando ni siquiera son capaces de mirarse a la cara mientras juegan con los dedos.

Pero lo ha cogido de la mano, lo ha cogido de la mano, lo ha cogido de la mano.

El paisaje ha cambiado desde que subieran un par de horas antes. Donde antes había monte corriente, con piezas de labranza salpicadas aquí y allá, ahora Pedro ve un horizonte montañoso de cumbres moteadas de blanco y respira este aire limpio que parece entrar en sus pulmones con más facilidad que el de Vitoria. El día es perfecto, despejado y fresco sin ser frío (ni su ropa empapada lo hace tiritar, aunque tiembla, vaya si tiembla), y hasta la gente que lo acompaña le parece más simpática, más guapa, más amable. Ve a Leire en el sendero, sola, y se promete que va a intervenir para que ella y Gorka terminen juntos este fin de semana. Hasta Nerea le parece maja y se alegra de verla con Mikel, tan acaramelados que en cualquier momento se van a ir de morros al suelo por no mirar dónde ponen los pies. Pedro tiene tanta felicidad dentro de sí que quiere

compartirla con quienes lo rodean. Se siente una fuente inagotable de amor hacia los seres vivos, incluso a los que en otras ocasiones ha deseado, si no los peores males que la vida pudiera traerles, sí muy lejos de él.

Cómo necesita gritar, madre. Gritar, saltar, correr, dar volteretas. Algo.

El resto del grupo, sin embargo, parece haber acabado con su reserva de energía. El regreso es más largo que la ida, pero también es cuesta abajo, no debería costarles tanto avanzar. Gorka es el único que parece tener prisa por llegar y se mueve como un perro labrador de paseo por el monte: avanza varios metros él solo y luego vuelve atrás a meter prisa a la cabecera del grupo, que lo ignora y sigue con su marcha pausada. Su mirada recae en Leire cada vez que regresa y, como si hubiera mirado al sol de frente, guiña los ojos con expresión de dolor antes de colocarse junto a Álex y volver a acelerar sin darse cuenta. Álex no le dedica ni una mirada, demasiado ocupado en hablar con Lucía. Pedro no recuerda haberlos visto hablar nunca en el instituto, pero las cosas parecen haber cambiado mucho para ellos también.

También. Para ellos *también*.

—Pobre Gorka —dice Ander con una media risilla. Pedro siente el corazón acelerado en su pecho—. Le han chafado su plan de pillar cacho este fin de semana. De verdad, hay algunas que no tienen corazón.

—Ya te digo. Y el chico es majo, encima, y está bastante bueno. No sé qué buscan las mujeres.

—Me da a mí que va a tener algo que ver con su personalidad. Con nosotros es muy majo, pero con las chicas es un poco insoportable. O eso me ha parecido las veces que le he oído hablar con alguna.

—No tiene filtro, ¿verdad? —Se ríe Pedro—. Dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Le falta babear. Ni eso, porque anoche se le caía la babilla por la comisura del labio. Qué tonto es a veces.

Ríen a la vez, sin dejar de andar. Los pasos de Ibon y Susana, que han estado oyendo tras ellos todo el camino, ahora suenan muy lejos, igual que sus voces. Pedro no gira la cabeza para ver si los siguen. Imagina lo que están haciendo y no le apetece quedar como un cotilla. El brazo de Ander roza el suyo. Lo mira con una media sonrisa.

—¿De verdad te parece que está bueno? —le pregunta. Su tono es divertido, como su gesto, pero hay algo que no termina de encajar entre ambos. Parece estar fingiendo una naturalidad que no siente—. Gorka. ¿Te parece que está bueno?

Pedro trata de volver a evaluar a Gorka de espaldas. Si ya de normal va hecho un desastre y tiene tendencia a ponerse la ropa del revés o a llevar la camiseta a medias por dentro y fuera del pantalón, en este momento, cubierto de barro de los pies a la cabeza, parece un ser mitológico recién salido de alguna laguna fantástica.

—Hombre, ahora mismo no mucho —contesta con un mohín, y Ander se ríe—. Pero por lo general sí, me parece un tío muy guapo y está bastante bueno. Es alto, tiene espaldas anchas, unos ojos muy bonitos.

—Pues nunca te he visto tontear con él.

Pedro lo mira divertido.

—¿Para qué? Él no es gay, no tengo nada que hacer. Mira Álex, que no hace más que echarle fichas y el tío sigue sin caer. Además, no me gusta.

—¿Cómo que no te gusta? ¡Si acabas de decir que está bueno!

—Pero es Gorka. Le he visto comerse los mocos y pegar los que no podía comerse bajo la mesa. Enseñarles el culo a las chicas cuando éramos críos. Comer espaguetis y llenarse la cara de tomate. No, no te rías, ¿tú le has visto comer? Da tanto asco que pierde todo el morbo. Aparte de

quitarte el hambre.

Ander se queda pensativo, la sonrisa aún bailándole en la cara.

—¿Y Álex? —insiste.

—Álex, ¿qué?

—¿Te parece que está bueno?

Pedro asiente con la cabeza. No tiene muy claro por qué le está preguntado todo esto, pero el estómago se le ha solidificado y las mariposas ahora parecen bolas de fuego.

—¿Te gusta?

Pedro duda un segundo antes de negar con la cabeza. Ander tropieza con una piedra y choca contra él con todo el costado. Pedro está convencido de que tiene que oír el palpitir de su corazón desde tan cerca, porque lo tiene desbocado y es lo único que él oye.

—Pues con Álex no tienes excusa —dice Ander en voz muy baja—. Él caería fijo. Más de una vez me ha dicho que le pones.

—Ah, ¿sí? —Pedro mira a Ander para ver si le está tomando el pelo. Comprueba que ha perdido gran parte de su sonrisa—. Venga ya, te lo estás inventando.

—No. Más de una vez me ha dicho que no le importaría que pasara algo, pero que sabe que contigo no tiene nada que hacer.

—¿Cómo que no tiene...? ¿Por qué ha dicho eso?

Ander se encoge de hombros y baja la vista. Pedro sabe que no le está diciendo toda la verdad y espera a que siga hablando, sin atreverse a interrumpir.

—O sea, que sí que te gusta. Un poco, por lo menos, porque te ha sentado mal lo que te acabo de decir.

—No me ha sentado mal, me ha sorprendido. Nunca he sido borde con él ni lo he tratado mal para que piense que... Bah, da igual, tiene razón. Pero no sé cómo lo sabe.

La voz de Ander le llega en un susurro:

—Está convencido de que te gusta otra persona.

Pedro traga saliva y mira hacia delante. Se ha vuelto a solidificar y convertir en un ser pesado a merced de las fuerzas de gravedad, ahora mucho más que antes, porque le cuesta arrastrar las piernas con cada paso, como si de la Luna hubiera pasado a ser un habitante en Júpiter. Su tripa parece pesar tres veces más de lo normal y amenaza con lanzarse al suelo en cuanto deje de dar volteretas en su interior. Le tiemblan las rodillas y la barbilla. Nunca hubiera pensado que aquellas dos partes del cuerpo estuvieran comunicadas.

Es tan fácil como decírselo. Mover ficha. Confesar lo que siente por él y ver qué pasa.

Ahora o nunca.

—Sí —se oye decir, la mirada aún fija al frente, las manos en los bolsillos para no delatar cuánto le tiemblan.

No es capaz de decir nada más.

Ander cambia de postura junto a él. Se yergue y su paso es más firme, la barbilla apuntando hacia delante en lugar de hundirse en su cuello. Pedro lo mira de reojo y nota la suave curva de sus labios en una sonrisa extraña, la sonrisa de alguien que ha recibido la respuesta que quería.

«Vale, sí, quizás tenías razón —dice la vocecilla—. Pero haz algo, imbécil. Haz algo».

Saca las manos de los bolsillos. Mira hacia atrás y no ve ni rastro de Ibon y Lucía. Sin titubear, en un movimiento decidido, coge la mano de Ander y entrelaza todos los dedos con los suyos. Ander se vuelve a mirarlo y Pedro le aguanta la mirada los tres eternos segundos que dura. Siente su apretón en la mano y vuelve a mirar al frente.

Hacen el resto del recorrido en silencio y sin soltarse.

El grupo se dispersa en cuanto llegan a la casa. Gorka va directo a la cocina y se pone manos a la obra con un cartón de vino y una botella de Coca-Cola para prepararse un *kalimotxo*, de espaldas a todos. Lucía y Álex colocan una de las sábanas sobre las que han dormido en el sofá para poder sentarse sin mancharlo y seguir su conversación. Leire mira a uno y otro lado, duda un momento y anuncia que se va a la ducha, aunque nadie contesta. Nerea tira de la mano de Mikel para que se siente junto a ella en el sofá contiguo al de Álex y Lucía. Empiezan a meterse la mano y la lengua hasta el píloro antes de que sus traseros toquen el asiento. Ibon y Susana, que llegan los últimos, van directos a su habitación sin decir nada a nadie. Pedro se ha quedado en mitad del salón mirando este baile, y le cuesta un rato darse cuenta de que él y Ander son los únicos que no han encontrado su lugar en esta extraña coreografía.

—¿Queréis un *kalimotxo*? —les dice Gorka desde la cocina. Su mirada pide a gritos que le hagan compañía, y Ander y Pedro se acercan a él.

—No, gracias, todavía estoy digiriendo el de anoche —dice Ander. Hace amago de sentarse en una silla, pero se da cuenta de lo sucio que está en el último momento y no quiere mancharla de barro—. Pero échame un poco de Coca-Cola en un vaso, porfa.

Gorka se la sirve. En el salón, Álex y Lucía se levantan del sofá, la una riendo y el otro murmurando por lo bajo. Pedro mira a Álex y trata de preguntarle qué pasa con un gesto. Él le señala con la cabeza el otro sofá, donde Nerea y Mikel están a punto de dar un espectáculo que debería ser privado.

—Me voy a echar un cigarro al jardín —dice.

—Pero si tú no fumas —replica Ander, el ceño fruncido pero una sonrisa divertida en la cara.

—Hoy es un buen día para empezar —le contesta su hermano y desaparece por la puerta del jardín con un resoplido.

Lucía tiene tal ataque de risa tonta que apenas puede hablar.

—Me doy a duchar al otro baño —consigue decir al fin—. Tengo barro hasta en..., bueno, en todas partes.

—No hace falta que nos des detalles, gracias. —Pedro finge un gesto de asco.

Gorka, que en cualquier otra ocasión habría aprovechado para soltar una barbaridad, no dice nada.

Del sofá les llega un sorber de babas que arranca un nuevo ataque de risa de Lucía. Coge su mochila y desaparece en dirección al baño. Gorka deja el vaso vacío sobre la mesa. Se ha bebido el *kalimotxo* de un solo trago.

—Me voy a mi cuarto —dice sin mirar a nadie.

En cuanto enfila el pasillo, Ander y Pedro ríen por la nariz, con la boca cerrada. Nerea y Mikel ni se inmutan.

—Necesito quitarme esta ropa, estoy empapado —dice Pedro—. Creo que yo también tengo barro hasta en las orejas.

—Sí sí, las orejas. —Ander deja su vaso en el fregadero—. A mí se me ha metido por recovecos por donde nunca ha entrado nada hasta ahora. Menos supositorios cuando era un crío.

Pedro se ríe, una risa histérica que no reconoce como suya.

El *txoko* le parece aún más estrecho que la noche anterior. Desde luego, como dormitorio deja mucho que desear, porque aparte de los colchones no cabe casi nada más. Ellos y sus mochilas sobrepasan el aforo, y cambiarse de ropa uno junto al otro es misión casi imposible. Pedro recibe

dos codazos involuntarios de Ander y él le atiza otros dos. Ambos se piden perdón como si fueran extraños zarandeados en el autobús, algo que no han hecho nunca. Pedro le lanza un empujón a propósito que hace que Ander se estrelle contra la pared.

—Tío, mira por dónde andas, qué torpe eres, coño —le dice en el tono serio que reserva para sus mejores bromas.

Ander se queda confuso pero enseguida se echa a reír. Le devuelve el empujón y siguen sacando la ropa que necesitan, repartiendo los mismos codazos que antes sin decir nada sobre ellos.

Pedro se muere por una ducha, pero los dos baños están ocupados. Decide ponerse la ropa del día anterior hasta que le llegue su turno.

—Lo de Nerea y Mikel no tiene nombre, ¿eh? —dice Ander mientras se quita el jersey y la camiseta llenos de barro. Pedro prefiere no mirar—. Más lo de Nerea que lo de Mikel, que al final a él le da igual todo con tal de pillar cacho. Pero ella..., tela.

—¿Por qué lo dices? —Pedro se cambia de espaldas a Ander, no para que él no lo vea, sino para no ver él a Ander—. A mí me parecen tan babosos como Ibon y Susana, sin más.

—Qué va, no es lo mismo. Nerea se ha liado con Mikel solo por desquitarse con Álex. Si no está Álex delante, ni se le acerca. ¿Te has dado cuenta de que siempre se morrea con él cuando Álex puede verlos?

—No entiendo lo de desquitarse. Le daría celos si a él le gustara ella, pero él pasa olímpicamente, ¿no?

—Lógica femenina, yo qué sé. Tío, son de otro mundo.

Pedro se vuelve ya vestido. Ander estaba terminando de atarse los pantalones.

—Cuando oigo todo esto de las tías, sus venganzas y sus celos, me doy cuenta de la suerte que tengo por ser maricón. De la que me he librado.

—¿Por qué haces eso? Lo de llamarte maricón a ti mismo, digo. Seguro que si te lo dice otra persona, le partes la boca.

—Depende de quién sea. Prefiero que me llamen maricón a que me llamen imbécil. Lo primero es verdad, lo segundo no.

—Yo te llamo imbécil todo el rato, y conmigo nunca te has enfadado.

—Porque tú puedes. Y maricón también, si quieres.

Ander se queda mirando a Pedro cuando termina la frase. Hay algo en su mirada que Pedro no ha visto nunca, una intensidad que no reconoce. Están tan cerca que puede contar las pequeñas pecas que aún tiene alrededor de la nariz y ver el vello que oscurece su labio. La parte de su cerebro que controla sus movimientos deja de funcionar y lo poco de cordura que le queda observa desde fuera cómo se inclina hacia Ander, cómo recorre esos centímetros que los separan, hasta que sus labios se juntan, los ojos se cierran y la boca de Ander se abre para aceptar la suya y dejar que sus lenguas jugueteen como antes han hecho sus dedos. Pedro pierde la noción del tiempo y se deja vencer por el deseo, sin pensar en lo que está haciendo, consciente solo de que Ander no se aleja, no se separa. Cinco segundos, cinco minutos, una vida entera. No sabe cuánto dura ese beso, solo quiere que no acabe.

Pero lo hace. Con un grito ensordecedor que les hace dar un brinco a los dos.

Pedro está tan desorientado que por un momento piensa que el grito ha sido en el mismo *txoko*, que alguien ha abierto la puerta y los ha visto. No es así. El grito, que viene de algún punto de la casa, va seguido por una risa histérica que reconoce inmediatamente como la de Leire.

Ander da un paso para alejarse de él. La distancia física es mínima, pero el gesto los separa kilómetros.

—¿Qué ha sido eso? —dice.

—Leire —contesta Pedro—. A saber qué ha hecho ahora.

—Igual le ha pasado algo.

—Se ha reído, no puede ser nada grave.

—Igual deberíamos... —Ander se dirige a la puerta—. Por si acaso.

No lo mira. No lo espera. Abre la puerta y se va a la cocina.

Pedro no lo sigue inmediatamente. Aún guarda el sabor de Ander en su boca, pero se ha convertido en un sabor amargo y el mejor momento de su vida es algo que ahora quiere borrar.

«Idiota —dice la vocecilla de su interior—. Idiota idiota idiota».

Se seca las comisuras de los ojos y entra en la casa. Tiene ganas de vomitar.

Nerea abre los ojos y trata de mirar a su alrededor, pero no puede. Su boca está contra la de Mikel, las manos de él acariciando su espalda bajo la camiseta mientras sus lenguas juegan a pillar. Mover la cabeza significaría romper el beso, así que se limita a mover solo los ojos. Álex y Lucía se han largado hace un buen rato, y ahora también se ha ido el resto. No se ha dado cuenta de que los han dejado solos, aunque sí ha notado un cambio en Mikel desde hace unos momentos, un ansia desmedida que había controlado hasta ahora. Hace amago de separar su cara de la de él, pero él la vuelve a buscar. Está intentando soltar el enganche de su sujetador. Eso es más de lo que ella tiene intención de darle.

Mucho menos sin Álex delante.

—Para, Mikel, para —le dice con ese tono susurrante que tan bien le suele funcionar—. Estoy sudada y apesto, tengo que darme una ducha.

Pero Mikel no para. Ha conseguido soltarle el enganche y ahora sus manos avanzan hacia el frente.

—Para, no, ahora no. ¡Mikel, vale ya!

La bofetada le sale por instinto. Es la primera vez en su vida que pega a alguien, y se ha sentido extrañamente poderosa, aunque sabe que no le ha hecho daño. Mikel desiste por fin. Ella se aparta unos centímetros.

—Pero ¿qué te pasa a ti ahora? —le dice enfadado. Su voz truena. Nerea parpadea por la impresión—. Antes has dicho que cuando llegáramos a casa nos liábamos, ¿no? Ya estamos en casa, ¿a qué quieres esperar ahora?

Nerea se ata el sujetador por debajo de la camiseta sin darle la espalda. No le gusta el Mikel que tiene delante, no tiene nada que ver con el chico que le ha cogido de la mano esta mañana; el de ahora parece uno de los personajes de esas películas que dan en televisión después de comer, el malo que manipula a la chica, o que la secuestra, o que... Nerea intenta no mirar hacia abajo, pero sabe que el pantalón de Mikel está a punto de estallar y le está dando mucho asco. Nunca ha tenido intención de acostarse con él, ni siquiera con Álex. Ella no es una de esas tías que lo da todo gratis y luego se queja de que los tíos no la vuelven a llamar. Con Nerea los tíos tienen que hacer mucho más esfuerzo, no vale un calentón en un baño público.

O en un sofá.

Nerea sacude su melena hacia atrás y ladea la cabeza. Sonríe coqueta y habla con voz de niña pequeña. A los tíos eso les pone.

—Las cosas buenas siempre se hacen esperar, ¿o no lo sabes ya? —Le guiña un ojo y se levanta del sofá. Da un rodeo para no pasar junto a él cuando va hacia el pasillo—. Voy a darme una ducha, huelo a tigre. Luego estamos.

—Las duchas están ocupadas —le dice él con una voz átona que parece la de un alumno contestando en clase de memoria.

—Estarán a punto de acabar, ya llevan un rato. Voy a ir preparando las cosas.

Casi ha salido del salón cuando oye con claridad la última palabra de Mikel:

—Calientapollas.

Nerea se para en seco y se da la vuelta. Puede ver la parte de atrás del sofá, desde el que Mikel la mira, un brazo en el respaldo, serio.

—¿Qué has dicho? —pregunta. Nada de voz de niña, nada de coqueteo. Sabe que se ha puesto roja. Odiaba esa palabra.

Mikel no contesta. Se limita a mirarla hasta que ella decide irse a su habitación.

«Idiota idiota idiota —se dice una y otra vez en su cuarto, dando vueltas en el espacio libre entre su cama y la de Leire—. Boba, imbécil, idiota, a quién se le ocurre liarse con Mikel, sabías desde el principio qué tipo de tío era, lo lleva escrito en la frente. Qué bien ha funcionado tu plan de darle celos a Álex, Nerea, de puta madre, chavala. Solo a ti se te ocurre liarle con alguien así, que va a tardar medio segundo en empezar a contar mentiras sobre ti, aunque no haya pasado nada, porque la culpa es tuya, idiota, imbécil, tonta, por seguirle el juego y hacerle creer que va a pasar algo más en cuanto lleguemos a casa».

Esa forma de mirar. Esa ansia. Joder, casi se lo montan en el sofá delante de todo el mundo.

Nerea toma aire, cierra los ojos y lo deja escapar lentamente. La cara de Mikel mirándola desde el sofá es imborrable, incluso con los ojos cerrados. Los vuelve a abrir.

No hay nada en su armario que quiera ponerse después de la ducha. Necesita un saco, una blusa ancha, pantalones que no le marquen nada, una falda de abuela, cualquier prenda que la haga parecer gorda e informe, que oculte sus curvas, que le diga bien a las claras a Mikel que no, que no quiero nada contigo, que paso, que solo quiero tirarme en el sofá y comer helado, como en las películas. Pero todo lo que se ha traído es ajustado y con escote, no tiene ropa así de poco favorecedora ni en casa, ni para tirarse en el sofá. Tendrá que pedirle algo a Leire. En cuanto vuelva de la ducha.

A ver cómo se lo explica, porque tiene claro que no va a decirle la verdad.

Ella no se ha metido en el río con los demás, pero tiene los pantalones empapados igualmente. Siente la tela pegada a su piel y le está dando mucha dentera, así que se los quita mientras sigue buscando en el armario qué ponerse. Está de espaldas a la puerta cuando la oye abrirse y cerrarse. Leire ha tardado mucho menos de lo normal en ducharse, le suele costar media hora.

Las manos de Mikel en su cadera la hacen dar un respingo y se da la vuelta de golpe. La cara de él está a apenas dos centímetros de la suya.

—¡Mikel! ¿Qué haces aquí? Llama por lo menos, ¿no? Te he dicho que venía a cambiarme.

—Perdona —dice él con una sonrisa casi infantil—. Me he pasado. No tenía que haberte dicho eso. Es que... me gustas mucho, y cuando me has cortado tan de golpe...

—Mikel, sal de mi cuarto, por favor. —Nerea coge sus manos y trata de separarlas de ella, pero él aprieta más fuerte—. Me estás haciendo daño. Sal de mi cuarto.

—No puedes prometer algo y luego no cumplirlo, Nerea —sigue hablando en tono calmado, dulce, casi cariñoso—. Yo no te he pedido nada, has sido tú quien me ha asegurado que íbamos a estar juntos cuando llegáramos a casa.

—No te he prometido nada. —Nerea continúa forcejeando, pero él es más fuerte y no cede ni un milímetro—. No te he dicho que fuéramos a hacer nada en casa.

—Sí, sí lo has dicho, claro que lo has dicho. ¿Por qué me mientes?

Nerea traga saliva. A fuerza bruta ganará él siempre, tiene que cambiar de táctica. Intenta componer su sonrisa de conquista, pero sabe que le sale torcida y aterrorizada.

—¿Qué prisa tienes? —susurra, su voz temblorosa, mientras sus manos siguen intentando apartar las de Mikel—. No me voy a ningún sitio. Tenemos mañana todo el día, nos vamos a ver el lunes, podemos hacer lo que quieras cuando quieras...

—Lo quiero ahora. No tiene sentido esperar cuando hasta te has desnudado para mí.

Los pulgares de Mikel se cuelan por debajo de la goma de las bragas y empiezan a bajárselas. Nerea siente el pánico invadir cada rincón de su cuerpo. Intenta parar a Mikel, sujetarle las

manos, apartarse de él, pero es incapaz. Mikel la empuja contra la pared con tanta fuerza que la deja sin aire unos segundos.

—No —susurra muerta de miedo—. No, Mikel, no, por favor, no.

—Tú también lo quieres —susurra él también, al tiempo que le besa el cuello y termina de bajarle las bragas hasta la mitad del muslo—. Lo estás deseando, no lo niegues.

—No, no quiero, Mikel, por favor.

Nerea hace acopio de todo el aire de sus pulmones, dispuesta a gritar, pero él es más rápido y le tapa la boca con la mano. Ha perdido la sonrisa. Nerea solo puede ver el rictus de un monstruo delante de ella.

—¿Quién te iba a creer, imbécil? —le dice al oído, apenas un murmullo—. Llevas todo el día calentándome, lo ha visto todo el mundo. Lo quieres tanto como yo, no te hagas la estrecha ahora.

Ella se echa a llorar de puro terror. Lo hace en silencio, poniendo buen cuidado en que sus gemidos no se oigan, porque la posibilidad de que Mikel la golpee si grita es muy real. Tiene razón, claro que tiene razón, todos en esa casa piensan que es una puta, y todos en el instituto, por más que nunca haya hecho nada, por más que sea virgen. Pero no quiere, no, no quiere, se lo ha dicho, se lo ha dejado bien claro, no quiere, no no no...

Con la mano que no tapa su boca, Mikel se baja el pantalón. El pánico que la invade es tal que Nerea siente que se va a desmayar. «Mejor —piensa—, así no me entero de nada». Pero no hay suerte y su mente sigue consciente. Cierra los ojos e intenta evadirse, pensar en otra cosa, poner su mente en la habitación de su casa, en las vacaciones de cuando era pequeña, ella y su padre en una montaña rusa...

—Relájate y disfruta, que seguro que te gusta —es lo último que oye antes de que el dolor más agudo que ha sentido nunca la atraviese.

Álex rara vez fuma, pero suele llevar un paquete encima que le dura semanas, a veces meses, y termina repartiendo entre la gente que lo rodea. En Madrid todos sus amigos fumaban y le pegaron la costumbre; en sus peores momentos ha llegado a terminarse una cajetilla al día, incluso algo más aquella vez que desapareció de casa. Claro que aquellos cigarros no llevaban solo tabaco y eran mucho más divertidos que los que van sin manipular, pero aun así llegó a fumar tanto que el sabor a tabaco ahora le da asco. No le gusta el olor en su ropa, en el pelo, en el aliento, y el regusto que le deja en el paladar hace que no merezca la pena encenderse uno.

Pero a veces lo echa de menos. Lo dejó sin ningún esfuerzo, casi sin planteárselo, pero necesita la seguridad de llevar un paquete siempre encima para quitarse el mínimo atisbo de mono que le da de vez en cuando. Uno a la semana, o menos, es todo lo que necesita. Además, la dichosa ley antitabaco le viene de perlas para usarla como excusa y librarse de situaciones que no le gustan, como en este momento. Un minuto más con Nerea al lado mirándolo mientras se morrea con Mikel y le suelta un sopapo.

No ha revisado el móvil en todo el día, pero lo ha sentido vibrar varias veces. Lo saca ahora, los ojos guiñados por el humo del cigarro que sujeta en los labios, y ve que tiene decenas de mensajes. La mayoría son de los varios grupos en los que está metido: compañeros del instituto, amigos que ha hecho desde que llegó a Vitoria. La foto de esta mañana todavía está haciendo la ronda entre sus conocidos, y muchos le felicitan por haber «pillado cacho» con la que, según ellos, es la monja virginal de clase. Álex borra los mensajes sin leerlos y silencia los grupos; su pulgar baila sobre la opción de salirse de ellos, pero al final se echa atrás. La foto pasará, se olvidará, volverá la normalidad, y él no quiere sentirse ajeno a lo que ocurre a su alrededor.

Su padre también le ha mandado un buen puñado de mensajes y Sara otros tantos. Lee primero los de la madre de Ander, porque con los de su padre teme dos reacciones: o le ponen de mala hostia, o le hacen sentir culpable. En este momento, no le apetece ninguna de las dos.

«Eh, rubio, da señales de vida, ¿vale? Ya nos ha dicho Ander que estáis bien, pero queremos saber de ti. Y no me digas que no hay cobertura, que si él puede mandar mensajes, tú también».

«Álex, ya sé que estás mosqueado y probablemente no debería meterme, pero no castigues así a tu padre. Cuando estáis fuera necesitamos saber de vosotros. Llama o manda un mensaje, ¿vale? Di que estás bien».

«En serio, Álex. Por favor. Tu padre empieza a estar preocupado».

Se termina el cigarro y lo apaga contra la pared de la casa antes de echarlo en la lata de Coca-Cola que usaron de cenicero anoche. Deja el móvil en el alféizar de la ventana mientras se enciende otro. Mira la pantalla con recelo antes de cogerlo de nuevo y abrir los mensajes de su padre.

«¿Qué tal habéis llegado? ¿Qué tal está la casa de Gorka? ¿Grande?».

«¿Qué tal habéis pasado la noche? ¿Todo bien?».

«¿Qué vais a hacer hoy?».

«Da señales de vida. Di que estás bien».

«Álex, no puedo cambiar lo que ha pasado. Metí la pata, tenía que haberte dicho la verdad, no me di cuenta de que eras lo suficientemente fuerte para entenderlo, lo siento. Es lo único que puedo decir, lo siento, y sé que es poco, pero estoy dispuesto a decirlo tanto como haga falta. Lo

siento, lo siento, lo siento».

«Dime cómo puedo arreglar esto».

«Entiendo que estés enfadado, pero de verdad te digo que no merece la pena pasarte la vida cabreado conmigo. Solo nos tenemos el uno al otro».

«Te quiero».

Álex exhala una bocanada que le escuece en los ojos. Se coloca el cigarro en los labios y escribe con las dos manos, los ojos entrecerrados para ver mejor a través del humo.

«Todo bien. La noche bien, tranquila».

Duda un momento, la mirada fija en el móvil, antes de seguir escribiendo. Ve que su padre se ha conectado y ya ha leído el mensaje.

«Al final ha venido más gente de lo que creíamos. Gorka ha invitado a alguna chica. No se lo digas a sus padres, no lo saben».

Su padre contesta enseguida:

«No, tranquilo, allá ellos. ¿Qué tal lo estáis pasando?».

«Bien, más o menos. Una de las tías es un poco gilipollas, me está tocando un poco la moral. Igual te llega una foto mía durmiendo con una chica al lado. Ni puto caso, solo hemos dormido uno al lado del otro».

Su padre pone una fila de emoticonos llorando de la risa. Álex sonríe.

«Nada que no haya visto en casa, no te preocupes».

Álex contesta con la misma hilera de caras. Deja los pulgares en el aire unos segundos antes de seguir:

«Mañana hablamos, ¿vale? Pero de verdad. Sin mentiras».

Su padre tarda unos segundos en contestar. En la parte superior de la pantalla se puede leer «Escribiendo». Álex se le adelanta.

«No estoy enfadado. Bueno, sí, pero no contigo. O no del todo».

Espera unos segundos más. La respuesta tarda en llegar.

«Te quiero, Álex, y siento haberte hecho daño. De verdad pensaba que estaba haciendo lo correcto. Mañana hablamos, sí, tú y yo solos, hasta aclararlo todo. Sin mentiras y sin ocultar nada, lo que necesites saber».

Álex está a punto de contestar cuando el grito de Leire retumba en toda la casa. Se le cae el móvil del susto; suelta un juramento y lo recoge del suelo. Ha habido suerte: la carcasa aguanta y el cristal no está roto. Corta la conversación sin despedirse y entra corriendo. Ve a Leire cerrar la puerta de la habitación que comparte con Nerea, la mano en la boca, muerta de risa y roja como un tomate.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Lucía sale corriendo del baño con la ropa sucia en los brazos y se une a ellos. Leire no puede dejar de reír. Álex mira al techo pidiendo paciencia en silencio.

—Leire, joder, ¿qué ha pasado? ¿Por qué has gritado?

—He abierto la puerta sin saber que estaba Mikel dentro —consigue decir por fin.

Álex ve llegar a Ander, casi tan sonrojado como Leire. Ella continúa:

—Les he pillado... ¡haciéndolo!

Nueva risita aguda, casi en el umbral de percepción de un perro, que ni las dos manos tapando su boca pueden silenciar. Gorka sale de su cuarto y, al ver a Leire de una pieza, parece decepcionado. Pedro se les une también. Álex se da cuenta de que Ander y él parecen imanes con cargas idénticas, porque cuando uno se acerca el otro se aparta. La típica reacción de una pareja cuando se lía por primera vez y no quiere que los demás se enteren.

Se alegra. Por fin su hermano se ha dejado llevar. A ver si ahora no la caga.

La puerta de la habitación de Nerea se abre. Mikel sale colocándose bien la ropa, una mano en el pomo de la puerta, que cierra con rapidez. Gorka, que se ha perdido el principio, se da cuenta al fin de por qué ha gritado Leire y lanza una exclamación de alegría. Álex ha tenido tiempo de echar un vistazo al interior de la habitación en el breve segundo que a Mikel le ha costado cerrar la puerta. Ha visto a Nerea de rodillas en el suelo, con la camiseta que ha llevado al monte todavía puesta pero desnuda de cintura para abajo. Le ha dado la impresión de que estaba llorando, pero la imagen ha sido demasiado fugaz.

—¡Aupa tú! —grita Gorka al tiempo que alza las dos manos para que Mikel choque las palmas contra las suyas—. ¡Sí, señor! ¡El bombón más sabroso de la caja ha caído en tus redes, ole ahí!

Lucía mira a Gorka con cara de asco y se va hacia su habitación. Álex alarga el brazo y la sujeta con suavidad. Ella lo mira sin comprender. Él pronuncia «Espera» sin emitir sonido. Pedro, a unos pasos, lo ve. Mira la puerta de la habitación de Nerea y alza una ceja. Álex intenta expresarle con la mirada lo que ha visto. Sabe que es imposible, pero Pedro parece entender que algo no va bien.

—Quiero detalles. Cuéntamelo todo, no te dejes nada —sigue diciendo Gorka.

Álex se fija en que a Mikel le tiemblan las manos.

—Necesito un cigarro, voy al jardín —dice.

—¡Pues claro! —Gorka se echa a reír—. El pitillo de después, cómo no. Voy contigo, quiero detalles. De-ta-lles.

Álex espera a que estén lejos antes de susurrar:

—Creo que lo que ha pasado ahí dentro no ha sido consentido.

A su alrededor se hace el silencio. Todos tienen el ceño fruncido.

—¿Por qué lo dices? —le pregunta Ander—. ¿Has oído algo, has visto algo?

Quizás sean cosas tuyas, pero Álex juraría que puede oír un llanto apagado al otro lado de la puerta junto a la que se han quedado todos. Intenta confirmarlo con Lucía, que es la que está más cerca:

—¿Lo oyes?

Ella asiente, no muy convencida, y contesta:

—Puede ser que se esté arrepintiendo. Igual..., no sé, igual no ha sido como ella pensaba.

—Lo estaban haciendo de pie contra la pared. —Se ríe Leire, que sigue roja como un tomate—. Ha sido un calentón y ahora, claro, ya no quiere.

Ander baja la mirada al suelo y cierra los ojos. A Álex le gustaría reírse, como siempre, de él y del lío que tuvo de mala manera con Leire, pero no puede pensar en otra cosa que no sea la imagen de Nerea de rodillas en el suelo. Vuelve a mirar a Lucía y niega con la cabeza.

—Creo que es algo más. Estaba... —Duda. No quiere describir lo que ha visto, no delante de Leire—. No me ha parecido que se encontrara bien.

Lucía abre la boca, sin duda para llevarle la contraria, pero la vuelve a cerrar. El llanto, muy quedo, no ha parado.

—Estará muerta de vergüenza —dice Leire. Es la única que sonrío, todos los demás tienen un gesto de preocupación—. Siempre pone a parir a todo el mundo por pillarse al primero que pasa, y ahora mírala a ella.

—No creo que sea... —empieza Álex. No tiene muy claro cómo terminar la frase.

Justo en ese momento, Ibon y Susana salen de su habitación, cogidos de la mano y hablando en voz muy baja. Al ver a toda aquella gente en el pasillo, se callan de golpe. Susana se pone roja sin perder la sonrisa.

—¿Qué hacéis todos aquí? ¿Qué ha sido el grito de antes? —dice Ibon acercándose.

Nadie contesta. Leire sigue riéndose por lo bajo y el resto está pendiente de la puerta o intercambia miradas. Lucía se dirige a su amiga:

—Susana, ¿me acompañas?

—Claro. —La recién llegada pierde la sonrisa gradualmente al ver la cara de los demás—. ¿Adónde?

Álex se aparta de la puerta. Lucía deja en el suelo del pasillo la ropa y los bártulos que todavía sujetaba en las manos y empuña el pomo, con Susana a su lado. Álex les hace un gesto a los demás y se van al salón. Las chicas llaman a la puerta. Nerea no contesta.

Está de espaldas a la puerta y a un par de metros de distancia cuando Lucía la abre. El llanto de Nerea le llega con claridad, igual que la exclamación de Susana. Ambos le cortan la respiración.

—¡Joder!

Lucía sujeta el pomo de la puerta en las manos unos segundos más de lo necesario, hasta asegurarse de que no va a perder el equilibrio ni va a echar a correr hacia cualquier lugar que no sea este dormitorio. Susana se pega a ella con la mano en la boca; después del taco que ha soltado nada más entrar, es incapaz de decir palabra. Las dos se quedan clavadas en el umbral hasta que Lucía decide cerrar la puerta.

Nerea está de rodillas en el suelo, desnuda de cintura para abajo y la cabeza girada hacia el otro lado para que no le vean la cara. Hay una cantidad considerable de sangre en el suelo, sobre todo junto a la pared; el reguero llega hasta Nerea y se pierde entre sus piernas. Aunque intenta hacerlo en silencio ahora que han entrado, está claro que llora, tanto por los gemidos que se le escapan como por las sacudidas de sus hombros. Lucía coge la colcha de la cama más cercana y se la echa por los hombros. Su mano la roza y siente cómo el cuerpo de Nerea se tensa. Se arrodilla junto a ella.

—Nerea —la llama—. Nerea, mírame. ¿Estás bien? Por favor, mírame.

Pero Nerea no parece oírla, aunque está a pocos centímetros. Tiembla de los pies a la cabeza y se agarra a la colcha como si estuviera en medio del mar y fuera un salvavidas. Su larga melena le tapa la cara. Lucía alarga una mano para apartarle el pelo, pero se detiene en el último momento. No le parece buena idea tocarla.

—Nerea, mírame para que sepa que estás bien. —Lucía oye su propia voz y se maravilla por lo firme que parece, porque está temblando tanto como Nerea—. Enséñame la cara. ¿Te ha pegado?

Los hombros de Nerea dejan de sacudirse. Sus sollozos se convierten en gemidos agudos parecidos a los de un animal herido. «Parecidos no —piensa Lucía—, eso es exactamente lo que son». Susana se acerca y apoya una mano en el hombro de Nerea después de sentarse junto a Lucía. Nerea da un respingo y gime con más fuerza.

—¿Qué te ha hecho, Nerea? —susurra Susana, y en su voz Lucía puede oír el terror que ella misma siente—. Míranos, por favor. ¿Estás bien?

De golpe, de forma tan brusca que las otras dos se echan hacia atrás por la sorpresa, Nerea gira la cabeza hacia ellas. Tiene marcas rojizas alrededor de la boca y manchurrónes de rímel le recorren las mejillas de arriba abajo, los ojos rojos por las lágrimas. Su expresión, sin embargo, es la misma que Lucía asocia con Nerea cada vez que la mira a ella: rabia, desprecio, algo muy parecido al odio.

—La estaréis gozando, ¿no? —Su voz sale rota, ahogada y llena de lágrimas—. Después de lo de esta mañana, es lo que me merezco, ¿no?, me está bien empleado.

—No —dice Lucía. Está a punto de echarse a llorar y las palabras amenazan con fallarle—. Nadie merece esto. ¿Puedes levantarte? Ven, siéntate en la cama.

Nerea sigue mirándola con toda la rabia que le cabe dentro y Lucía no baja la vista. Deja que se le llenen los ojos de lágrimas y no se seca las mejillas cuando empiezan a rodar. Al cabo de un tiempo que se le hace eterno, Nerea parpadea. Todo su rostro cambia de expresión; se deshace de nuevo, esta vez sin darles la espalda, y llora como una niña pequeña muy asustada. Lucía oye cómo Susana sorbe por la nariz. Le hace un gesto con la cabeza para que la ayude a levantarla. Cada una la coge de un brazo y esta vez Nerea no las rechaza pero, cuando hace amago de ponerse

de pie, gime de dolor y vuelve a dejarse caer en el suelo, los brazos abrazando la parte baja del abdomen.

—No puedo, no puedo, me duele.

Sin pensar en lo que hace, Lucía se la echa al cuello y la abraza. Nerea termina de derrumbarse en sus brazos y las otras dos la acompañan en el llanto.

Ninguna habla durante un largo rato, no hay nada que decir. El reguero de sangre ha cambiado de color para cuando Lucía se aparta con suavidad de Nerea. Coge su cara entre las manos y la obliga a mirarla. Por primera vez desde que la conoce, la ve indefensa, y eso la aterra. Nunca hubiera pensado que fuera a echar de menos la mirada de desdén de Nerea.

—Voy a coger mi móvil para llamar a una ambulancia. Vengo enseguida, ¿vale? Susana se queda contigo.

—No no no —gime Nerea presa del pánico—. No llames a nadie, no quiero que nadie se entere. Si viene la ambulancia, lo van a saber los demás, lo va a saber... Álex.

—Álex ya lo sabe, Nerea. —Ella gime de nuevo, de puro pánico—. Y no importa quién lo sepa. Lo importante es ayudarte, tú no has hecho nada malo.

—Pero sí lo he hecho. —La voz de Nerea está tan ahogada en lágrimas que es difícil entenderla—. Le he dicho... Le he hecho creer... Él creía que...

—¿Que tenía permiso para reventarte por dentro? —dice Susana, llena de rabia. Tiene las manos en su espalda y la acaricia arriba y abajo por encima de la colcha—. Mikel es un animal, Nerea. Nada de lo que tú hayas dicho o hecho justifica esto.

Nerea se echa a llorar más fuerte. Lucía se separa de ella y la empuja con suavidad para pasarla a los brazos de Susana. Le tiemblan las piernas al levantarse del suelo, tanto que a punto está de perder el equilibrio. En cuanto sale de la habitación, toma la bocanada de aire más grande que jamás ha aspirado y deja escapar el sollozo que no ha podido emitir con Nerea delante. Ahí, en el pasillo, se da cuenta del olor que hay dentro de la habitación, mezcla de sudor, de sangre, de sexo, y sobre todo de miedo. Está a punto de vomitar.

Mira a uno y otro lado. Su teléfono está en el salón, dentro de la mochila que ha llevado al monte y que ha dejado al lado del sofá nada más entrar en casa. Al fondo del pasillo está la puerta que da al jardín, de donde le llegan las voces del resto del grupo. Lucía se limpia la cara con las manos y controla su respiración. Recorre la distancia en dos zancadas, y apenas registra el cuadro que tiene delante.

Mikel está sentado en una de las sillas que sacaron anoche, con los pies apoyados en otra y un brazo cruzado en el pecho, la imagen del relax. Junto a él, como si fueran dos guardaespaldas, Gorka y Leire, y enfrente Álex, con las manos hechas puños y la cara congestionada de rabia. Ander, Pedro e Ibon están detrás de él con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Ella va directa hacia Mikel sin decir nada a nadie. Él es el último en verla y no tiene tiempo de reaccionar antes de que se le eche encima.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Puto violador, cerdo de mierda!

Lucía descarga toda su rabia contra él, con tanta fuerza que el primer empujón lo tira de la silla, aunque sabe que se debe a la sorpresa de que alguien tan pequeño lo ataque sin avisar. Tras encajar un par de golpes en las costillas que tienen que dolerle de verdad, Mikel se recupera. Se pone en pie de un salto y la sujeta por las muñecas con tanta fuerza que Lucía piensa que se las va a arrancar de cuajo.

—¿Y a ti qué te pasa, loca de los cojones? ¡Putá histérica, joder!

—¡La has reventado por dentro, hijo de puta! ¡No puede ni moverse, no hace más que sangrar!

Mikel la mira desde arriba con una sonrisa de desdén, sin soltarle las manos. Lucía siente que

alguien la sujeta por los hombros con suavidad. La voz de Álex le llega desde muy cerca:

—Suéltala.

—Tú sujétala bien, porque si me vuelve a dar se la devuelvo —dice Mikel sin dejar de mirar a Lucía.

—Tócale un solo pelo y no lo cuentas.

Mikel la deja ir. Lucía quiere volver a atacarlo, pero Álex la abraza por detrás, con suavidad pero firme, y la aparta de él.

—Vas a pagar por lo que le has hecho —le amenaza Lucía. Ahora que no puede descargar su rabia en forma de puñetazos, todo el dolor que tiene dentro sale en forma de lágrimas—. Vas a pudrirte en la cárcel, hijo de puta, como si tengo que encerrarte yo misma y no volver a dejarte salir.

Alguien se ríe a su lado. Descubre a Leire sonriendo con la misma sorna que el propio Mikel.

—¿Desde cuándo te meten en la cárcel por echar un polvo? —le dice, su voz cargada de ironía—. Mikel no ha hecho nada que Nerea no quisiera. Es una teatrera, se estará arrepintiendo porque la hemos pillado, pero de violación nada.

—Vete a verla —dice Lucía entre dientes—. Habla con ella. Intenta levantarla del suelo. Mira la sangre que hay por todas partes. Mira su cara y las marcas que tiene, como si le hubieran tapado la boca para que no gritara. Vete a verla y dime que no la han violado.

—Es una chica muy apasionada y grita mucho mientras folla. —Mikel se encoge de hombros, los pulgares en los bolsillos de su pantalón—. No quería que os diera un concierto.

Lucía abre la boca para insultarlo, pero Álex se le adelanta. Ella puede sentir la tensión en sus brazos, que aún no la han soltado, pero su voz suena casi normal.

Casi.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué gritaba? «¿Sigue, dame más, dámelo todo?». ¿O te pedía que pararas, que la dejaras en paz? ¿Gritaba «no no no»? Porque igual deberías haberla escuchado.

Mikel sonríe.

—Todas dicen que no al principio. Hasta que se dejan ir.

—Mentira.

Lucía nunca ha visto a Ibon tan serio. Está pálido, pero su gesto es resuelto.

—Si una chica quiere estar contigo, no dice que no. Y si empieza diciendo que no y luego cambia, es porque tiene miedo a que le hagas daño, no porque de repente la hayas encendido. Lo que viene a ser una violación de libro.

—No empieces tú también —dice de repente Gorka, que no ha abierto la boca desde que Lucía saliera al patio—. Violación es una palabra muy seria, habrá sido un malentendido. Lo que dice Leire, igual ahora se está arrepintiendo.

Pero Ibon no lo escucha. Tiene la mirada fija en Mikel.

—¿Te ha dicho que no en algún momento? ¿Te ha pedido que pararas?

Mikel le sostiene la mirada sin contestar ni perder la sonrisa.

—Pero ¿por qué iba a decir que no? —insiste Gorka—. ¿Tú los has visto en el monte? No se podían quitar las manos de encima, tanto ella como él. ¡Si lo estaba pidiendo a gritos!

—Mikel, no has contestado —presiona Álex—. ¿Te ha dicho que no?

—Me ha dicho que esperara a llegar a casa para seguir tonteando, y así estar más tranquilos.

—¿Te ha dicho que no?

—En el monte le daba apuro porque decía que nos podía ver alguien.

—¿Te ha dicho que no?

—Me lo ha prometido. Cuando estábamos arriba, me lo ha dicho bien claro.

—¿Te ha dicho que no?

—Las promesas se cumplen.

—¡Te ha dicho que no!

Mikel traga saliva.

—Pero no lo decía de veras. Ella lo quería tanto como yo, lo sé.

Lucía siente movimiento a su alrededor. Álex aún la tiene sujeta, sus brazos rodeando todo su cuerpo. Puede sentirle temblar casi al mismo ritmo que sus propias sacudidas. Le coge los brazos con las manos y aprieta. Álex la estruja con más fuerza.

—Pedro, ¿dónde vas? —pregunta ella cuando ve que se marcha del jardín.

Él responde mirando a Mikel:

—A buscar mi móvil. Hay que llamar a la policía.

Pedro ignora las protestas de Gorka y entra en la casa. La puerta de la habitación de Nerea está cerrada y da gracias por ello, porque lo último que necesita es verla en el suelo y sentirse aún más culpable de lo que ya se siente. Al ir a atender el grito de Leire, su única preocupación ha sido Ander y su reacción. Qué piensa, qué quiere, qué hace, dónde mira, por qué no me mira, por qué no me quiere. Y mientras, a unos metros, Nerea estaba pasando por lo que ninguna persona debería pasar nunca.

Se siente tan culpable como si la hubiera atacado él.

¿Cómo no lo han visto? ¿Cómo no se han dado cuenta del tipo de persona que es Mikel? Gorka se lo ha dicho muy claro esta misma mañana, les ha contado con pelos y señales cuál es la técnica de Mikel para pillarse a las tías: no aceptar un no por respuesta. Las tías están ahí para su uso y disfrute, y lo que ellas quieran no importa. No le importa a él, claro. Pero ¿cómo no lo han entendido? ¿Cómo la han dejado sola con él?

Anoche también dejaron a Lucía sola con Álex.

Joder.

Podía haberle pasado cualquier cosa.

«No no no no, —se dice camino del *txoko*, sin oír los pasos tras él—, con Álex nadie corre peligro. Álex acepta un no por respuesta, no necesita forzar a nadie, la gente que se lía con él lo hace porque quiere. No todos los tíos son violadores en potencia, solo los hijos de puta como Mikel, a los que les falla algo en la cabeza. Porque algo tiene que fallarle en la cabeza, una persona normal nunca haría daño a otra persona de esa manera». Se niega a creer que Álex, Ibon o Ander puedan hacer algo así. No, Lucía no ha corrido ningún peligro porque Álex nunca le haría daño. Pero Mikel sí.

Joder, pero cómo no lo han visto.

—¡Pedro, hostia, espera!

Alguien lo sujeta del brazo con fuerza y le hace parar en seco. Se da la vuelta y se encuentra con Gorka, la cara congestionada por el grito que acaba de pegar. Le aprieta el brazo con tanta fuerza que Pedro forcejea hasta soltarse. Gorka se le acerca mucho, como para asegurarse de que no se va a escapar.

—Piensa un poco antes de llamar a nadie —le dice en voz baja—. No sabemos lo que ha pasado. Ni siquiera hemos hablado con Nerea, no hemos oído su versión.

—¿Quieres entrar tú en su habitación y ver lo que ha descrito Lucía? Tú mismo, a mí no me apetece, voy a fiarme de ella.

—Puede estar fingiendo, tío. —Gorka baja aún más la voz—. Las tías mienten con este tipo de cosas. La mayoría de las denuncias por violación son falsas, macho, ellas son así.

Pedro siente que se le erizan los pelos de la nuca. La voz de su madre rebota en su cerebro, el recuerdo de todos los gritos que ha pegado cada vez que lee, oye o discute con alguien que utiliza ese argumento.

—Menos de un uno por ciento, Gorka —le rebate usando las mismas palabras que Izaskun—. Todas salen en las noticias, eso sí, por eso te crees que son la mayoría, pero son menos de un uno por ciento. Míralo en tu móvil si no me crees.

Gorka hace un aspaviento con las manos.

—Me la suda, joder, como si son una entre mil, ¿cómo sabes que no miente? ¿Cómo sabes que lo que dice Leire no es verdad?

—Porque lo ha dicho el propio Mikel, imbécil, ¿o es que no le has oído? —suenan junto a ellos la voz de Álex.

Álex y Ander han entrado detrás de ellos. Por primera vez en todo el fin de semana, ver a Ander aparecer de repente no provoca una pirueta en el estómago de Pedro, o no tan grande como las que se ha pasado dando las últimas horas. Los ojos de Ander parecen perdidos, tan asustados como los de un niño pequeño, pero Pedro no puede consolar a nadie en este momento, mucho menos a él. Necesita todas las fuerzas para sí mismo.

—Mikel no ha dicho nada —está diciendo Gorka cuando Pedro vuelve a prestar atención—. No ha dicho que la haya violado, no ha admitido nada.

—Ha admitido que le ha dicho que no, que es lo mismo.

—No, ni de coña, qué va. —Gorka sacude la cabeza con energía—. Es lo que ha dicho él, todas dicen que no al principio.

—Joder, Gorka, macho, ¡que no! —le grita Pedro. Es tan raro que levante la voz que los otros tres dan un paso atrás—. No no no no no. No es no, punto. Puedes intentar justificarlo como quieras, pero le ha dicho que no, le ha dicho para, le ha dicho que no quiere, hostia, y ahora está tirada en el suelo sangrando por el coño, joder. ¡¿Qué más pruebas quieres?!

Cuando calla, el silencio es absoluto. Los tres lo miran con una expresión distinta cada uno, aunque en todas hay algo de miedo. Gorka tarda poco en volver a negar con la cabeza y Pedro aprieta los puños. Cómo se puede ser tan imbécil, cómo se puede dar tanta importancia a la hombría, a mojar, a pillar cacho, tanta que es capaz de negar lo que ha pasado aunque sabe que es verdad, porque no puede ser tan tonto de creerse en serio que Nerea está mintiendo, no él, no Gorka, no aquel con quien ha compartido toda su infancia, comido mocos juntos, tirado petardos en la calle. Ve a Gorka retroceder y se da cuenta de que él está avanzando. Se está clavando las uñas en las palmas de las manos y siente que le hierve la cara. Alguien lo sujeta por el brazo. Álex está justo delante de él, así que tiene que ser Ander.

Nada de escalofríos ni fuegos artificiales. Nada.

—Pedro, tranquilo —le dice Álex en un tono muy calmado—. Tenemos que solucionar lo de Nerea. Hay que pedir ayuda. Vamos a llamar al 112, deja a este gilipollas en paz.

La mano de Ander se desliza por su cintura y tira de él con suavidad hacia el salón. Pedro se deja llevar. Una parte muy pequeña de su mente registra que su móvil está todavía en el *txoko* y que Ander lo lleva en dirección contraria, pero no pelea. Álex va a buscar su mochila. Sí, mejor que llame él, porque si ahora tuviera que hablar no iba a ser ni medio coherente.

—No podéis hacerle eso —oye decir a Gorka detrás de ellos—. Le vais a joder la vida, tíos, ¿sabéis lo que podéis hacerle si llamáis a la policía? ¡Tiene dieciocho años, le cae cárcel fijo!

—Me importa una mierda lo que le pueda pasar a ese tío, Gorka. —Álex ya tiene el móvil en la mano—. Una puta mierda.

Oyen el clic de una puerta y los tres se vuelven hacia el pasillo. Ibon sale de la habitación de Nerea pálido como un muerto. Cierra la puerta detrás de él y se apoya en la pared. Gorka también se acerca para ver qué miran los otros.

—Ibon, ¿estás bien? —le dice Ander.

El brazo de Pedro, pegado a él, reverbera cuando habla.

Ibon gira la cabeza hacia ellos muy despacio.

—Hay que llamar a la policía. Hay que llamar ya.

Los destellos azules y naranjas se unen a la luz del atardecer y el pueblo entero parece refulgir contra el resplandor que emana de los coches patrulla y de la ambulancia. Bloquean la calle, pero las decenas de curiosos que se agolpan para ver la escena no protestan. Nadie parece tener prisa por llegar a ningún lado. En un pueblo donde nunca pasa nada, tres vehículos de la Ertzaintza tienen más importancia que el poteo de un sábado a la tarde.

Mikel va esposado, con las manos a la espalda y la cabeza sujeta por un hombre tan alto como él y mucho más fuerte. Para eso no hace falta mucho porque, en ese momento, cualquiera sería más fuerte: le tiemblan tanto las piernas que el único motivo por el que no se cae al suelo es porque va sujeto y se está concentrando en dar un paso adelante cada vez. Intenta no mirar, pero no puede evitar oír las voces de la gente del pueblo, la radio que llevan los agentes sujeta al pecho y que cruje de vez en cuando con palabras que no entiende, la sirena de un cuarto coche patrulla acercándose. Y ve. Ve la camilla que han sacado de la casa un momento antes que a él y que están reajustando para meter en la ambulancia. Alguien exclama «¡La ha matado!», y otros repiten sus palabras. Mikel mira al suelo. Dos pasos más hasta el coche. No podría dar ninguno más.

Lo ayudan a sentarse dentro sin golpearse la cabeza. Le colocan el cinturón de seguridad, pero no le quitan las esposas. Las lunas traseras son tintadas y puede ver lo que ocurre fuera sin que lo vean a él, a no ser que miren por la ventanilla del copiloto, que está bajada. Ve a Álex salir con su brazo rodeando a Lucía, que llora con una mano en la boca, Ibon y Susana detrás. Leire va por libre, la cabeza bien alta, una media sonrisa casi de desdén hacia todo lo que ocurre a su alrededor. A Gorka no lo ve. Ander lleva a Pedro agarrado por los hombros, y Mikel tiene la clara sensación de que, igual que él, Pedro solo anda porque lo llevan sujeto. Está tan pálido como no lo ha visto nunca. Cuando llega a la altura de su coche, echa un vistazo por la ventanilla del copiloto y lo ve. Se miran a los ojos un segundo. No hay odio en la mirada de Pedro, sino incompreensión. Está buscando un porqué. Y es fácil ver que no lo encuentra.

Cuando la ambulancia sale aullando por la carretera hacia Vitoria, los coches patrulla arrancan. Ellos no van en dirección a la ciudad, sino hacia el otro lado de las montañas. Cuatro coches de la Ertzaintza, uno tras otro, como hormigas bien entrenadas, se deslizan entre el gentío que se aparta lo justo para dejarlos pasar, las miradas curiosas tratando de adivinar algo en el interior. El sol de la tarde se cuele por la ventana y le da a Mikel en plena cara. Él baja la cabeza y cierra los ojos. Sabe que lo peor está a punto de empezar.

—¿Cómo te llamas?
 —Álex. Bueno, Alejandro.
 —Nombre completo, por favor.
 —Alejandro N—— V——.
 —¿Lugar de nacimiento?
 —Madrid.
 —¿Vives allí?
 —No, vivo en Vitoria.
 —Como tutor legal, solo tengo el nombre de tu padre.
 —Sí.
 —Está ahí fuera, ¿quieres que entre? Eres menor, puede si tú quieres.
 —No, estoy bien.
 —Vale. Cuéntame lo que ha pasado.
 —Pues que Mikel ha violado a Nerea. Ya lo han visto ustedes, ¿no?
 —Quiero que me cuentes lo que has visto tú, no lo que crees que ha pasado.
 —¿Cómo que lo que yo creo? Está claro que...
 —En estas cosas nunca hay nada claro, por eso hacemos interrogatorios y todo tipo de pruebas. Cuéntame lo que tú viste.

—Yo estaba en la ducha, así que no me enteré de mucho.
 —Pero fuiste tú la primera que entró y los vio juntos, ¿no?
 —Sí.
 —¿Y qué viste?
 —Pues eso, los dos... Ya sabe. Haciéndolo.
 —Leire, no hay nada gracioso en este tema, no sé por qué te ríes. Necesito que me digas exactamente qué estaban haciendo, para que quede constancia.
 —Pues estaban... teniendo sexo. De pie contra la pared.
 —¿Puedes describir la escena?
 —¡No! No me quedé mirando, en cuanto los vi cerré la puerta y me fui.
 —Y en ese momento, ¿viste algo que te llamara la atención? ¿Te dio la sensación de que Nerea estuviera siendo forzada?
 —No les vi ni las caras, como para fijarme en algo. Qué susto, qué vergüenza, salí corriendo.
 —¿Te vio Nerea?
 —No lo sé. No creo, estaba muy ocupada con lo suyo.
 —¿No te pidió ayuda, entonces? ¿No dijo nada?
 —A mí no, pero se la oía... gemir. Ya sabe.
 —¿Gemir o llorar?
 —...
 —¿Leire?

—Gemir. Sí, estaba gimiendo de gusto.

—Me estaba cambiando de ropa en el *txoko*, al otro lado de la casa.

—¿Estabas allí tú solo?

—No, con Pedro. Veníamos empapados, estábamos poniéndonos ropa seca.

—¿Y dónde estaban Nerea y Mikel en ese momento?

—Nosotros los habíamos dejado en el salón, pensábamos que seguían ahí.

—¿Solos?

—Cuando nos fuimos se quedaron solos, sí.

—¿Te dio la impresión de que Nerea estaba a disgusto con Mikel?

—No, para nada. Habían estado tonteando todo el camino, perdiéndose entre los arbustos, bastante acaramelados. Y cuando llegaron a casa se sentaron en el sofá y... pues eso, siguieron.

—¿Qué hacían exactamente?

—Besarse. Meterse un poco la mano por debajo de la ropa.

—¿Viste algo raro en ese momento? ¿Te dio la sensación de que a Nerea no le gustara lo que estaba haciendo?

—Qué va. Al contrario. Creo que estaba intentado poner celoso a mi hermano.

—¿Tu hermano? No he visto a nadie en la lista con tus mismos apellidos.

—Hermanastro. El hijo del novio de mi madre.

—Dime qué viste cuando entraste en la habitación.

—Nerea estaba en el suelo, de rodillas, desnuda de cintura para abajo. No dejaba de llorar y se sujetaba la tripa con los brazos. Había sangre en el suelo, mucha. Le puse una colcha por encima porque estaba temblando, pero no era de frío.

—¿Hablasteis?

—Un poco.

—¿Le preguntaste qué había pasado?

—No.

—¿No?

—Era obvio. Estaba sangrando, no se podía ni poner de pie, había unas bragas rotas a su lado y tenía la cara marcada. No me hacía falta preguntarle si la habían violado.

—Ella no te dijo nada, entonces.

—Sí, algo sí dijo.

—¿Qué?

—Es difícil de explicar.

—No hace falta que me lo expliques, solo dime sus palabras.

—Me preguntó si lo estaba disfrutando, si me alegraba de lo que estaba viendo. Que seguro que yo pensaba que se lo merecía.

—¿Por qué te iba a decir algo así?

—¿Ve como tengo que explicárselo?

—Yo no estaba con los demás en ese momento. Quiero decir, no estaba en el salón, estaba... en mi habitación.

—¿Solo?

—No. Con mi novia.

—Esa habitación está justo enfrente de la que ocupaba Nerea, ¿no?

—Sí.

—¿Oísteis algo que viniera de esa habitación?

—No, nada.

—¿Ningún grito, ningún golpe?

—Hasta que gritó Leire, no. Estábamos un poco ocupados para escuchar lo que hacían los demás.

—Ocupados, ¿cómo?

—Ya sabe. Tonteando.

—¿Por qué salisteis al pasillo?

—Se oían muchas voces, parecía que había pasado algo. Oímos gritar a Leire, luego a Gorka, había mucho movimiento.

—¿Qué viste cuando saliste de la habitación?

—Nada. Gorka y Mikel se habían ido, y el resto del grupo estaba hablando frente a la puerta de Leire. Lucía le pidió a Susana que entrara con ella a ver cómo estaba Nerea y nosotros nos fuimos, primero al salón y luego al jardín.

—Tú también entraste a ver a Nerea, ¿no?

—Sí, pero al rato. Cuando ya habíamos hablado con Mikel y había quedado claro lo que había pasado.

—¿Y qué era lo que había pasado?

—Que la había violado.

—¿Lo admitió él?

—No. Solo admitió que ella le había dicho que no, sin decir la palabra «violar». Pero...

—¿Pero?

—Bastaba con ver a Nerea. No hacía falta que dijera más.

—A ver, a ver, esto se nos ha ido de las manos. Ni violación ni hostias, aquí hay un malentendido como una casa.

—¿Qué clase de malentendido?

—Pues el que viene de dar la razón solo a una de las partes. Todo el mundo le ha dado la razón a Nerea, pero nadie escucha a Mikel.

—También hemos estado hablando con Mikel, Gorka. Hemos hablado con todos los que estabais en la casa.

—Pues entonces ya os lo habrá dicho él, ¿no? Que fue consentido, que se resistió un poco al principio pero que luego se dejó llevar, que es normal que una tía te diga que no porque se las educa así, sin más.

—¿Eso es lo que te ha dicho Mikel?

—Sí, claro. Es lo que ha pasado. Pero, claro, Nerea se ha inventado una historia para no ganarse fama de puta, y ahora Mikel carga con las consecuencias.

—Ya. ¿Tú qué viste?
—¿Cuándo?
—En el momento de los hechos. Cuando supisteis que había pasado algo. ¿Qué viste?
—Nada, ¿qué voy a ver? Yo estaba en mi habitación.
—¿Solo?
—Sí. Salí cuando oí gritar a Leire. Cuando oí ruido en el pasillo y pensé que a Leire le había pasado algo. Es una tía que grita mucho y por todo, así que normalmente no le hago caso.
—Y entonces, ¿qué viste?
—A Mikel saliendo de la habitación de Nerea con los pantalones desabrochados.
—¿Dirías que salía apresurado?
—Eh..., sí, supongo. Estaba a medio vestir.
—¿Y por qué crees que tenía tanta prisa?
—Pues porque le habíamos pillado haciéndoselo con Nerea.
—¿Y eso te parece normal? Que alguien que acaba de estar con una chica salga a medio vestir y la deje a ella dentro, sola. ¿Así lo hacen todos tus amigos?
—No. No sé. Pero cada uno es como es, ¿no? No es lo mismo hacerlo con tu novia que un lío de una noche. O de una tarde, como es el caso.
—¿Eso es lo que crees que fue? ¿Un lío de una tarde?
—Es que es lo que fue. A ver, que no fue cosa solo de ese rato, que se pasaron todo el día metiéndose mano entre los arbustos. Estaba claro que ella lo quería tanto como él.
—Sabes que Nerea está en el hospital ahora mismo, ¿verdad?
—...
—¿Sabes que la están operando? ¿Sabes que tiene un desgarró que le llega casi hasta el útero?
—Bueno..., esas cosas pasan... la primera vez... cuando una chica es virgen..., ¿no? Es normal.
—No, Gorka. No es normal.

—Tú entraste con Lucía a ver a Nerea, ¿verdad?
—Sí.
—¿Me puedes describir qué viste?
—Nerea estaba en el suelo y... había sangre. Mucha sangre. No me fijé en mucho más.
—¿Cómo estaba ella?
—Lloraba y parecía muy asustada. Nunca he tratado mucho con ella, pero... no parecía la misma. Normalmente ella es muy... altiva, orgullosa, un poco chula, creidilla. O sea, tampoco es tan... No debería hablar mal de ella ahora mismo, lo siento.
—Tranquila. Dime cómo estaba.
—Muy asustada. Se le veía en los ojos. Le dijimos que íbamos a llamar a una ambulancia y no quería porque no quería que los demás se enteraran.
—¿Enterarse de qué?
—De que la habían violado.
—¿Lo dijo así ella?
—No, pero estaba claro. Aquello no había sido..., ya sabe. Consentido.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque sé lo que es consentir. Y cuando estás con el chico que te gusta no tienes esa cara. Y

si al tío le importas, no te deja tirada en el suelo sangrando como sangraba ella.

—¿Qué hiciste?

—Lucía le puso una colcha por encima y la tranquilizó. Intentamos levantarla, pero le dolía mucho y no podía moverse. Luego Lucía se fue y me quedé yo con ella. La abracé y nos quedamos ahí quietas un buen rato, Nerea llorando, sin decir nada. Se oían gritos fuera, pero yo creo que ella ni se enteraba. Luego vino otra vez Lucía y entró también Ibon un momento, pero se marchó enseguida porque le dio mucha impresión. Entonces llegó la ambulancia. Y llamé a mi madre.

—Ha sido culpa nuestra. No teníamos que haberla dejado sola con él.

—¿Por qué dices eso? ¿Viste algo que te llamara la atención antes de oír gritar a Leire?

—No, no vi nada. Nerea parecía a gusto con Mikel y eso, pero justo esa mañana... Yo qué sé, estuvimos hablando y oí cosas que no me gustaron.

—¿Qué oíste?

—Chorradas de tíos. Cómo pillarse a una chica, cómo ignorar que te diga que no. Cosas así. Pensaba que era una tontería, que eran solo palabras, pero... es justo lo que ha hecho, no aceptar un no. Y podíamos haberlo parado, podíamos habernos dado cuenta.

—¿Dónde estabas tú cuando pasó todo?

—Cambiándome de ropa en el *txoko*.

—¿Y el resto del grupo?

—Ni idea. Algunos en el jardín, creo, otros en la ducha. Ibon y Susana estaban en su habitación, y Mikel y Nerea... en el sofá. No teníamos que haberlos dejado solos, joder.

—A Susana y a Ibon también los dejasteis solos.

—Pero esos son pareja, es distinto. Ibon es un tío normal, pero Mikel...

—¿Había hecho algo Mikel antes que te hiciera sospechar que pudiera pasar esto?

—No. Bueno, no sé. No lo conozco tanto. Pero está claro que no es un tío normal, que no..., no teníamos que haberlos dejado solos.

—Pedro, no podías saber qué iba a pasar. No es culpa tuya.

—Sí, sí que lo es. No teníamos que haberlos dejado solos, no teníamos que haberlos dejado solos.

La sala de espera de la comisaría de Laguardia es tan aséptica e impersonal como corresponde a un edificio oficial al que la gente no va precisamente a pasar un buen rato. No hay nada que la diferencie de la sala de espera de un médico o un dentista, aparte de los agentes uniformados que pasan de vez en cuando desde la puerta de entrada hasta la puerta de la sala de interrogatorios, o lo que quiera que haya al otro lado de aquella maldita puerta azul tras la que se han llevado a los chavales. Izaskun se pregunta si la Ertzaintza tendrá un modelo de edificio que repite en todas las localidades, o si contratan a un arquitecto y piden un diseño nuevo para cada una. La de Vitoria no tiene nada que ver con esta, al menos por fuera. Ella nunca ha estado dentro de una comisaría, ni de la Ertzaintza ni de ningún otro cuerpo policial. Nunca pensó que la primera vez sería por su hijo.

Su marido le pone la mano en la rodilla y solo entonces se da cuenta de que lleva taconeando un buen rato. Incapaz de estarse quieta, se levanta de esa silla de plástico atornillada al suelo. Ya ha recorrido el equivalente a tres maratones paseando de un lado a otro de la sala, pero es eso o empezar a gritarle al siguiente agente de rojo que pase y exigirle que le diga dónde está su hijo, qué ha dicho, si está bien o si necesita un abogado, ¿les han dado de comer?, ¿por qué tardan tanto!, y tampoco es cuestión de ir a recoger a su hijo y terminar siendo detenida. Además, Pedro les ha dicho, antes de entrar, que prefiere ir solo para contarle todo lo más rápido posible y salir cuanto antes. A Izaskun no le ha hecho mucha gracia.

—*Ama*, de verdad, así es más fácil —le ha dicho él, y ella se ha quedado de piedra al detectar una madurez en su hijo que nunca antes ha visto—. Tengo que contarles todo lo que ha pasado, y no voy a hacerlo tranquilo si os tengo a *aita* y a ti delante.

—Pues lo vas a tener que contar dos veces, porque yo quiero saber todo lo que ha pasado, con todos los detalles.

—Que sí, que te lo cuento todo, de verdad, pero ahora déjame entrar solo.

—¿Llamo a alguien? ¿Necesitas que busque un abogado? No te metas en un lío por no querer pedir ayuda, hijo.

—No, tranquila, yo no he hecho nada, voy de testigo. Solo voy a contar lo que he visto.

Pero su cara era la de alguien culpable. Culpable de qué, Izaskun no lo sabe. Lo único que le ha dicho cuando los ha llamado por teléfono era que en la casa en la que estaban ha habido una violación y la policía se los llevaba a Laguardia.

Punto.

Que Pedro no es culpable de la violación es algo que tiene muy claro. No porque a él no le gusten las chicas, sino porque sabe qué hijo ha criado y tiene muy claro que él nunca haría algo así. Además, el que ha entrado detenido y vigilado por dos agentes es el chico al que ella solo conoce de vista, Mikel, un moreno muy guapete con cara de malo de película que le recuerda a algún actor del año de la cachimba (¿Rob Lowe?; no, pero de esa quinta). El chaval ha pasado con la cabeza bien alta y mirando al frente como si a su alrededor no hubiera nadie, pero se le notaba lo asustado que iba en el temblor de la mandíbula y en lo mucho que le costaba andar. A Nerea la han llevado directamente a Vitoria en ambulancia, por lo que le ha dicho Pedro; Izaskun cierra los ojos un momento mientras pasea, imaginándose a la madre de esa pobre cría. Si ser madre de un chico es lo más difícil que ha hecho nunca, serlo de una chica debe de ser... Mejor no pensarlo.

—Izaskun, por favor, siéntate de una vez —le dice Sara, sentada al otro lado de la sala en una silla idéntica a la suya—. Nos estás poniendo nerviosos a todos con tanto paseo.

—Pues os jodéis —murmura ella sin mirarla. La oye resoplar y le da igual. Ya le pedirá perdón más tarde—. ¿Por qué tardan tanto? ¿Cuántas horas llevan ahí dentro? No sé para qué tienen ordenadores y cámaras de vídeo y grabadoras último modelo si luego toman declaración a boli.

—Deja que se tomen su tiempo y hagan bien su trabajo. Mejor eso que meter la pata con un tema así.

Izaskun se vuelve a mirar a Martín, que ha hablado con su voz pausada de siempre. Cuando ha llegado él a la comisaría y ha comprobado que Álex no estaba detenido, ha dejado escapar una bocanada de aire que debe de haber estado aguantando desde Vitoria. Álex se le ha tirado a los brazos, igual que Ander a los de Sara y Pedro a los de sus padres; pero Izaskun nunca había visto a los madrileños, padre e hijo, tan cariñosos el uno con el otro.

Llegan los padres de Lucía acompañados por dos chicos jóvenes que Izaskun supone que deben de ser los hijos mayores. La madre, tan menudita como su hija, se frota las manos una y otra vez, como si se las lavara sin agua. Su marido la hace sentarse en una silla libre en la misma fila que ella. Les hacen un gesto de saludo con la cabeza que Izaskun devuelve. Los hermanos no se sientan. No se atreven a mirar a sus padres y tienen la vista fija en el suelo, apartados en el rincón que está libre de sillas, junto a la puerta.

Fuera, en la recepción de la comisaría, se oyen gritos. Un hombre y una mujer se llaman de todo a un volumen que podría haber despertado a todo el pueblo si estuvieran en la calle. La pelea dura apenas un minuto, hasta que otra voz se les une y los hace callar, probablemente una agente.

—Los padres de Susana —susurra la madre de Lucía—. No sé si la conocéis, una morenita muy maja, es amiga de Lucía. La madre pensaba que estaba con su padre, el padre pensaba que estaba con ella... —Niega con la cabeza al tiempo que se encoge de hombros—. Padres divorciados. Un desastre. Siempre pagan los hijos.

Izaskun está pensando en una respuesta adecuada cuando se oyen pasos que se acercan. Como si hubieran accionado un resorte, todos los que están sentados se ponen de pie. Ella busca la mano de su marido y se pega a él; él le pasa el brazo libre por los hombros. Ha habido falsas alarmas antes. Por favor por favor por favor, que esta no lo sea.

Una agente que le saca a Izaskun dos cabezas sale de la sala de interrogatorios y encaja la puerta para dejarla abierta. Detrás de ella, por fin, salen los chicos. Álex y Ander, Lucía y Susana, luego una rubia con cara de mala leche cuyos padres se han ido a fumar nada más llegar y no han vuelto a entrar, Gorka y, por fin, Pedro. Izaskun hace amago de lanzarse hacia él, pero su marido la sujeta. Es su hijo el que se abalanza y se deja abrazar por los dos. Parece agotado y a punto de echarse a llorar. Izaskun daría cualquier cosa por que volviera a ser un niño de tres años y poder mecerlo en sus brazos hasta que se le pasara el disgusto, pero cómo mecer a este hombretón que ya es más alto que su padre.

—Vámonos a casa, por favor, vámonos a casa, vámonos a casa, vámonos a casa —le oye decir, una y otra vez, al cuello de su padre.

—Claro que sí, nos vamos. —Izaskun se vuelve a la agente que ha sacado a los chicos—. Nos podemos ir, ¿verdad?

—Sí, ya hemos terminado —contesta la *ertzaina*—. Vamos a trasladar el expediente a Vitoria para que no tengan que venir hasta aquí si hubiera que volver a hablar con ellos. Les llamaremos si necesitamos algo más.

—¿Algo más? —Sara se ha acercado, un brazo rodeando a Ander—. ¿Qué más puede haber?

Ya ha quedado claro lo que ha pasado. ¿No han contado todos lo mismo?

La agente no cambia el gesto. Izaskun imagina que no puede darles ninguna información.

—Es un tema complejo y queremos asegurarnos de atar bien todos los cabos —se limita a decir—. Por ahora, hemos acabado. Pueden llevarse a sus hijos.

Izaskun coge el abrigo y el bolso que ha dejado sobre una silla.

—Pues venga, vámonos a casa, que estaréis agotados. Una buena cena y a la cama. Pero mañana por la mañana quiero oír todo lo que ha pasado con pelos y señales. Todo. —Señala a Ander y Álex con el índice—. Venís a desayunar a casa, los cuatro. Y hablamos.

—Izaskun... —oye decir a su marido. Pero ya ha echado a andar hacia la puerta y no se vuelve.

Ha anochecido hace un buen rato, pero ahí dentro es difícil darse cuenta de la hora que es; Izaskun se sorprende ante esa oscuridad total. Con la noche ha llegado el frescor de abril, más pronunciado aquí que en Vitoria; se sube la cremallera del abrigo y toma una bocanada de aire que la despeja de golpe. El aparcamiento está bien iluminado y distingue su coche aparcado junto al de Sara. Hay muy pocos y supone que la mayoría será de los empleados civiles que trabajan en la comisaría. Alguien tiene que limpiar aquellos suelos tan blancos que brillan como si fueran nuevos.

No hay solo coches en el aparcamiento. Izaskun distingue a los padres de Gorka y a su hijo al fondo. Los dos le hablan a Gorka, que les da la espalda y trata de abrir la puerta trasera del coche sin éxito, porque obviamente su padre no ha accionado el mando. Sus voces son lo suficientemente fuertes para oír palabras sueltas desde la puerta de la comisaría. «Irresponsable», «mentiroso», «nunca más», «castigado», «esto no se me olvida» reverberan entre los viñedos que no pueden ver pero saben que rodean el pueblo. Sara, Martín y sus hijos alcanzan a Izaskun camino de su coche. Ella sujeta a Sara por el brazo.

—Esperad un poco, dejad que se vayan. No me quiero meter ahí.

Le hacen caso. Sara escucha rastros de la discusión familiar. Mira a Ander.

—O sea, que Gorka tampoco dijo la verdad en casa.

Ander niega con la cabeza. Mira a su madre de reojo.

—La idea original era venir nosotros solos —le dice—. De verdad. Pero luego se fue apuntando gente y...

—Ander, que me da igual. —Sara lo agarra del brazo con fuerza—. Que vengan chicas o no vengan chicas es lo de menos, todos hemos contado este tipo de mentiras en casa. Nos habéis llamado cuando nos teníais que llamar, eso es lo que cuenta. Habéis actuado bien.

—No. Podíamos haber hecho más. Podíamos... —interviene Pedro.

Izaskun se vuelve hacia su hijo, que está detrás de ella, junto a su marido, y niega con la cabeza con la vista perdida en algún punto a dos metros de él en el asfalto.

—¿Podíais qué?

—Podíamos habernos dado cuenta. Podíamos haberlo visto venir.

—¿Cómo? —Izaskun habla con firmeza, con el mismo tono que usa en clase cuando les pide a sus alumnos y alumnas que justifiquen su opinión—. ¿Cómo se ve venir algo así?

—Porque Mikel... encaja. Encaja con el estereotipo, cómo se comporta, lo que dice, lo que hace. Es... Teníamos que haberlo visto.

—Cariño, no hay estereotipo de violador —contesta ella—. Si lo hubiera, no habría violaciones, porque las veríamos venir, como tú dices. El problema con los violadores es que puede ser cualquiera. El vecino, tu amigo de la infancia, ese carnicero tan majo con el que te cruzas todos los días. Los violadores no son enfermos ni engendros, no son monstruos, no lo

llevan escrito en la cara. Los criamos entre todos. Los fabricamos entre todos porque vivimos inmersos en una cultura de la violación y el sexismo, donde te tratan de borde y de seca si no te ríes con los chistes machistas. Los violadores son gente normal con vidas normales que han interiorizado los mensajes que nos bombardean a diario, ni más ni menos. Y vosotros habéis tenido la mala suerte de cruzaros con uno, pero habéis sido lo suficientemente valientes para llamarlo por su nombre y traerlo aquí. Pedro, hijo, no podíais hacer más, aunque ahora te lo parezca. No podíais.

Pero Pedro no está convencido. Aun con la escasa luz de las farolas, su madre puede ver que se le están llenando los ojos de lágrimas. Izaskun quiere abrazarlo y decirle que todo iba a ir bien, que él no tiene culpa de nada, que han actuado bien, pero no puede hacerlo delante de Ander y Álex, no a un chico de dieciséis años que se tiene por adulto y protesta cuando le acaricia la mejilla a solas en casa. Y entonces, de la nada, aparece Álex y se le tira al cuello. Y ella puede darle el abrazo a través de Álex, que está tan emocionado como su hijo y no lo suelta hasta que los dos dejan de temblar. Su marido la aprieta contra su pecho con fuerza. Lo oye sorber por la nariz y sabe que en aquel grupo no hay ni un ojo seco.

El golpe de la puerta de un coche al cerrarse con fuerza rompe el instante. Todos se vuelven hacia el aparcamiento. El coche de Gorka y sus padres sale ya hacia Vitoria, pero una nueva figura se acerca a la puerta de la comisaría. Lleva ropa tan ancha y tan deformada que es difícil saber desde lejos si es hombre o mujer, pero incluso a varios metros se puede percibir el olor a tabaco antiguo que lleva encima. Izaskun arruga la nariz en un gesto involuntario. Cuando la figura está más cerca, ve que es una mujer; por la agilidad con la que se mueve, está claro que debe de rondar su misma edad, pero su cara está tan ajada que parece una abuela. Como si se hubieran puesto de acuerdo, el grupo entero se aparta de la puerta al mismo tiempo. Ella se les queda mirando. Cuando ve a Ander, Álex y Pedro, se detiene en seco.

—Habéis sido vosotros, ¿no? —dice, la voz tan ronca que cuesta entenderla—. Lo habéis denunciado vosotros. Vaya amigos de los cojones estáis hechos.

—¿Perdón? —dice Martín, el adulto que más cerca está de ella—. ¿De qué conoce usted a nuestros hijos?

Pero ella ni lo mira.

—Se supone que los chicos os tenéis que ayudar entre vosotros y no dejaros engañar por las putitas que se os cuelan en la cama. Las mujeres son malas, ¿o no lo sabéis ya? No, qué vais a saber, sois unos putos críos. Pero le habéis arruinado la vida a mi hijo por hacer caso a una fulana. Espero que estéis contentos.

Izaskun da un paso hacia ella, pero Ander habla antes de que ella pronuncie la primera palabra:

—Es tu hijo quien le ha arruinado la vida a alguien, no nosotros. Nerea ya no va a ser la misma nunca más, no va a olvidar este día mientras viva. Ojalá tu hijo se pudra en la cárcel, porque es lo único que merece.

La mujer aprieta los puños y se acerca a Ander de manera amenazante, pero Sara se coloca en medio.

—Tócale un solo pelo y te vas a hacerle compañía a tu hijo en la celda —le dice. No levanta la voz. No le hace falta.

La mujer lanza una última mirada de desprecio a Ander, escupe en el suelo y entra en la comisaría. Todo el grupo deja escapar el aire al mismo tiempo.

—Hala, a casa —dice Martín—. Antes de meternos en un lío.

El grupo se divide en dos. Izaskun le da las llaves del coche a su marido. La adrenalina que ha

sentido al recibir la llamada de Pedro la ha hecho conducir hasta Laguardia a una velocidad irresponsable por el traicionero puerto de Herrera, pero toda su fuerza se ha desvanecido y lo único que quiere ahora es sentarse en el asiento y dejarse llevar. Sara también conduce; sus puertas están una junto a la otra, y antes de llegar, la madre de Ander coge su brazo entre los dos de ella.

—Tenemos buenos chicos —susurra.

Izaskun se limita a asentir con la cabeza porque el nudo de la garganta no le deja hablar.

Su marido desbloquea las cuatro puertas con el mando y ella se dispone a abrir la suya. Pedro y Ander se han quedado un poco separados del resto. Se fija en que sus dedos índices estaban entrelazados y que la mirada que se dedican no tiene nada que ver con los millones de miradas que se han dedicado a través de los años. Hay tanto silencio que no tiene problemas para oír lo que dice Ander:

—Mañana hablamos.

Pedro se sonroja hasta la raíz del pelo y sonríe con cara de bobo.

Izaskun busca a Sara para saber si se ha dado cuenta. Su amiga está mirando también a los chicos, una sonrisa tranquila en los labios. Ella le da un codazo suave.

—Hasta mañana, consuegra.

Sara se ríe por lo bajo y se monta en el coche.

El padre de Pedro pone la calefacción a tope en cuanto arranca. Izaskun se quita el abrigo y se gira en su asiento para tirarlo en el espacio que queda libre junto a su hijo, que se sienta detrás de ella. Pedro mira hacia el coche de al lado con cara de tonto. Cuando va a ponerse el cinturón, Izaskun ve que Ander tiene el mismo gesto, sonrisa lerda incluida.

—Si ahora mismo me dieran la opción de volver a tener dieciséis años o morirme mañana —dice sonriendo al parabrisas—, creo que elegiría la muerte.

Su marido lanza un vistazo rápido a Pedro, que sigue mirando por la ventanilla y no se ha enterado de nada, y sonríe.

—Pues no sé qué decirte. Hay cosas que me encantaría vivir de nuevo.

Izaskun cierra los ojos y se apoya en el reposacabezas.

—Vámonos a casa, anda. A ver si se acaba este día de una bendita vez.

AGRADECIMIENTOS

Antes de llegar a tus manos, esta historia ha pasado por muchas más. Primero fue una idea que no terminaba de gustarme y que Fernando Alcalá y Geòrgia Costa me animaron a escribir en una de esas maravillosas charlas del Festival Celsius, en Avilés. Después fue un borrador, y luego otro, y otro más que Ana González Duque tuvo la paciencia de leer y de ayudarme a pulir. Esther Aizpuru lo corrigió y le sacó brillo, Abril Camino lo puso bonito y Libertad Delgado le hizo la portada. Y luego llegaste tú, que le diste sentido al leerlo. Os lo debo todo a todas.

Aunque esta es una historia de ficción y Nerea no es más que un personaje salido de mi imaginación, sé, como sabes tú, que su historia es la de muchas. Me gustaría vivir en un mundo en el que estas cosas no ocurrieran, donde no hubiera chicos como Mikel o Gorka pero sí muchos como Pedro, Alex o Ibon, y millones de chicas como Lucía y Susana. Por desgracia, creo que nos va a costar mucho llegar a él. Habrá que seguir trabajando para que historias como esta pasen pronto a la sección de Ciencia Ficción o Historia Antigua.

UN ÚLTIMO FAVOR

Si te ha gustado este libro, por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o Goodreads. Es la única manera que tenemos las autoras independientes de destacar en un océano de millones de libros y significa un mundo para nosotras.

Y si has llegado a este libro a través de una página pirata, espero que sepas que publicar no es gratis y el esfuerzo que me ha costado poner esta historia en tus manos (tanto económico como de trabajo frente al ordenador) bien vale los míseros euros que te pido por la copia digital. Por favor, ten en cuenta, aunque sea para la próxima vez, que el hecho de que la cultura sea accesible a todos los bolsillos no significa que a quienes escribimos no nos guste pagar las facturas o comer tres veces al día.

O, quién sabe, invertir lo ganado en publicar una nueva historia.